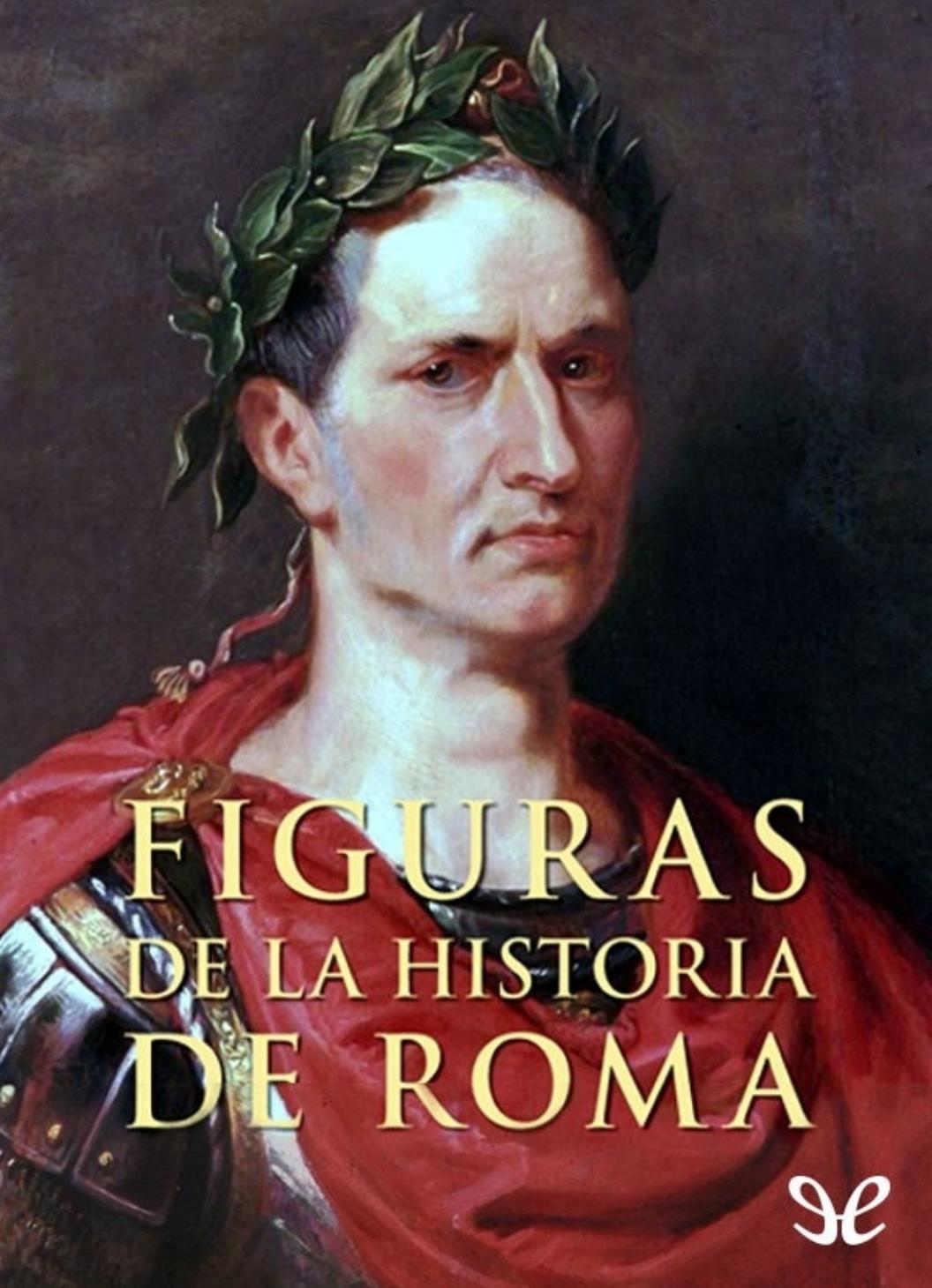


Theodor Mommsen



# FIGURAS DE LA HISTORIA DE ROMA

se

«Nadie puede dejar de reconocer que Roma es inmensa, ejemplar, decisiva. Y en su dilatado paisaje histórico destacan irremediablemente algunas figuras singulares. Triunfantes con el favor de los acontecimientos o enfrentados a ellos y aplastados por el fracaso, se le imponen al lector con fuerza irresistible. Por eso era casi forzoso que alguien trajera del vasto relato del sabio alemán algunas viñetas biográficas y las publicara por separado formando un pequeño libro de fácil y amena lectura como el que el lector tiene en sus manos [...]. Una galería de retratos como la que aquí se recoge suscita al punto en el lector una meditación sobre el papel del individuo en la historia». (Del prólogo de Francisco Sucas)



Theodor Mommsen

# Figuras de la historia de Roma

ePub r1.0

**Titivillus** 08.11.15

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *Figuras de la historia de Roma*

Theodor Mommsen, 2013

Traducción: Alejo García Moreno

Prólogo: Francisco Socas Gavilán

Diseño de cubierta: Equipo renacimiento

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Conversión a pdf: FS, 2018



# **PROLOGO**

La *Historia de Roma* de Theodor Mommsen (1817-1903) se publicó por vez primera en Leipzig confinada en tres volúmenes que aparecieron a lo largo del trienio que va de 1854 a 1856. Su autor no había cumplido aún los cuarenta años, pero ya tenía tras de sí una intensa vida entregada al estudio del mundo antiguo y en la que no faltaban tampoco experiencias políticas y, de algún modo, revolucionarias. Es sabido que la obra mereció a su autor el premio Nobel de literatura, el único que se ha otorgado a una obra de erudición. En ella Mommsen cruzó el conocimiento de los textos de la historiografía antigua (donde, como se sabe, la obra del historiador es de índole eminentemente literaria y se atiene a las normas de la oratoria) con el uso de la prosa periodística, manejada en las lides políticas y aplicada ahora a tareas de alta divulgación.

En su idea inicial la *Historia de Roma* iba a extenderse, a lo largo de cinco volúmenes, desde los orígenes de la Urbe hasta la época del emperador Diocleciano (inicios del s. IV d. C.). Sin embargo, tan sólo se realizaron a satisfacción del autor los tres primeros, que alcanzan hasta el final del periodo republicano y los primeros albores del nuevo régimen construido en sus líneas maestras por Julio César y consolidado por Octavio Augusto. Con algunos trabajos sobre las provincias en época imperial y otros esbozos inéditos, la popular obra de Mommsen tuvo una continuación editorial que hoy día suele suprimirse, de modo que el relato, en la abrumadora mayoría de las ediciones modernas, concluye donde la voluntad del autor lo dejó.

El éxito del libro, que juntaba el vigor estilístico con un cierto regusto polémico propio del periodismo y venía avalado a su vez por el prestigio del sabio profesor, fue inmediato.

Theodor Mommsen se muestra como digno sucesor de Barthold Niebuhr (1776-1831), historiador que empezó a pasar por el fino tamiz de la crítica las fuentes antiguas llegadas a nosotros. Mommsen lo sigue y supera ampliamente, ya que a sus conocimientos de arqueología, epigrafía, filología e historia del derecho añade un espíritu novedoso cercano a las preocupaciones y a la *forma mentis* de los contemporáneos. Tanto es así que la omisión de cualquier dato que tuviera sabor legendario —llevando la crítica de fuentes más allá de donde la dejaron sus predecesores— le granjeó a la *Historia de Roma* algunas críticas surgidas de una tradición empujada siempre por la inercia de esplendores comúnmente admitidos.

En los ambientes intelectuales que siguieron a la muerte de Mommsen, dentro de una concepción biológica de las civilizaciones, se afirmaba que sólo la historia de Roma es plena y cerrada, en cuanto que, como a un ser vivo, la vemos nacer, crecer, madurar, envejecer y morir a lo largo de mil años. Hoy estas teorías han declinado. Pero nadie puede dejar de reconocer que Roma es inmensa, ejemplar, decisiva. Y en su dilatado paisaje histórico destacan irremediablemente algunas figuras singulares. Triunfantes con el favor de los acontecimientos o enfrentados a ellos y aplastados por el fracaso, se le imponen al lector con fuerza irresistible. Por eso era casi forzoso que alguien extrajera del vasto relato del sabio alemán algunas viñetas biográficas y las publicara por separado formando un pequeño libro de fácil y amena lectura como el que el lector tiene en sus manos.

Pero no se crea que todo es ligereza y diversión en una obra semejante. Sin duda, cuando examinamos esta galería de figuras entresacadas de la *Historia de Roma* en riguroso orden cronológico<sup>[1]</sup> no podemos por menos de percibir un fuerte impulso de ejemplaridad. Es claro que el repertorio se podía haber multiplicado y que faltan algunas de soberbio interés (el rey Pirro, maestro en victorias indecisas, o el *dictator* Quinto Fabio Máximo, experto en la guerra de desgaste contra Aníbal), pero son de sobra interesantes las que están. Aunque vienen a ser biografías integrales, dos de ellas se encuentran repartidas en un doble relato, por un lado la vida y por otro la muerte (Aníbal y Escipión). La selección incluye dos personajes extranjeros (Aníbal y Filipo de Macedonia). Los demás, de una romanidad sin resquicios, van conformando en la mente del lector, a medida que avanza en las sucesivas biografías, una suerte de drama histórico de tensión creciente. Son políticos con una faceta militar amplia cuando no preponderante. Y todos ellos están resolviendo un problema descomunal: encauzar la pavorosa revolución que cambió un régimen casi municipal en el gobierno organizado del más vasto imperio que conocieron las orillas del Mediterráneo. Por eso todos esos hombres —es la idea subrepticia del relato— vienen a ser como formas imperfectas (Sila, Catilina) o frustradas (los Gracos, Mario y el propio Cicerón) de César, que al final de la obra se erige como el político más equilibrado y visionario, una rara maravilla de la naturaleza y la encarnación del hombre perfecto. La admiración del narrador llega en este caso hasta el pasmo. «El artista puede ensayar toda suerte de retratos, pero se detiene en presencia de la belleza absoluta; lo mismo acontece al historiador: es más prudente que guarde silencio cuando una vez en mil años se encuentra enfrente de un tipo acabado» (p. 163).

Quiera que no, el retrato de César, cima de la etapa republicana y arranque de la autocracia militar, desemboca en una justificación del absolutismo nacional o estatista que pasa pronto a su más encendida alabanza.

En rudo contraste traza un retrato muy desfavorable de Cicerón —«un hombre superficial y de apocado ánimo con una capa exterior de brillante barniz»— debido a que es un hombre de letras que tiene solamente su palabra y su figuración de la *res publica* mejor, según un ideal en exceso conservador e irrealista, pero que carece de los medios para ejercer un poder verdadero y eficaz. Una y otra vez se repite el espectáculo del político armado (César primero, luego Octaviano y Marco Antonio) frente al político sin otra fuerza que su palabra persuasiva (Cicerón), a punto siempre de quedar aplastado (la compasión inclina a las masas hacia el segundo, pero el fulgor de la violencia victoriosa las ata a los primeros). Mommsen lleva la desvalorización del más grande orador romano, del terreno político al literario e intelectual. En lo tocante al pensamiento acaso no le falte razón. Cicerón influyó mucho en la filosofía latina porque los latinos no leían griego. Su predominio (como en menor grado el de Séneca) acaba cuando se conocen las fuentes de las que bebe (Aristóteles, Platón, los grandes estoicos). Por eso el valor más perdurable de la filosofía romana es Lucrecio en virtud de su gracia poética. Cicerón «no es más que un abogado, y, me atrevo a decir, un mediano abogado». Y la sentencia final: «Teniendo naturaleza de periodista, en el peor sentido de la palabra, y siendo rico en expresiones, según él mismo declara, y en extremo pobre de pensamiento, no había género literario en que con el auxilio de algunos libros, traduciendo o compilando, no improvisase una obra de agradable lectura» (p. 185). Un juicio sumarísimo y una sentencia terminante y a todas luces

injusta. Para el hombre moderno la oratoria a la manera antigua es un género tan desfasado e inactual como puede serlo la épica, pero no por eso tiene derecho a hurtarle a Cicerón y Virgilio el valor de su arte.

Por encima de estos casos particulares debemos asentar algunas reflexiones de carácter más general. Como no podía ser de otro modo, la Alemania del siglo XIX colorea la Roma de Mommsen. Ningún historiador está por encima de su entorno ni reside en un limbo intemporal desde el que construye su artefacto verbal. Proyectar la propia circunstancia es un defecto inevitable de la actividad historiográfica, casi una ley del género. Extremando la idea podría decirse que las generaciones sucesivas tienen y no tienen el mismo pasado, ya que lo ven de distinto modo. Hay aspectos administrativos y militares de la historia romana que leídos en un Tito Livio por los humanistas que asisten al declive del feudalismo medieval resultaban casi incomprensibles y sólo adquieren sentido para estudiosos posteriores. Tiempos más ricos en experiencias políticas y culturales pueden comprender mejor, pero sin duda lo hacen también a su modo y tiñen el tiempo pasado con sus propios matices. Y Mommsen, que había participado activamente en las commociones alemanas y europeas de 1848, iniciativa que le costó una expulsión de la universidad, no deja tampoco de enturbiar su relato con los colores de semejante experiencia histórica y política.

Quizá lo que más puede desorientar al lector actual es el empeño de Mommsen en hablar de *optimates* y *populares* como «partidos» de la aristocracia los primeros y de la plebe desposeída los segundos. No entramos ahora en la diversidad y complejidad de la sociedad romana (una sociedad esclavista, en la que un sistema clientelar y familiar se cruzaba con una división de clases de carácter censitario

pero con hondas raíces aristocráticas o de sangre). Nos limitamos a poner al lector frente al cambiante concepto de partido político. El sentido que le da Mommsen no es muy inexacto todavía en la época en que compuso su obra, pues los partidos decimonónicos, a diferencia de los que vinieron después, representan tendencias fluidas e imprecisas. Es del todo inexacto si entendemos esos partidos de la antigua Roma (*partes* en el lenguaje de Cicerón) como los actuales, con su marco definido, sus proyectos ideales y sus programas manifiestos. De todos modos, la lucha de clases (de otras clases diferentes de las modernas industriales, y siguiendo unos modos de enfrentamiento propios y originales) estaba ahí. Puede decirse que cada institución, cada ley, cada magistratura romana es producto de un pacto o tregua en esa lucha secular de patricios y plebeyos. Mommsen ve cómo los reiterados intentos del pueblo frente a la aristocracia —las derrotas de los Escipión el Menor, los Gracos, Mario y Catilina— se ven coronados por el ambiguo triunfo de César y su monarquía militar, y al contarnos todo esto le aflora el sentimiento amargo que le dejó el movimiento nacionalista, liberador y unificador, del año 1848 aplastado por la nobleza. Quizá por eso su labor divulgativa acabó ahí —sin pasar a redactar de modo coherente la historia de la Roma imperial—, porque sentía vergüenza del régimen instaurado por su héroe, le exasperaba acaso la distancia que podía haber entre un hombre hecho a sí mismo como el batallador César, y un niño mimado como Nerón que maneja a capricho y dilapida absurdamente una herencia de poder.

Una galería de retratos como la que aquí se recoge suscita al punto en el lector una meditación sobre el papel del individuo en la historia. Fuerzas descomunales se desatan con el héroe como catalizador, mientras el conflicto

se diluye en la revolución y la batalla. Las cualidades más señeras de todo protagonista de la historia serán la inteligencia ejecutiva y el valor. Los rosarios de biografías tienen toda una tradición que recorre la Antigüedad, la Edad Media y el Renacimiento. Podemos citar escritores remontándonos a Cornelio Nepote y Plutarco, pasando por Jerónimo y la hagiografía cristiana, hasta alcanzar el *De viris illustribus* de Petrarca que marca una reanudación de la tradición antigua y la revaloración del héroe civil. Estas galerías literarias se reflejan más de una vez en galerías de estatuas o pinturas que adornarán mansiones y palacios<sup>[2]</sup>.

Y, yendo más atrás, podemos examinar la prosopografía antigua y sus leyes. Para griegos y latinos la historia es un género literario, más cercano a la oratoria que ningún otro. Por eso un personaje del diálogo ciceroniano *Sobre Las leyes* concibe la obra histórica como tramada con mimbres particularmente oratorios, *opus oratorium máxime (De leg. I 5)*. Historiador y orador se ven abocados a trazar retratos. Se nos ofrece aquí forzosamente el origen jurídico de los retratos (*descriptiones personarum*), mediante los cuales el abogado ensalzaba al defendido y vituperaba a los oponentes. El historiador, que no es ni defensor ni fiscal, trazará un retrato ponderado que mezcle virtudes y defectos. La preceptiva retórica había formalizado en gran manera los pasos sucesivos del retrato. Primero se describe el linaje, esto es, la raza, patria, antepasados, padres y nombre del personaje. Luego su educación, de la que resulta una profesión, ejercida con unas habilidades y dentro de un régimen de vida. Muy importantes y definitorios son los hechos que constituyen lo principal del retrato y vienen a ser la prueba de unas capacidades espirituales (valentía, prudencia), corporales (apostura, talla, fuerza) o accidentales (nobleza, riquezas, amigos). Suelen incluirse en el retrato y

la biografía los dichos del interesado cuando los hay, sobreabundantes cuando se trata de un poeta o filósofo, pero no exentos de interés en los gobernantes y caudillos. El remate recoge a menudo las postimerías del personaje: cómo fue su muerte y el recuerdo que dejó en la posteridad, quiénes y qué clase de hombres fueron sus hijos y nietos si los tuvo. Todas estas maneras de la biografía y el retrato literarios se imponen por sí solas y Mommsen las respeta por formación clásica y siguiendo cierto ineludible impulso de la forma.

Para ilustrar lo dicho veamos un punto particular de su estilo. Las comparaciones tienen en el retrato su momento oportuno (*maximam vero occasionem in huiuscemodi orationibus suppeditant comparationes*, dice, recogiendo una doctrina tradicional, el tratadista Prisciano, *Praeexc.* VII 23). De ahí, por ejemplo, el cotejo que estableció el griego Plutarco, entre vidas (por cierto una de las fuentes principales para la prosopografía grecorromana y que en algunos casos como en el de Sertorio presta al historiador moderno todo lo que sabe<sup>[3]</sup>). Mommsen practica una y otra vez estos ejercicios de imaginación equiparando figuras antiguas con las modernas: el actor Quinto Roscio, amigo de Cicerón, es «el Taima romano» (se trata de François-Joseph Taima, célebre actor francés que murió en 1826); el nombre de Sila puede «citarse después del de Washington», aunque sus instituciones «no hayan durado más que las de Cromwell». Catón es el «verdadero Don Quijote del partido». Los mejores discursos de Cicerón no alcanzan ni de lejos «la libre animación ni la seguridad de las descripciones de las obras maestras del género, de las memorias de Beaumarchais» (!).

Porque, como se ve, Mommsen juzga sin parar. Así, Aníbal fue «un grande hombre, en el verdadero sentido de

la palabra». Tiene miedo de alabar a Sila y por eso puntualiza: «No ofenderé la santidad de la historia, ni mi elogio será una alabanza corruptora tributada al genio del mal, si demuestro que Sila...». Y ante su admirado César casi niega a todos los otros historiadores la capacidad de alabar o criticar: «Esta es la ocasión en la que reivindiquemos con energía el privilegio que el historiador se abroga débilmente; hora es ésta de protestar contra ese método, en uso entre escritores ligeros y pérvidos, que se sirven de la alabanza y del vituperio como de una frase de estilo usual y común, y que en el caso presente, fuera de situaciones determinadas, se va volviendo contra César la sentencia pronunciada contra lo que se llama *cesarismo*» (p. 176). Mommsen cede a la tentación cesarista (parece decir no al absolutismo, pero, según él, hay casos en que la situación del Estado es tan delicada que tiene que llegar el hombre fuerte que aplique un remedio sin tiranía: de lo difícil que es esto, y cómo tan a menudo esa figura salvadora agrada tan sólo a los suyos o degenera sin más en tirano, lo demuestra repetidamente la historia, la alemana más que ninguna).

Es capaz, por otra parte, de hacer predicciones, profecías históricas tan desacertadas como esta: «Llegará un día en que la aristocracia esclavista de Virginia y de la Carolina avance en este camino tanto como el patriciado romano de los tiempos de Sila, y entonces surgirá allí el cesarismo, una vez más legitimado por la Historia» (p. 178). Mommsen pudo comprobar en vida que en el sur de los Estados Unidos no vino a deshacer este nudo político el cesarismo, sino el capitalismo industrial y liberal del norte, y su vaticinio quedará para siempre en las nieblas de la ucrónia.

Adolece de prejuicios raciales y no puede evadirse de la

idea romántica del *espíritu de los pueblos*, anterior a toda historia, extraño a los procesos ideológicos y culturales, incapaz de toda posibilidad de cambio (así, Sertorio se encuentra con que «la *Landsturm* española era lo que había sido siempre, insegura y fugaz como la ola y el viento»).

Es llamativo que Mommsen secularice por así decirlo la cronología romana, evitando el cómputo cristiano de los años. Así que el lector tendrá que acostumbrarse a que el punto de partida de todas las fechas, en siglos o años, se dan *ab urbe condita*, esto es, desde la fundación de Roma (754), y oirá a nuestro autor hablar del siglo IV sabiendo que es la centuria que va del 454 al 354 a. C., o tendrá que traducir la muerte de Julio César, ocurrida en el 710, al año 44 a. C., si es que estos son sus hábitos mentales. A pesar de estas maneras tan laicas y republicanas, hay en su narración algunas reminiscencias bíblicas algo extrañas. Así cuando dice que César fue el único de los «poderosos ante el Señor» que en los asuntos más baladíes obedeció a cierto sentido del deber. Y más extraño todavía resulta este parangón tan luterano entre Historia Sagrada y Profana: «La Historia es como la Biblia, que no puede admitir sino para los insensatos contrasentidos y citas ridículas, y sufre, por otra parte, las interpretaciones que le dan, dejando en su punto lo bueno y lo verdadero» (p. 162).

Con su *Historia de Roma* Mommsen sigue atrayendo a un público integrado por especialistas y legos gracias a la energía singular del relato, su trabazón dramática y unos sólidos fundamentos eruditos. Como con un sexto sentido los lectores perciben que detrás de esas vastas generalizaciones se halla el trabajo de una investigación rigurosa y detallada, atenta a los hechos menudos que constatan la epigrafía, la arqueología o las reliquias del derecho romano. Mommsen se apasiona al recoger las viejas

pasiones y luchas de los hombres del pasado. Hay que componer la historia *sine ira et studio*, ciertamente, pero es siempre la pasión lo que da vida al relato, una pasión que no está reñida con la verdad, pues recoge una verdad más honda, ya que, como dijo cierto aforista, «¿Qué importa que el historiador diga lo que los hombres hacen, mientras no sepa contar lo que sienten?»<sup>[4]</sup>. Y estos retratos de Mommsen están traspasados de sensaciones de valor y cobardía, esmaltados de lealtades y traiciones, recubiertos de ambiciones y desprendimientos.

FRANCISCO SOCAS  
Sevilla, julio de 2012

## **NOTA**

La Editorial Renacimiento ofrece de nuevo a los lectores de lengua castellana estas *Figuras de la Historia de Roma* de Theodor Mommsen en la traducción de Alejo García Moreno. El libro se presenta conforme a la edición que publicó en Madrid el año 1944 la Editorial Atlas. Lleva por delante como entonces la «Nota preliminar» de Emilio L. Oto con algunas interesantes noticias sobre el historiador alemán y su obra que el lector puede añadir a las del precedente prólogo.

## **NOTA PRELIMINAR**

*Nació Teodoro Mommsen en la ciudad de Garding, en el Schleswig, el 30 de noviembre de 1817, y murió en Charlottenburgo el 2 del mismo mes, en 1903. De origen danés, su padre fue un pastor protestante, con el que permaneció hasta 1834; marchó a continuación a estudiar a Altona hasta 1838, y más tarde cursó Filología y Derecho en la Universidad de Kiel, de donde salió, ya doctor, en 1843. Muy pronto, por los años de 1844 a 1847, pensionado por la Academia de Berlín, marcha a Italia y a Francia en viaje de estudios. No tardó en regresar a su patria, dedicándose de lleno a la política que tanto agitaba la Alemania de aquellos días; llegó a ser redactor y, por fin, director de un diario de Schleswig-Holstein. Fue este el comienzo de su carrera política, en la que había de llegar a enfrentarse más tarde con el mismo Bismarck.*

*A fines de 1848 fue nombrado profesor de la Universidad de Leipzig; pero los puestos que desempeñaba en el periodismo y sus conocidas aficiones políticas atrajeron hacia él una serie de celos y desconfianzas que culminan en el despojo de su cátedra en 1849: el motivo de esta destitución fue su protesta por el golpe de Estado de Beust. Abandona nuevamente Alemania y es acogido en Suiza, donde en 1852 la Universidad de Zúrich le otorga la cátedra de Derecho. Pero pronto consigue pasar de nuevo a su país. La cátedra de Zúrich se cambia, en 1854, por una en Breslau y en 1858, en el mismo Berlín.*

*Mommsen ha llegado a la cumbre académica. Sus obras más celebradas, la Historia de Roma, de la que se publica en este tomo una selección de sus figuras más representativas, según la traducción de A. García Moreno (Madrid, 1876), y el Corpus Inscriptionum Latinarum habían visto la luz. Era ya considerado y reconocido como maestro y se dedica en esta etapa de su vida, casi únicamente, a la investigación y a la ciencia. Pero llega el año de 1870. Alemania,*

*después de las guerras napoleónicas había sufrido una serie de incidentes bélicos: guerra de los Ducados, guerra con Austria y, al fin, la franco-prusiana, último paso para su unidad, que habían ido dando cohesión a la antigua confederación germánica. Bajo un pretexto tan poco vital para franceses y alemanes como el de la corona de España, volvían a encontrarse las armas de los Bonaparte y los Hohenzollern. Sedán era la réplica a Jena y el tratado de Versalles a los de Presburgo y Tilsit. El Sacro Romano Imperio germánico, que se había derrumbado tras la primera de aquellas paces, bajo las armas de Bonaparte, ya emperador de los franceses, resurgía nuevamente, si bien esta vez ya bajo la preponderancia de Prusia y de los Hohenzollern, en contraposición a la Austria de los Habsburgos. Estos acontecimientos despertaron en Mommsen el ardor de su juventud; era enemigo furibundo de Francia, y quería a todo trance conservar la exaltación antifrancesa de su pueblo. Se opone después a Bismarck atacando su política en una circular electoral, y por este motivo es conducido a los tribunales, condenándosele a unos meses de prisión, para apresurarse después a concederle el indulto. ¿Fue esto debido a la generosidad del canciller? No; en ello debe verse únicamente una prueba del puesto eminente que correspondía ya a Mommsen. Consagrado ya, reconocido como maestro por toda Europa, el escándalo de su encarcelamiento hubiera sido demasiado grande por tan pequeño motivo. No se trataba del joven profesor de Leipzig, y esta vez el político se tuvo que humillar ante el sabio.*

*En estos tiempos había sido diputado en el Reichstag con el partido nacional-liberal, y de 1873 a 1882 con los liberales. Fueron estas sus últimas intervenciones políticas. Apagado el ardor que en él había hecho resurgir la proclamación del imperio, se consagró definitivamente a la ciencia.*

*Sus obras, muy numerosas, estudian principalmente todo lo referente a la antigüedad romana: derecho, historia, filología, epigrafía, numismática, llevando a todas las ciencias elementos nuevos.*

*Su tesis doctoral y sus primeros trabajos son de Derecho; entre éstos podemos señalar los titulados De collegiis et sodalitiis*

*romanorum* (1843) y *Die Römischen Tribus in administrativer Besichung* (1844); posteriormente estudió las *Leyes de Málaga y Salpensa*. Otros estudios jurídicos son los titulados Sobre la cronología de las Constituciones de Diocleciano y sus corregentes, su edición del Digesto, publicada en 1867, y sus Estudios sobre el Derecho civil romano, entre otros muy numerosos. Precisamente a este conocimiento del Derecho romano se debe su preponderancia sobre los contemporáneos.

Como filólogo, hay que señalar su Estudio sobre los dialectos de la baja Italia publicado en 1850, y sus ediciones de *Plinio el joven*.

Como numismático su obra fundamental es el Tratado sobre el sistema monetario de los romanos, obra de más interés histórico que numismático.

Pero uno de los aspectos de mayor interés de Mommsen estriba en sus trabajos como epigrafista. Su afición surgió del trato con el italiano Borghesi. Las inscripciones romanas estaban dispersas. La Academia de Inscripciones y Bellas Letras estuvo a punto de encargarse de su compilación, pero los acontecimientos políticos hicieron fracasar la empresa, que recayó en la Academia de Berlín. Mommsen, todavía en su primera época (1847), se ofreció a tomar parte en el trabajo. Opinó que era preciso reunir las inscripciones que se conocían por su procedencia geográfica, y no por categorías. Esto originó disensiones con los sabios, particularmente con Zumpt, y el resultado fue que se desechó la teoría de Mommsen. Pero él, obstinado, se dispuso a realizar el trabajo por su cuenta y revisó y copió todas las inscripciones del Reino de Nápoles, pudiendo publicarlas gracias a Wigand, editor de Leipzig. Fruto de estos trabajos fueron las Inscripciones de Samnio y en 1852, las *Inscriptiones Regni Neapolitani latinae*. El método pareció, entonces, excelente, y el resultado fue que algunos años después la Academia de Berlín encargó exclusivamente a Mommsen toda la publicación, en cuya obra puso todo su ardor juvenil.

En 1852, siendo profesor de la Universidad de Zúrich, publicó

también las Inscriptiones helveticae latinae.

Pero el escritor, el historiador y el pensador surgen de una vez y para siempre en la Historia de Roma. Su aparición fue acogida con gran admiración en Alemania, y a continuación en todo el mundo. Marcaba la evolución en el método histórico, ya que estaba aún en su apogeo la escuela de Niebuhr, que aceptaba algunas leyendas de la Historia de Roma, tal como las transmiten Tito Livio y todos los clásicos. Por otra parte, otro grupo no aceptaba incondicionalmente las leyendas, pero pretendía interpretarlas y sacar de ellas toda la verdad. Mommsen dejó de lado todas las tradiciones y trató de conocer la realidad de los tiempos primitivos de Roma y de sus primeros pobladores basándose en medios absolutamente científicos y desecharlo, pues, las hipótesis. Su espíritu frío y sereno censura no sólo los defectos del patriciado romano, sino también los del régimen democrático. Esto indica que sus ideas políticas no influyeron para nada en su obra. Tuvo, por consiguiente, una de las mejores cualidades del historiador: la imparcialidad. Los tres primeros volúmenes de esta colosal obra aparecieron entre 1854 y 1856; el último tomo terminaba con el gobierno de César, pero bastantes años después publicaba el quinto, que trataba de la organización romana y su cultura.

Otro aspecto de Mommsen como historiador lo representan las obras en que se dedica al estudio de las fuentes. Dirigió los Monumenta Germaniae Histórica, editó las obras de Jordanes, historiador de la época de los godos, y las diversas crónicas de los primeros siglos de la Alta Edad Media.

El estilo de Mommsen, junto con las cualidades que señalamos, hace de sus obras, en particular de la Historia de Roma, que es la que más nos interesa, libros claros y de gran valor documental. Su facilidad para el retrato nos muestra con toda claridad a los diversos personajes romanos y, en muchos casos, para aclarar aún más el concepto de ellos, los compara con las grandes figuras de la Historia moderna. Su celebridad, dice Hinojosa en su discurso pronunciado en la Real Academia de la Historia, se debe grandemente a esta facilidad

*para presentar a sus personajes. Ortega y Gasset inserta en una de sus obras una acertada nota sobre Mommsen.*

*Resumiendo, podemos decir que Mommsen es aún hoy admirado por su maravillosa actividad, su profundidad y altura de miras, la exactitud de su punto de vista científico y la universalidad de sus conocimientos.*

EMILIO L. OTO

# **FIGURAS DE LA HISTORIA DE ROMA**

## **ANÍBAL**

El éxito más brillante había coronado los proyectos concebidos por el genio de Amílcar; había preparado el camino y los medios para la guerra: un ejército numeroso, avezado en las fatigas y acostumbrado a vencer, y una caja bien repleta. Pero de repente, cuando llegó el momento de elegir la hora del combate y el camino que debía seguirse, faltó el jefe a la empresa. El hombre que había sabido abrir el camino de la salvación de su pueblo, de la que todos sin excepción habían desesperado, desapareció apenas comenzada su carrera. ¿Por qué motivo su sucesor Asdrúbal renunció a atacar a Roma? ¿No creyó quizá propicios los tiempos? ¿O es que siendo más político que general, no se creyó al nivel de tal empresa? No podemos decirlo. Sea como fuere, al principio del año 534 (220 a. C.), sucumbió bajo el puñal de un asesino, eligiendo por sucesor los oficiales del ejército de España a Aníbal, el hijo mayor de Amílcar. El nuevo general era aún muy joven; nacido en el año 505 (249 a. C.), tenía entonces veintinueve años. Pero

había vivido demasiado; sus recuerdos de la infancia le mostraban a su padre combatiendo en un país extranjero, y victorioso sobre el monte de Ericte; había asistido a la paz hecha con Catulo; había participado, con el invencible Amílcar, de las mortificaciones de la vuelta al África, de las angustias y peligros de la guerra líbica; había, aun siendo niño, seguido a su padre en los campos de batalla, y siendo aun jovencillo se había ya distinguido en los combates. Diestro y robusto, no se le igualaba ninguno en la carrera ni en el manejo de las armas; su arrojo rayaba casi en lo temerario; el sueño no era para él una necesidad y, como verdadero soldado, saboreaba con placer una buena comida y sufría el hambre sin pena. Aunque había vivido en medio de los campamentos, había, sin embargo, recibido la cultura habitual de los fenicios de las altas clases. Sabía bastante bien el griego (cuya lengua estaba muy generalizada), gracias a las lecciones de su fiel Sosilón de Esparta, para poder escribir en esta lengua sus despachos. Siendo aún adolescente, había hecho, como he dicho, sus primeros ejercicios en la carrera de las armas bajo las órdenes y a la vista de su padre, al que vio caer a su lado durante la batalla. Después, bajo el generalato de su cuñado Asdrúbal, fue jefe de la caballería. En este puesto se había distinguido entre todos por su sin igual bravura y sus talentos militares. Y he aquí que hoy la voz de sus compañeros e iguales llaman al joven y hábil general a ponerse a la cabeza del ejército. A él era a quien correspondía ejecutar los vastos designios por los que habían vivido y muerto su padre y su cuñado. Llamado a sucederles, supo ser su digno heredero. Los contemporáneos han intentado imputar toda clase de faltas a este gran carácter: los romanos le llaman cruel, los cartagineses codicioso. En realidad, odiaba como saben odiar los espíritus orientales: como general, necesitaba a

cada momento dinero y municiones, y no suministrándoselas su patria, le fue necesario procurárselas como mejor pudo. En vano la cólera, la envidia y todos los sentimientos vulgares han querido manchar su historia. Su imagen se levantará siempre pura y grande ante las miradas de todas las generaciones. Descartando las miserables invenciones, que llevan en sí mismas su más explícita condenación, y las faltas que se le atribuyen y que es necesario referirlas a sus verdaderos autores, a sus generales Aníbal Monómaco y a Magón el Samnita, no se halla nada en los relatos de su vida que no quede perfectamente justificado, o por la condición y modo de ser de la sociedad en aquel tiempo, o por el derecho de gentes de su siglo. Todos los cronistas están conformes en que reunía como nadie la sangre fría y el ardor, la previsión y la acción. Poseyó también en el más alto grado el espíritu de invención y de astucia, que es uno de los caracteres distintivos del genio fenicio; le gustaba ir por caminos imprevistos y propios sólo para él. Fecundo en recursos disimulados y en estratagemas, estudiaba con inaudito cuidado las costumbres del enemigo que tenía que combatir. Su ejército de espías (los tenía hasta en la misma Roma) le ponía al corriente de los proyectos del enemigo; se le vio muchas veces, completamente disfrazado, explorándolo todo. Su genio estratégico se halla escrito en todas las páginas de la historia de este siglo. Fue además un hombre de Estado de primer orden. Después de la paz con Roma, le veremos reformar la Constitución de Cartago y, proscrito y errante por el extranjero, ejercer una poderosísima influencia en la política de todos los Estados orientales. Se muestra, por último, su ascendiente sobre los hombres por la increíble constante sumisión de aquel ejército compuesto de hombres de tan diversas razas y lenguas tan distintas, y que, aun en

los tiempos más desastrosos, no se sublevó contra él ni una sola vez. Fue, en suma, un grande hombre en el verdadero sentido de la palabra, y atrae hacia sí, de un modo irresistible, todas las miradas.

# PUBLIO ESCIPIÓN

Se refiere que durante mucho tiempo no quiso ningún candidato ocupar este puesto difícil y peligroso<sup>[5]</sup>. Se presentó por último Publio Escipión. Era éste un oficial de veintisiete años apenas, hijo del general del mismo nombre, muerto poco antes en España. Ya había sido tribuno militar y edil. No puedo creer que habiendo hecho convocar los comicios para una elección de tal importancia, se entregase el Senado en ella al azar; tampoco creo que estuviese en Roma tan extinguido el amor a la gloria y aun a la patria, que no se encontrase ni un solo capitán experimentado que solicitase el mando. Es lo más probable que las miradas del Senado se hubiesen fijado ya en el joven oficial acostumbrado a la guerra y de un talento experimentado que se había portado brillantemente en las sangrientas derrotas del Tesino y de Canas. Como no había recorrido todos los grados de la jerarquía, y no podía legalmente suceder a pretorianos y consulares, se recurrió al pueblo, colocándole así en la necesidad de conferir el grado a este candidato único, a pesar de su falta de aptitud legal, siendo el medio excelente para conciliar los favores de la muchedumbre, a él y a la expedición a España, hasta entonces muy impopular. Si tal fue el cálculo de su improvisada candidatura, salió a medida de sus deseos. A la vista de este hijo que quería ir allende los mares a vengar la muerte de su padre, a quien nueve años antes había salvado la vida sobre el Tesino; a la vista de este joven, bello y varonil, que venía con las mejillas encendidas por la modestia a ofrecerse al peligro, a falta de otro más digno; de este simple tribuno militar, a quien el voto de las centurias elevaba de un salto al mando superior, todos los ciudadanos,

así los de la ciudad como los de la campiña, reunidos en los comicios, experimentaron una admiración profunda, inextinguible. ¡Verdaderamente era la de Escipión una naturaleza entusiasta y simpática! No puede contarse entre aquellos hombres raros, de voluntad de hierro, y cuyo brazo poderoso colocó el mundo, por espacio de muchos siglos, en un nuevo molde; tampoco fue de aquellos que poniéndose delante del carro de la fortuna lo detienen durante algunos años, hasta que llega un día en que las ruedas pasan sobre su cuerpo. Obedeciendo al Senado fue como ganó batallas y conquistó países. Sus laureles militares le valieron también en Roma una situación política eminente; sin embargo, quedó muy atrás de César o de Alejandro.

Como general, no hizo por su país más que Marco Marcelo. Como hombre de Estado, sin darse quizá cuenta exacta de su política antipatriótica y completamente personal, hizo tanto mal a su patria como servicios le había prestado en el campo de batalla; y sin embargo, todos se prendan de los encantos de esta amable y heroica figura: mitad convicción y mitad destreza, sereno siempre y seguro de sí mismo en el ardor que le anima, marcha rodeado de una especie de aureola brillante. Bastante inspirado para inflamar los corazones; bastante frío y reflexivo para no adoptar más que el consejo de la razón, para contar siempre con la ley común de las cosas de este mundo; muy lejano de creer sencillamente, con la muchedumbre, en la revelación divina de sus propias concepciones, y demasiado diestro para procurar desengañarla; teniendo además la convicción profunda de que es un grande hombre por la gracia de los dioses; verdadero carácter de profeta, en suma, se mantuvo sobre y fuera del pueblo. Su palabra era segura y sólida como la roca; piensa como rey, y creería rebajarse revistiendo este título vulgar. Al lado de esto, no comprende

que la Constitución le alcanza ni más ni menos que a cualquier otro ciudadano; tan convencido de su grandeza, que no conoce el odio ni la envidia, que reconoce cortésmente todos los méritos y perdona y compadece todas las faltas; perfecto oficial y astuto diplomático, sin esa especie de sello profesional exagerado del uno y del otro; uniendo la cultura griega al sentimiento omnipotente de la nacionalidad romana, atento y amable, se ganaba todos los corazones, así los de los soldados como los de las mujeres, los de los romanos como los de los españoles, los de sus enemigos en el Senado y hasta el del héroe cartaginés, más grande que él, con quien tendría un día que luchar. Apenas fue elegido, su nombre corrió de boca en boca, y será la estrella que conduzca a los romanos a la victoria y a la paz.

# EL REY FILIPO DE MACEDONIA

Tal era el cuadro que ofrecía el Oriente cuando fue destruida la barrera que los separaba del Occidente<sup>[6]</sup>; cuando las potencias orientales, con Filipo de Macedonia al frente, se vieron envueltas en las vicisitudes y trastornos de la otra parte del mundo antiguo. Ya hemos referido o indicado anteriormente los primeros incidentes de este período nuevo; hemos dicho cómo había comenzado y concluido la primera guerra de Macedonia (540 a 549); cómo pudiendo Filipo influir en el éxito de la guerra de Aníbal, no había hecho nada o casi nada para responder a la esperanza y a las combinaciones del gran cartaginés. Se había probado una vez más que de todos los juegos de azar, el más funesto es el del absolutismo hereditario. Filipo no era el hombre que necesitaba Macedonia, por más que no careciese de valor. Era rey, en el mejor y en el peor sentido de la palabra. Su rasgo característico era el sentimiento profundo de su autoridad real: quiso reinar solo y por sí mismo. Estaba orgulloso con su púrpura, pero no sólo con ella, y esto con cierto derecho. Uniendo la bravura del soldado al golpe de vista del capitán, tenía también elevadas miras sobre la marcha que deben seguir los negocios públicos. Inteligente y espiritual en extremo, ganaba a todos aquellos a quienes se proponía ganar, y los primeros a los más instruidos y capaces, como a Flaminio y a Escipión; además era buen tercio en la mesa, y seducía a las mujeres, más bien por sus prendas personales que por el prestigio de su rango. Era, empero, también uno de los hombres más orgullosos y criminales de aquél corrompido siglo. Decía, y era una de sus expresiones favoritas, que no temía a nadie

más que a los dioses; pero sus divinidades eran las mismas a quienes su admirante Dicearco ofrecía sacrificios todos los días, la Impiedad (*ασέβεια*) y la Iniquidad (*παρανομία*). Nada había sagrado para él, ni aun la vida de aquellos que le habían aconsejado o ayudado en la ejecución de sus designios. En su cólera contra los atenienses y contra Atalo saciaba su furor hasta en los monumentos consagrados a recuerdos respetables o sobre las más ilustres obras de arte. Se guiaba por esta máxima de Estado: «El que manda matar al padre, debe también mandar matar al hijo». Es posible que no hallase placer en ejercer la残酷; pero cuando menos le eran absolutamente indiferentes la vida y el sufrimiento de los demás, y no penetraba en su dura y rígida naturaleza la inconsecuencia en los movimientos de las pasiones, único defecto que hace soportable al malvado. Profesaba además la máxima de que «el rey absoluto no está obligado a cumplir su palabra ni la ley moral», e hizo tan imprudente y tan descarada ostentación de sus corruptoras opiniones, que llegó un día en que se volvieron contra él y fueron un obstáculo para sus planes. No puede negársele previsión ni decisión, pero iban siempre unidas con vacilaciones y descuidos; contradicciones inexplicables, sin duda, cuando se piensa que apenas tenía dieciocho años cuando subió al trono de un rey absoluto. Se encolerizaba contra cualquiera que osaba contradecirle o ponerle un obstáculo en su camino con un consejo, y había alejado de su lado, con sus violencias, a todos los consejeros útiles e independientes. ¿Cómo había podido mostrarse tan débil y tan cobarde en su primera guerra contra Roma? No tenemos datos para resolver esta cuestión. ¡Quizá no tendría entonces más que esa descuidada soberbia que sólo aparece y produce actividad y energía al aproximarse el peligro; quizás no tomase interés en un plan que él no había

concebido o tuviese envidia y celos de la grandeza de Aníbal, que le arrojaba en la sombra! Lo que sí es seguro es que al verle obrar en adelante, parecerá que no es aquel mismo hombre cuya negligencia había hecho fracasar las vastas combinaciones del general de Cartago.

# MUERTE DE ANÍBAL

La clientela de Roma abrazaba ya todos los Estados desde el extremo oriental del Mediterráneo hasta las columnas de Hércules. En ninguna parte había una potencia que pudiese inspirar temores. Pero aún vivía un hombre a quien Roma hacía el honor de juzgar como un enemigo temible; hablo del proscrito cartaginés que, después de haber armado contra Roma el Occidente, había sublevado todo el Oriente, fracasando sólo en una y otra empresa por las faltas de una aristocracia desleal en Cartago, y en Asia por la estupidez de la política de las camarillas de los reyes. Al hacer Antíoco la paz, prometió, sin duda, entregar al grande hombre, y éste fue a refugiarse primero en Creta y después en Bitinia. En la actualidad vivía en la corte de Prusias, prestándole su concurso en sus luchas con Eumenes y, como siempre, victorioso por mar y por tierra. Se ha dicho que intentaba lanzar al rey bitinio en una guerra contra Roma; absurdo cuya inverosimilitud salta a la vista de cualquiera. El Senado hubiera creído seguramente rebajar su dignidad mandando coger al ilustre anciano en su último asilo, y no creo en la tradición que le acusa; lo que parece verosímil es que Flaminio, en su insaciable vanidad, siempre en busca de proyectos y de nuevas hazañas, después de haberse hecho el libertador de Grecia, quisiera también librar a Roma de sus terrores. Si el derecho de gentes prohibía entonces hundir el puñal en el pecho de Aníbal, no impedía aguzar el arma ni señalar la víctima. Prusias, el más miserable de los miserables príncipes de Asia, tuvo un placer en conceder al enviado romano la satisfacción que éste no se había atrevido a pedir más que a medias palabras. Aníbal vio un día

asaltada su casa repentinamente por una banda de asesinos, y tomó veneno. Hacía mucho tiempo, dice un escritor romano, *que lo tenía preparado, conociendo a Roma y la palabra de los reyes*. No se sabe fijo el año de su muerte, pero debió ocurrir, sin duda, a mediados del año 571 (183 a. C.), y a la edad de setenta años. En la época de su nacimiento luchaba Roma, con éxito dudoso, por la conquista de Sicilia; y vivió bastante para ver sometido a su yugo todo el Occidente, para encontrar delante de sí, en su último combate contra Roma, los buques de su ciudad natal, avasallada ya por los romanos; para ver a Roma arrastrar en pos de sí el Oriente, como arrastra el huracán la nave sin piloto, y hacer ver que sólo él hubiera sido bastante fuerte para conducirla. El día de su muerte se habían desvanecido ya todas sus esperanzas; pero en su lucha de cincuenta años, había cumplido al pie de la letra el juramento que siendo niño había hecho a su padre al pie de los altares.

# MUERTE DE ESCIPIÓN

Por este mismo tiempo, y hasta en el mismo año, según parece, murió también Publio Escipión, al que los romanos acostumbraban llamar el vencedor de Aníbal. Le correspondieran o no, la fortuna lo colmó de los buenos éxitos que negaba a su adversario; dio a la República el dominio sobre España, África y Asia. Halló al nacer a Roma la primera ciudad de Italia, y al morir la dejó siendo la soberana de todo el mundo civilizado. Tuvo tantos sobrenombres por sus victorias, que no sabiendo qué hacer de ellos, se los dio a su hermano y a su primo (*Africanus*, *Asiagenus*, *Hispanus*); y, sin embargo, también él pasó sus últimos años en el martirio y en la tristeza, terminando sus días en el destierro voluntario. Pasaba ya de cincuenta años. Prohibió a sus parientes que llevasen su cuerpo a aquella patria por la que había vivido y en la que reposaban sus antepasados. No se sabe por qué se retiró de Roma; no eran, sin duda, más que una pura calumnia las acusaciones de corrupción y de malversación de caudales, dirigidas más bien contra su hermano y, sin embargo, no bastan para explicar su rencor. Se mostró verdaderamente el Escipión que conocemos cuando, en vez de justificarse con sus libros de cuentas, los rompió en presencia del pueblo y de su acusador, e invitó a los romanos a subir con él al templo de Júpiter para celebrar allí el aniversario de la victoria de Zama. El pueblo dejó solo al denunciante y siguió al Africano al Capitolio; este fue su último día feliz. De genio altanero, creyéndose formado de otro y mejor barro que el común de los mortales, completamente entregado al sistema de las influencias de familia, arrastrando en pos de sí por el

camino de su grandeza a su hermano Lucio, triste testaferro de un héroe, se había granjeado muchos enemigos, y no sin motivo. La dignidad es el escudo del corazón. El excesivo orgullo lo descubre y expone a todos los dardos lanzados por grandes y pequeños, hasta que llega un día en que esta pasión ahoga el sentimiento natural de la verdadera dignidad. Y además, ¿no es siempre propio de esas naturalezas, mezcla extraña de oro puro y de brillante oropel, como era la de Escipión, el necesitar para encantar a los hombres el brillo de la felicidad y la juventud? Cuando desaparece uno u otra, llega la hora de despertar, hora triste y dolorosa, principalmente para el que, habiendo producido grande entusiasmo, se ve ahora desdeñado.

# CATÓN EL VIEJO

Marco Porcio Catón es la verdadera encarnación del partido reformista<sup>[7]</sup>. Siendo el último de los políticos (de 520 a 605) de la antigua escuela que se oponía a que Roma extendiese sus conquistas fuera de los límites naturales de Italia, y rechazaba la idea de un imperio universal, aparece Catón ante la posteridad como el tipo del verdadero *romano* de la antigua Roma. Juicio poco exacto, pues representa también la oposición de las clases medias contra la nueva nobleza helenista y cosmopolita. Nacido en el campo, educado y obligado a seguir la carrera política por su vecino Lucio Valerio Flaco, uno de los pocos nobles que permanecieron hostiles a las tendencias del siglo, el rudo campesino de la Sabina había parecido al leal patrício el hombre mejor constituido para luchar contra la corriente, y se habían realizado sus previsiones. Gracias a los cuidados de su protector, poniendo Catón su palabra y su brazo al servicio del Estado y siendo útil a sus conciudadanos y a la cosa pública, se elevó hasta los honores del consulado y del triunfo y, por último, hasta la censura. Entrado en la legión a los dieciséis años había hecho todas las campañas contra Aníbal, desde la batalla del lago Trasimeno hasta la de Zama, a las órdenes de Fabio y de Marcelo, de Nerón y de Escipión, delante de Tarento, en Sena, en África, en Cerdeña, en España y en Macedonia; como soldado, como oficial y como general, había siempre, y en todas partes, cumplido valerosamente con su deber. Tal como era en el campo de batalla, tal se le hallaba en la plaza pública. Su palabra atrevida y dispuesta siempre al ataque, lo rudo de su sarcasmo, su conocimiento del derecho y de las instituciones romanas, su extraordinaria actividad, su constitución de

hierro, todas sus cualidades lo habían hecho notable en un principio en las pequeñas aldeas de su país natal; pero bien pronto se reprodujeron en el más vasto teatro del Fórum y del Senado: se le considera como el abogado más influyente y como el primer orador de su siglo. Tomó la voz y el tono de Manio Curio, y su ideal de los políticos del tiempo pasado; consagró la obra de su larga vida a la leal resistencia que, según sus propias nociones de las cosas, opone siempre y por todas partes a la rápida decadencia de las costumbres, y a los noventa y cinco años se le verá todavía librando sus últimos combates contra las tendencias de los nuevos tiempos. No era de bella presencia, ni mucho menos; sus enemigos le echaban en cara sus *ojos veros* y sus *cabellos rojos*. No fue un gran hombre, en el sentido ordinario de la palabra, y sobre todo un grande hombre de Estado de elevadas miras. Por el contrario, sus ideas en moral y en política eran casi mezquinas: no teniendo a la vista ni en sus labios más que los buenos tiempos antiguos, condenaba los nuevos sin ningún examen. En extremo severo consigo mismo, legitimando de este modo su rudeza y su inflexible dureza con los demás; honrado y recto, pero sin llevar sus miras ni su concepto del deber moral más allá de la regla positiva de la ley de policía, o de la puntualidad mercantil, enemigo de todo acto bajo o desleal, lo mismo que del brillo y la elegancia, enemigo sobre todo de sus enemigos, nunca supo remontarse a las fuentes del mal social: gastó su vida en combatir contra los síntomas y contra las personas.

Los hombres del poder desdeñaban y dejaban hacer, quizás no sin razón, a este «gritador» de espíritu estrecho; creían tener miras más elevadas y más trascendentales que él. Pero los desmoralizados elegantes temblaban en secreto, en el Senado y fuera del Senado, ante el viejo Aristarco de las costumbres, de atavío sencillo y republicano; ante el

veterano, completamente cubierto de cicatrices de heridas recibidas en las guerras contra Aníbal; ante el senador poderoso por su influencia y protector del campesino. No hubo uno de los notables, sus colegas, a quien no pusiese sucesivamente a su vista sus *tablillas* y su censura pública; hombre de grandes recursos oratorios, se arrojaba con júbilo contra cualquiera que se había cruzado por su camino o le había irritado. Al mismo tiempo, y con la misma osadía, rechazaba toda injusticia popular, todo nuevo desorden, y mostraba a las masas cuál era su deber. Sus ataques irónicos y energéticos le suscitaron muchos enemigos; vivió constantemente en guerra abierta e irreconciliable con los jefes de la facción noble, los Escipiones y los Flaminios: fue acusado ante el pueblo cuarenta y cuatro veces; pero esto mismo prueba cuán vivo estaba aún, en las clases medias, el valor varonil que soportó valerosamente el desastre de Canas; jamás el partido de los aldeanos abandonó en las votaciones al temerario campeón de la reforma de las costumbres. Cuando en el año 570 (184 a. C.) aspiraba a la censura de concierto con el noble Lucio Flaco, el asociado a sus ideas, se les oyó manifestar que expurgarían escrupulosamente el cuerpo electoral y el cuerpo cívico. No por esto dejó el pueblo de elegir a estos dos hombres temibles y temidos. Por más que la nobleza hizo cuanto pudo por separarse de ellos, tuvo que sufrirlos. Se verificó entonces una limpia completa: el hermano del Africano fue borrado de la lista de los caballeros; el hermano del libertador de Grecia desapareció de las listas senatoriales.

# **ESCIPIÓN EMILIANO**

En el siglo VII de la historia de Roma, a dondequiera que los ojos se dirijan, no se ven más que abusos y decadencia. ¿Podía dejar de ver todo hombre prudente y sabio la urgencia del peligro y la necesidad de remediarlo? Roma contaba con un gran número de hombres de esta clase; pero si entre ellos había alguno que pareciese llamado a poner mano sobre las reformas políticas y sociales, era seguramente el hijo predilecto de Paulo Emilio, el nieto adoptivo del gran Escipión, Publio Cornelio Escipión Emiliano Africano, aquel que llevaba su glorioso apellido por derecho de herencia y de conquista. Moderado y prudente como su padre, tenía una constitución física verdaderamente de hierro; tenía también ese espíritu decidido que no vacila ante la necesidad inmediata de las circunstancias. En su juventud había evitado los trillados senderos de los charlatanes políticos, no apareciendo en las antesalas de los senadores notables, ni en los Pretorios, en donde resonaban las vanas declamaciones de los enderezadores de entuertos. Tenía una pasión decidida por la caza; a los dieciséis años, después de haber hecho ya la campaña contra Perseo siguiendo a su padre, se le había visto solicitar por toda recompensa de sus brillantes acciones el derecho de recorrer libremente los sitios reservados y los sotos reales, intactos hacia cuatro años. Constituían, sobre todo, sus placeres y goces principales los conocimientos científicos y literarios. Gracias a los cuidados paternales, había penetrado en el verdadero santuario de la Grecia civilizada, superando el trivial helenismo y el falso gusto con su refinada cultura. Dotado de un juicio recto y firme, sabía

separar el trigo de la cizaña; y la nobleza completamente romana de su marcha imponía a las cortes de Oriente y a los burlones ciudadanos de Alejandría. En la fina ironía y en la pureza clásica de su lenguaje, se reconocía el aticismo de su cultura helénica. Sin ser escritor de profesión, dio a luz, como Catón, sus arengas políticas; y como las cartas de su hermana adoptiva, la madre de los Gracos, fueron consideradas estas arengas por los críticos de los tiempos posteriores como obras maestras y modelos de buena prosa. Se reunían en su casa los mejores literatos griegos y romanos; y sus preferencias, frecuentemente plebeyas, le suscitaron muchas envidias y sospechas por parte de sus colegas del Senado, que no tenían más ilustración que su ilustre nacimiento. Honrado y de leal carácter, todos, amigos y enemigos, confiaban en su palabra; no era aficionado a la especulación ni al lujo; vivía con sencillez, y en los asuntos de dinero obraba con lealtad y gran desinterés. Su liberalidad y su tolerancia admiraban a sus contemporáneos, que sólo miraban las cosas bajo el punto de vista del negocio. Fue un bravo soldado y un buen capitán; en la guerra de África obtuvo la corona que Roma otorgaba a aquellos ciudadanos que habían salvado al ejército con gran peligro de su vida. Llegado a general, puso glorioso término a la guerra que había visto comenzar siendo él un simple oficial. Sin embargo, como no tuvo jamás que desempeñar misiones muy difíciles, no pudo dar la completa medida de su talento militar. Escipión Emiliano no fue un genio. Amaba preferentemente a Jenofonte, soldado frío y tranquilo, y como él, también escritor sobrio. Hombre justo y recio si los hubo, parecía más llamado que nadie a asegurar el ya vacilante edificio del Estado y a preparar la reforma de la organización social. Acudió siempre donde pudo, y con buena voluntad, destruyendo e

impidiendo los abusos, mejoró notablemente la justicia. Su influencia y su apoyo no faltaron a Lucio Casio, ciudadano activo y animado también de los austeros sentimientos del honor antiguo. A pesar de la violenta resistencia de los grandes, hicieron que se aprobase la ley que introducía el voto secreto en los tribunales populares, que eran aún el órgano más importante de la jurisdicción criminal. Siendo joven, no había querido tomar parte en las acusaciones públicas. Siendo ya hombre, hizo comparecer ante los tribunales a los grandes culpables pertenecientes a la aristocracia. Lo mismo delante de Cartago que de Numancia, le encontramos siempre como hombre moral y prudente, arrojando de su campamento a los malos sacerdotes y a las mujeres, e introduciendo en la soldadesca la ley férrea de la antigua disciplina. Siendo censor en el año 612, purgó despiadadamente las listas de la elegante multitud de viciosos «de barba acicalada»; emplea palabras severas con el pueblo, y le exhorta a la fidelidad y a la integridad de costumbres de los antiguos tiempos. De más sabía, como todos, que esforzar la justicia y dar algún que otro remedio aislado no era curar el mal que corroía la sociedad. Y, sin embargo, no intentó nada decisivo. Cayo Lelio (cónsul en el año 614), su amigo más antiguo, su maestro y su confidente político, concibió un día la idea de presentar una moción para que se quitasen a los detentadores que los poseían todos los terrenos comunales de Italia no enajenados por el Estado; distribuyéndolos a cierto número de colonos, se hubiera detenido seguramente la creciente decadencia de las clases rurales. Pero se vio obligado a abandonar su proyecto ante la gran tormenta que comenzaba a levantarse, y su inacción le valió el sobrenombre de Prudente (*Sapiens*). Escipión pensaba lo mismo que Lelio. Tenía plena conciencia del peligro; si no

se trataba más que de pagar con su persona, marchaba derecho y con bravura legal a donde veía el abuso, cualquiera que fuese el ciudadano que tuviera por delante; pero convencido, por otra parte, de que para salvar a la patria se necesitaba una revolución semejante a la que había producido la reforma de los siglos IV y V, concluía, con razón o sin ella, que el remedio era peor que la enfermedad. Se colocó, pues, con su pequeño círculo de amigos, entre los aristócratas, que no le perdonaron nunca el apoyo que prestara a la ley Casia, y los demócratas, que le tenían por moderado, y a quienes él no quería seguir; aislado durante su vida, fue ensalzado por ambos partidos después de su muerte: hoy campeón y defensor de los conservadores, y precursor mañana de los reformistas. Antes de él, al dimitir los censores de su cargo, no habían hecho más que pedir a los dioses *el aumento del poder y de la grandeza de Roma*; al salir Escipión de la censura les pidió que *velasen por la salvación de la República*. Invocación dolorosa que nos revela el secreto de su pensamiento.

## **TIBERIO GRACO**

La empresa ante la cual retrocedió aquel hombre que había salvado por dos veces y conducido después a la victoria al ejército romano, osó intentarla un hombre oscuro y sin pasado. Tiberio Sempronio Greco, que es a quien aludimos, fue el que se propuso salvar a Italia (de 591 a 621). Su padre, que había llevado el mismo nombre que él, había sido cónsul en los años 577 y 591, censor en 585, y se había conducido en todo como el verdadero tipo del aristócrata romano. Siendo edil, había organizado, no sin grandes cargas para las ciudades sujetas, los juegos públicos con un esplendor inusitado, e incurrido por ello en la severa y merecida censura del Senado. Por otra parte, interviniendo en el lamentable proceso dirigido contra los Escipiones, sus enemigos personales, había obedecido a su humor caballeresco y a sus inclinaciones de casta; pronunciándose abiertamente, durante su censura, contra la admisión de los emancipados a votar en las centurias, había luchado en pro de los principios conservadores; por último, siendo pretor en la provincia del Ebro, en España, había prestado grandes servicios a la patria por su bravura y su justicia, y asegurado en la memoria de las poblaciones sujetas el respeto y amor a su nombre. El joven Tiberio era hijo de Cornelia, hija del vencedor de Zama. Reconociendo Escipión el generoso apoyo que le había prestado su adversario político, lo había elegido por yerno. Todo el mundo conoce a Cornelia, a esa mujer ilustre, de elevados sentimientos y de un espíritu muy culto. Después de la muerte de su marido, que era mucho mayor que ella en edad, se negó a desposarse con el rey de Egipto; educó a sus tres hijos haciendo que tuviesen siempre a la vista la vida de su padre y de su abuelo. El mayor de los

dos varones, Tiberio, tenía un natural excelente y honrado. Con su mirada dulce y su carácter tranquilo, lo que menos parecía era un agitador de las masas populares. Todas sus relaciones y todas sus ideas se aproximaban a las de los Escipiones; compartía con su hermano y su hermana las elegancias y la instrucción filohelénica. Escipión Emiliano, su primo, fue también su cuñado; a los dieciocho años, sirviendo a sus órdenes en la guerra en que fue destruida Cartago, mereció por su valor los elogios del austero capitán, y obtuvo distinciones militares. No debe admirarnos que este espíritu inteligente se convenciese de la decadencia de Roma, así en la cabeza como en los demás miembros del cuerpo político. Vivía en un medio en que dominaba este pensamiento. Comenzó a convencerse más cada día de la necesidad de la restauración de las clases rurales. Adicto a las ideas reformistas, quiso proseguir a todo trance su realización: no eran sólo los jóvenes los que no comprendían que Lelio hubiese retrocedido y le tachaban de debilidad. El ex cónsul y ex censor Apio Claudio, uno de los senadores más notables, había echado en cara, con su elocuencia apasionada y poderosa, a los Escipiones y a sus amigos el haber abandonado cobardemente sus proyectos de leyes agrarias, y la censura era tanto más amarga cuanto que ya había tenido a Escipión Emiliano por competidor en las funciones censoriales. Publio Craso Muciano, entonces gran pontífice, respetado de todos, pueblo y Senado, tanto como hombre cuanto como jurisconsulto, había hablado en el mismo sentido. Su hermano Publio Mucio Escévola, el fundador de la jurisprudencia científica en Roma, parecía que no desaprobaba tampoco las reformas proyectadas; su opinión tenía una autoridad tanto mayor cuanto que era considerado como hombre ajeno a todo espíritu de partido. Esta misma era, en fin, la manera de ver de Quinto Metelo,

el vencedor de Macedonia y de Acaya, menos estimado aún por sus hechos de guerra que tenido por el modelo de las costumbres y de la disciplina antiguas, así en su vida pública como en su vida privada. Tiberio Graco vivía y tenía íntimas relaciones con estos hombres ilustres, sobre todo con Apio, con cuya hija se había casado, y con Muciano, de quien su hermano era yerno. Se entregó por completo a la idea de emprender por sí mismo la reforma desde el momento en que pudiera conquistar una posición política que le permitiera la iniciativa legal. Le movía a ello, además, más de un motivo personal. Recuérdese el papel que había desempeñado delante de Numancia, en el tratado de paz hecho por Mancino. Este tratado, redactado por él, lo había declarado nulo el Senado: el general había sido entregado al enemigo; y el mismo Tiberio, con los demás oficiales del ejército, hubiera sufrido la misma suerte a no ser por el favor de que gozaba para con el pueblo. Ante tal injuria, se había indignado su leal altivez, y guardaba un rencor profundo a la aristocracia que dominaba en Roma. Es más, hasta los retóricos, con quienes discutía diariamente sobre política y filosofía, Diófano de Mitelene y Blosio de Cimea, acariciaban su ideal y le ayudaban a formarlo. Apenas se traslucieron sus proyectos, se oyeron por todos lados palabras de aprobación; de todas partes le animaban, diciendo que al nieto del gran Escipión el Africano es a quien correspondía tomar a su cargo la causa de los pobres y la salvación de Italia.

El 10 de diciembre del año 620 tomó Tiberio Graco posesión del cargo de tribuno del pueblo. Todo el mundo veía las llagas sociales, horrorosas consecuencias de una administración torpe y la decadencia política, militar, económica y moral del pueblo romano. De los dos cónsules de aquel año, el uno combatía sin resultados la insurrección

de los esclavos de Sicilia; el otro, Escipión Emilián, después de estar acampado por espacio de muchos meses ante una pequeña ciudad española, tenía la misión, no de vencerla, sino de exterminarla. Si Graco hubiera necesitado alguna nueva excitación para pasar del pensamiento a la acción, la hubiera hallado en las circunstancias presentes, tan angustiosas para todos los buenos patriotas. Su suegro le prometía su concurso y su consejo; y podía contar con el apoyo de Escévol, el jurisconsulto elegido ya como cónsul para el año 621. Apenas entró Graco en el ejercicio de sus funciones, propuso una ley agraria que, bajo muchos aspectos, no era más que la renovación de la ley Licinia Sextia del año 387. Se disponía en ella que el Estado se incautase de todos los terrenos comunales, sin indemnización para los detentadores que los ocupaban. Por lo demás, no tocaba los terrenos arrendados, como sucedía con el territorio de Capua. Cada ocupante conservaría 500 yugadas (126 hectáreas); cada uno de sus hijos 250 yugadas, y todo a título perpetuo y garantido, pero sin que pudiese pasar nunca el capital de 1000 yugadas. A falta de esto, el detentador desposeído tenía derecho a una compensación. Para las mejoras, los edificios y las plantaciones incorporadas, parece que había también una indemnización. Volviendo las tierras comunales al dominio del Estado, debía dividírselas en lotes de 30 yugadas y distribuirlas por suerte a los ciudadanos o a los aliados itálicos, no como propiedad absoluta, sino en arrendamiento perpetuo y hereditario, comprometiéndose el nuevo poseedor a cultivarlas y a pagar una módica renta al Tesoro público. Se crearon triunviros a título de funcionarios regulares y permanentes que debían ser elegidos anualmente por el pueblo reunido en comicios, y tenían el cargo de ejecutar las disposiciones de esta ley, y, lo que era más difícil

e importante, ventilar las cuestiones de propiedad y fallar qué tierras pertenecían al Estado y qué otras a los particulares. Una vez comenzada la distribución, debía continuarse indefinidamente y aplicarse a toda la clase jornalera. Terminado el arreglo de los dominios itálicos, por extensos y difíciles de deslindar y reconstituir que fuesen, debía procederse a otras medidas: el Tesoro, por ejemplo, debía dar a los triunviros una suma anual para la compra y distribución de nuevas fincas en Italia. Comparada con las leyes Licinias, se distinguió bastante de ellas la ley agraria Sempronia: 1.<sup>º</sup> Por sus disposiciones especiales en favor del poseedor hereditario; 2.<sup>º</sup> por el carácter enfitéutico e inenajenable que imprimía a las nuevas posesiones. 3.<sup>º</sup>; y sobre todo, por la permanencia de los funcionarios repartidores. Por falta de estas medidas previsoras, puede decirse que la ley antigua había carecido de objeto y no había producido efectos durables.

Se había declarado la guerra a los grandes propietarios, representados ahora, lo mismo que hace tres siglos, principalmente por el Senado. Por primera vez se veía, después de muchos años, levantarse a un magistrado solo contra el gobierno aristocrático y hacerle una oposición seria. La aristocracia aceptó el combate, y recurrió inmediatamente a sus armas habituales, neutralizando al funcionario con el funcionario. Marco Octavio, el otro tribuno, colega de Graco, adversario decidido del proyecto, teniéndole por malo de buena fe, interpuso su veto al ir a votarse aquél; según la Constitución, esto valía tanto como desechar la moción. Graco, a su vez, suspendió el curso de los negocios públicos y de la justicia y selló las arcas del Tesoro; por molesta que fuera la medida, se le dejó obrar, porque el año tocaba ya a su término. Por último, el tribuno llevó sus proyectos ante el pueblo, y Octavio repitió su

intercesión. En vano su colega y amigo hasta aquel día le suplicó que salvase con él a Italia; éste le respondió que sobre los medios de salvación de Italia podían tener distinto parecer; pero que su derecho de voto constitucional, contra la moción de un colega, era cosa cierta e incontestable. En este momento intentó el Senado proporcionar a Tiberio una retirada; vinieron a él dos consulares a proponerle que presentase su moción en la Curia, proposición que el tribuno se apresuró a acoger. Creyó que el Senado no rechazaba ya el principio de la distribución de tierras; pero en esto se engañaba por completo. El Senado no estaba dispuesto, ni mucho menos, a hacer semejante concesión; las negociaciones fueron cortas y sin resultado. Graco había agotado todos los medios legales. En otro tiempo, cuando llegaban estos casos, se dejaba pasar el año sin chocar ni incomodarse; después, al año siguiente, se reproducía la moción, y se la llevaba ante el pueblo, de tal modo que la energía de la exigencia de reforma y el poder de la opinión pública limaban toda resistencia. En la actualidad se obraba con más precipitación. Graco había llegado a la crisis suprema, al punto decisivo: ¿abandonaría la causa de la reforma o comenzaría la revolución? Optó por esto último. Declaró al pueblo que era necesario que Octavio o él saliesen del colegio de los tribunos, y propuso a su colega que se votase en los comicios la despedida del uno o del otro. Según la Constitución, no era posible destituir a un magistrado, y Octavio desechó naturalmente una proposición que, además de violar la Constitución, le infería una injuria a él mismo. Graco rompió inmediata y violentamente: se volvió hacia el pueblo y le preguntó «si el tribuno que obraba contra los intereses populares no deshonraba su cargo». La asamblea prestó completo asentimiento, acostumbrada como estaba hacia mucho

tiempo a decir sí en todas las mociones, y que estaba compuesta aquel día, casi en totalidad, de la muchedumbre de proletarios que habían acudido de la campiña para apoyar un proyecto de ley que era, a sus ojos, de capital importancia. Por orden de Graco, arrojaron los alguaciles a Marco Octavio del banco de los tribunos; la ley agraria fue votada por aclamación y saludada con gritos de entusiasmo; se nombraron también los primeros triunviros repartidores. Los votos proclamaron al autor mismo de la ley, a su hermano Cayo, joven de veinte años, y a su suegro Apio Claudio. La ejecución de la ley se convirtió en un negocio de familia. Con esto se aumentó el resentimiento de la aristocracia, y cuando, según costumbre, fueron los nuevos funcionarios a pedir al Senado la indemnidad de instalación y sus honorarios, les fue negada la demanda y se les asignó el sueldo ridículo de veinticuatro ases diarios (menos de cinco reales). La discordia iba aumentando y envenenándose cada vez más. Los odios iban extendiéndose y se convertían de políticos en personales. En todas las ciudades, aun entre las de los aliados itálicos, no hacían más que sembrar la discordia las operaciones de deslinde y de distribución de los dominios públicos detentados. La aristocracia confesaba sin rodeos que quizá sufriría la ley, si no podía pasar por otro punto; pero que se vengaría a toda costa de aquel que la había propuesto y hecho votar por autoridad propia.

Decía Quinto Pompeyo que el día en que Graco saliese del tribunado, formularía él su acusación, amenaza que no era, ni con mucho, la más violenta de tantas como se oían en todas partes. No creyéndose seguro en Roma, y no sin razón, no aparecía el tribuno en la plaza pública sin una escolta de tres o cuatro mil hombres, lo que le valió en pleno Senado las amargas censuras de Metelo, que no era, sin

embargo, contrario a la reforma. Votada la ley agraria, se creyó que Graco había llegado a su fin; pero él se veía en la primera etapa de su carrera. Es verdad que el pueblo le debía estar muy reconocido; pero ¿qué sería de él, sin tener otro escudo que el reconocimiento popular, el día en que su persona no fuese ya indispensable, el día en que no fuesen unidos a ésta nuevos intereses y nuevas esperanzas, mediante vastos y nuevos proyectos? Entretanto, el testamento del último rey de Pérgamo vino a dar a los romanos el imperio y las riquezas de los atálicas; inmediatamente pidió Graco la distribución del tesoro pergamiano en provecho de los poseedores recientes, para que atendiesen a los gastos de su primer establecimiento; y contra todos los usos antiguos, quiso reivindicar para los ciudadanos el derecho de estatuir soberanamente sobre lo que debía hacerse de la nueva provincia. Preparaba, se dice, otras leyes populares, tales como el reclutamiento del servicio militar, la extensión del derecho de *provocación*, la supresión del privilegio que tenían los senadores para sentarse como jurados en los tribunales de justicia y, por último, la admisión de los aliados itálicos al derecho de ciudadanía. No puede fijarse, en verdad, hasta qué punto habrían llegado sus designios. Lo cierto es que no veía su salvación nada más que en la prorrogación de su cargo por otro año; y que, para obtener del pueblo semejante concesión sumamente inconstitucional, necesitaba proponer reformas sobre reformas. En un principio, sólo había querido salvar la República; en la actualidad, se trataba de sí mismo, y la suerte de la República iba unida con la vida del tribuno. Se reunieron las tribus para las elecciones del año siguiente, y sus primeras secciones votaron por Tiberio; pero la oposición del partido contrario fue bastante fuerte para hacer que se disolviesen los comicios sin haber hecho

nada definitivo, y se dilató hasta otros dos días la continuación de las operaciones. Graco apeló a todos los medios lícitos e ilícitos; se mostró a las masas vestido de luto y recomendando sus hijos al pueblo. Previendo el caso de que sus adversarios pudieran oponer de nuevo obstáculos a su elección, había tomado sus medidas para que sus amigos los arrojasen del recinto público de los comicios, que se verificaban junto al templo del Capitolio. Comenzó, pues, de nuevo la votación el día señalado: los votos siguieron el mismo rumbo que el primero; el partido aristocrático, por su parte, se obstinó en la resistencia a todo trance. Se promovió un gran tumulto; se dispersaron los ciudadanos; se disolvió por la fuerza la asamblea electoral; se cerró el templo Capitolino y comenzó a divulgarse por la ciudad que Tiberio había depuesto a todos los tribunos y que estaba decidido a continuar en su cargo sin que le reeligiesen. El Senado se había reunido en el templo de la Fidelidad, inmediato al de Júpiter, y los enemigos más encarnizados de Tiberio se desataban allí en improperios e invectivas contra éste. En aquel momento llevó Graco la mano a su frente, indicando a la muchedumbre agitada que peligraba su vida. Sus contrarios exclamaron inmediatamente que pedía al pueblo la corona de los reyes. Se intimó al cónsul Escévola para que haga morir al traidor, y como Escévola, moderado por carácter y casi partidario de la reforma agraria, rechazase la moción, a la vez bárbara e insensata, se levantó Escipión Nasica, el consular más duro y fogoso de todos los aristócratas e invitó a sus amigos a armarse como pudieran y a seguirle. Los electores rurales habían venido en corto número a la ciudad, y los electores urbanos se retiraban espantados al ver precipitarse del templo a todos aquellos elevados personajes encolerizados y amenazando con las armas de que se habían provisto. Graco quiso huir con el

corto número de sus partidarios, pero cayó al bajar la rampa del Capitolio; atacado por uno de aquellos hombres furiosos (Publio Satureyo y Lucio Rufo se disputaron después la honra de haber sido su verdugo), fue asesinado a palos, quedando tendido a los pies de las estatuas de los siete reyes de Roma, al lado del templo de la Fidelidad, muriendo además en derredor suyo trescientos de sus partidarios. Llegada la noche, fueron arrojados al Tíber sus cadáveres. ¡En vano Cayo Graco exigió que se le entregase el cadáver de su hermano! ¡Nunca había atravesado Roma un período tan funesto! La segunda crisis social había comenzado por una sangrienta catástrofe que superaba a cuanto se había visto durante las seculares discordias de las primeras disensiones civiles. En las filas de la aristocracia se apoderó de los buenos el terror; pero ¿qué partido tomar? El mal estaba hecho, y de no abandonar a los hombres más notables del partido a la venganza de la muchedumbre, tenían que aceptar en masa la responsabilidad del crimen cometido, y tuvieron que resignarse. Se proclamó oficialmente que Graco había aspirado a la monarquía, y se justificó el asesinato con el precedente de Servilio Ahala; se nombró una comisión especial para informar contra los cómplices de Tiberio, y pronunciando también la sentencia capital contra muchos romanos de condición ínfima, cuidó su presidente, el cónsul Publio Popilio, de imprimir el sello de una especie de legalidad retroactiva al asesinato del campeón popular (año 622). Nasica tenía al menos el valor de sus actos, a pesar del furor del pueblo: los confesaba en voz alta y se vanagloriaba de ellos; se le envió al Asia con un pretexto honroso, y durante su ausencia, fue nombrado pontífice supremo. Tampoco en esto se separaron los moderados de sus colegas: Cayo Lelio tomó parte en la información contra los auxiliares de los Gracos; Publio

Escévola, que había querido impedir el asesinato, se convirtió más tarde en su abogado en pleno Senado; por último, invitado a su regreso de España Escipión Emiliano a explicarse públicamente y a decir si aprobaba o no el suplicio de su cuñado, respondió con un equívoco, manifestando que Tiberio había sido justamente condenado a muerte, si era cierto que había intentado coronarse rey.

## CAYO GRACO

Nueve años más joven que su hermano Tiberio, tenía con él, además, muy poca semejanza. Huía, como aquél, de los placeres y de las costumbres groseras: era también un hombre culto y un bravo soldado. Se había distinguido mucho delante de Numancia a las órdenes de su cuñado, y después en Cerdeña. Mas por el talento, el carácter y el entusiasmo, superaba con mucho la talla del primer Graco. En la seguridad de su marcha, en la exactitud de sus miras, aun en medio de los más diversos obstáculos, y entre tantos esfuerzos empleados para asegurar la votación y ejecución de las muchas leyes que más tarde propuso, no puede desconocerse en el tribuno al hombre de Estado de primer orden. Asimismo, podrá juzgarse por la fidelidad y sacrificios hechos por sus más próximos amigos, de las facultades tan especiales de que estaba dotada esta noble naturaleza. Había sacado durante nueve años, de la escuela del dolor y de las humillaciones sufridas, la energía de su voluntad y de su acción; la llama del odio, comprimida pero no extinguida en el fondo de su pecho, iba en fin a poder desencadenarse contra el partido culpable, a sus ojos, de los males de la patria y del asesinato de su hermano. Su pasión terrible le había hecho el primero de los oradores que han levantado su voz en el Fórum romano; sin esta pasión y sus extravíos, podríamos contarle también entre los grandes políticos de su siglo. Si echamos una ojeada sobre los pocos restos de sus famosas arengas, hallaremos en ellas las huellas de una palabra poderosa e irresistible y comprenderemos, además, cómo al leerlas u oírlas, se sentían arrastradas las masas por el huracán de su oratoria. Sin embargo, por grande orador que fuese, le dominaba muchas veces la

cólera, y entonces se alzaba la tormenta en medio de su elocuencia. Esta fue una fiel imagen da su carrera política y de sus sufrimientos. No había en él el sentimentalismo de Tiberio, esa tendencia al sacrificio que tienen los hombres de vista corta y poco clara, recurriendo a las súplicas y a las lágrimas para atraerse a un adversario político. Entrando, por el contrario, en la vía de la revolución, marchó derecho a su fin y a su venganza. «¡Creo, como tú», le escribía su madre, «que nada hay más dulce ni más grande que la venganza, pero a condición de que la República no sufra por ello el más leve daño!, no siendo así que vivan nuestros enemigos por muchos años; que continúen siendo lo que son, antes que hacer que la patria se derrumbe y perezca». Cornelia conocía a fondo a su hijo. Éste profesaba la máxima completamente opuesta. Quería vengarse, y vengarse a toda costa de aquel Gobierno miserable, ¡siquiera por esto se hundiera Roma y él con ella! Sintiéndose inclinado al mismo destino precoz que su hermano, no hizo más que precipitarse con mayor rapidez, semejante al hombre herido mortalmente que se precipita en las filas del enemigo. ¿Quién duda de que la madre de los Gracos pensaba más noblemente que ellos? La posteridad, prendada del hijo, de esa naturaleza italiana tan profundamente apasionada y vehemente, ha preferido lamentarle a censurarle; y no ha hecho mal en ello.

Graco salió de su cargo el 10 de diciembre del año 632, y Opimio entraba en su consulado en 1 de enero del año 633. El combate se empeñó, como es natural, con ocasión de la más útil pero de la más impopular de las medidas del ex tribuno: la reconstrucción de Cartago. A la colonización transmarítima sólo se había opuesto el arma indirecta de la colonización de Italia, más atractiva para el emigrante; pero he aquí que comienzan a circular ciertos rumores; se cuenta

que las hienas de África habían desenterrado y volcado las piedras puestas hacia poco para señalar los límites del territorio de la nueva Cartago. Los sacerdotes romanos comenzaron a decir que estos prodigios y estos signos eran una advertencia manifiesta: ¡los dioses prohíben la reconstrucción de la ciudad maldita! El Senado a su vez se declaró obligado en conciencia a proponer una ley que prohibiese la colonia de Junonia. En este mismo instante se ocupaba Graco, con una comisión compuesta de sus partidarios, en elegir los futuros colonos. El día de la votación apareció en el Capitolino, en donde estaba convocada la asamblea del pueblo, intentando que se rechazase la moción gracias al apoyo de todos los suyos. Él quería evitar la violencia, para no dar a sus adversarios el pretexto que buscaban, pero no pudo impedir que un gran número de sus amigos, recordando el fin de Tiberio y demasiado al corriente de los proyectos de los aristócratas, fuesen armados al lugar de la convocatoria. En el estado de sobreexcitación de los espíritus, debía esperarse cualquier atentado. Habiendo quemado el cónsul Lucio Opimio la víctima acostumbrada sobre el altar de Júpiter Capitolino, se presentó de repente uno de sus alguaciles, llevando en sus manos las entrañas sagradas, ordenando «a los malos ciudadanos» que evacuasen el templo; y parece que quiso poner la mano sobre Graco; uno de los fanáticos de este último sacó su espada y atravesó a aquel desgraciado. Se promovió un tumulto horroroso. En vano se esfuerza Graco por hacerse oír; en vano rechaza toda responsabilidad en aquel asesinato sacrílego; alzando la voz, no hace más que suministrar otro pretexto para la acusación. Cuando estaba hablando había interrumpido, sin apercibirse de ello, a causa del ruido y de la confusión, a un tribuno que hablaba al mismo tiempo al pueblo; había un decreto, olvidado ya,

del tiempo de las luchas entre los dos órdenes, que fijaba las penas más severas contra el que interrumpiese a un tribuno. El cónsul Opimio había tomado ya sus medidas; era necesario concluir con la fuerza una insurrección que tendía, según los aristócratas, a destruir la Constitución republicana. Éste pasó toda la noche en el templo de Cástor, sobre el Fórum. Al amanecer, los arqueros cretenses ocuparon el Capitolio, y la Curia y el Fórum se llenaron de partidarios del Gobierno, senadores y caballeros pertenecientes a la facción conservadora, todos armados, según la orden del cónsul, y acompañado cada uno de dos esclavos, también armados. Ninguno faltó al llamamiento; hasta se vio venir con su escudo y su espada al viejo y venerable Quinto Metelo que, sin embargo, era partidario de las reformas. Se puso a la cabeza de los defensores del Gobierno Décimo Bruto, oficial hábil y experimentado en las guerras de España. Entretanto, se había reunido el senado en la Curia; habían colocado en la puerta el ataúd en donde yacía el lictor muerto la víspera, y los senadores, en su emoción, vinieron en masa a contemplar el cadáver, y después se retiraron a deliberar. Los jefes de la democracia habían abandonado el Capitolio y se habían marchado a sus casas. Durante la noche, Marco Flaco, por su parte, había querido organizar la lucha en las calles, pero Cayo había permanecido inactivo, no queriendo pugnar contra el destino. La mañana siguiente, cuando llegó a su conocimiento la noticia de los grandes preparativos acumulados en el Capitolio y en el Fórum, subieron los demócratas al Aventino, esta antigua ciudadela del pueblo en las luchas entre patricios y plebeyos. Graco estaba allí silencioso y desarmado, pero Flaco había llamado a los esclavos a las armas. Al mismo tiempo que se atrincheraba en el templo de Diana, enviaba a su joven hermano Quinto

al campo enemigo a proponer un arreglo. Quinto volvió diciendo que los aristócratas exigían la entrega a discreción, trayendo a Graco y Flaco una citación para que compareciesen ante el Senado a responder a una acusación de lesa majestad tribunicia. Graco quiso obedecer, pero Flaco lo impidió volviendo a la carga con el Senado y solicitando un compromiso.

Tentativa a la vez pueril y cobarde, tratándose de semejantes adversarios. Cuando en lugar de los acusados se vio que volvía de nuevo el joven Quinto, declaró el cónsul que la contumacia de aquéllos era un principio de abierta insurrección; mandó detener al emisario y dio la señal de atacar el Aventino, pregonando a la vez por las calles que el que presentase la cabeza de Flaco o de Graco, recibiría igual peso de oro del Tesoro público, y que se perdonaría a todos los que bajasen del Aventino antes de comenzar el combate. Inmediatamente se dispersaron las masas, y los nobles, apoyados por los arqueros cretenses y los esclavos, asaltaron con bravura la colina, en la que no llegó a formalizarse la defensa, y pasaron por las armas a cuantos encontraron, muriendo unos doscientos cincuenta desgraciados, gente del pueblo la mayor parte. Flaco había huido con su hijo mayor y se había ocultado; pero habiéndolo descubierto, fue asesinado. Graco se había retirado, desde el principio de la lucha, al templo de Minerva. Iba a atravesarse con su espada, cuando su amigo Publio Léntulo se arrojó en sus brazos, suplicándole que se conservase para mejores días. Cayo se dejó guiar y marchó hacia el Tíber para pasarlo; pero al bajar de la colina tropezó y se lastimó un pie. Entonces, para darle tiempo, se detuvieron dos de sus compañeros, Marco Pomponio en la puerta trigémina bajo el Aventino, y Publio Letorio en el puente en que contaba la leyenda que Horacio Cocles había detenido a todo el

ejército de los etruscos. Fue necesario pasar sobre sus cadáveres. Acompañado de Euporo, su esclavo, había podido Graco gracias a ellos ganar la orilla derecha del río; y se hallaron sus dos cadáveres en el bosque sagrado de la diosa Furrina. Todo induce a creer que el esclavo había matado a su señor primeramente y después se había suicidado a su vez. Las cabezas de los dos jefes de la revolución fueron presentadas al cónsul, según éste había ordenado. El que llevó la cabeza de Graco, Lucio Septumeleyo, era hombre de elevada condición, y recibió con exceso la recompensa prometida; los asesinos de Flaco eran, por el contrario, gentes de poco más o menos, y se les despachó con las manos limpias. Los cadáveres de dichos jefes fueron arrojados al río, y sus casas entregadas al pillaje de las masas. Comenzó después el proceso contra los numerosos partidarios de Cayo: tres mil fueron ejecutados, y entre ellos el joven Quinto Flaco, que apenas contaba dieciocho años, y cuya juventud y carácter amable excitaron la compasión universal. Debajo del Capitolio se levantaban los altares consagrados por Camilo a la Concordia, después de restablecida la paz interior, y por otros ilustres romanos en circunstancias análogas; todos estos santuarios fueron demolidos por orden del Senado, y el cónsul Lucio Opimio edificó sobre sus ruinas un templo vasto y magnífico con su *celia* (sagrario) en honor de la misma diosa, costeado con el dinero de los *traidores* muertos o condenados. Se había confiscado hasta la dote de las mujeres. Roma estaba en lo cierto al destruir los símbolos de la antigua concordia, e inaugurando la nueva era sobre los cadáveres de los tres nietos del vencedor de Zama, Tiberio Graco, Escipión Emiliano y Cayo Graco, devorados todos por el monstruo de la revolución.

Fue declarado maldito el nombre de los Gracos, y hasta

se prohibió a la misma Cornelia que vistiese luto por ellos. Mas, a pesar de las prohibiciones oficiales, se manifestó después de su muerte el grande afecto que profesaban las masas a los dos hermanos, sobre todo a Cayo, tributando a su memoria un culto religioso, y mirando como sagrados los lugares en que habían muerto.

# MARIO

Cayo Mario, hijo de un pobre jornalero, nació en el año 599 (155 a. C.) en la aldea de Cereata (en Arpinum), que obtuvo más tarde derecho municipal bajo el nombre de *Cerata Marianae*, y aún hoy lleva el nombre de *patria de Mario (Casamari)*. Su educación se verificó al lado del arado, y sus recursos eran tan insignificantes que no eran suficientes para abrirle el acceso a las funciones locales en Arpino. Se acostumbró desde muy temprano a lo que habría de practicar a menudo una vez llegado a general: el hambre y la sed, los ardores del sol y el frío del invierno, el dormir en el suelo; todo esto era para él un puro juego. Cuando llegó a la edad para ello, ingresó en las filas del ejército, fue a la dura escuela de las guerras de España, llegando muy pronto a obtener el grado de oficial. En el sitio de Numancia, teniendo ya veintitrés años de edad, llamó la atención de Escipión, de aquel general ordinariamente tan severo, por la limpieza de su caballo y de sus armas, por su bravura en los combates y por su buena conducta en el campamento. A su regreso ostentaba honrosas cicatrices y las insignias del mérito militar, deseando ardientemente crearse un nombre en esta carrera en que había comenzado a ilustrarse. Pero en las circunstancias presentes, aun el más recomendable de los ciudadanos, si no poseía riquezas ni tenía relaciones, hallaba despiadadamente cerrados todos los cargos públicos, único camino que podía conducir a los altos cargos militares. El joven oficial supo conquistar riquezas y amigos, ya con ayuda de especulaciones comerciales, que le dieron buenos resultados, ya por su unión con una hija de la antigua *gens* de los Julios. Por último, al cabo de grandes esfuerzos y de muchos fracasos llegó, en el año 639, a la

pretura y, encargado del gobierno de la España ulterior, halló ancho campo para manifestar nuevamente su vigor militar. Muy pronto, y a despecho de la aristocracia, se le vio cónsul en el año 647, y procónsul en 648 y 649. Terminó afortunadamente la guerra de África, y después de la derrota de Orange fue colocado al frente de las operaciones militares contra los germanos. Durante su consulado, renovado por cuatro veces (de 650 a 654), excepción sin ejemplo en los anales de la República, venció y destruyó a los teutones y a los cimbrios. En el ejército se había portado como hombre bravo y leal; justiciero para con todos, sumamente probo y desinteresado en la distribución del botín, y sobre todo incorruptible. Como hábil organizador, había puesto la mohosa máquina militar en estado de funcionar; buen capitán además, sabía imponer la disciplina al soldado y tenerle contento, ganándose su afecto y convirtiéndose en su camarada; era diestro frente al enemigo y para buscar el momento oportuno. No quiere decir esto que fuera un general extraordinario, al menos en cuanto a nosotros se nos alcanza; pero su mérito, muy recomendable por cierto, era suficiente, en las circunstancias actuales, para darle un nombre ilustre, pues sólo él lo había conducido con un esplendor inaudito hasta formar en la primera línea de los consulares y de los triunfadores. Su voz continuó siendo ruda y su mirada feroz, como si aún tuviese delante a los libios o a los cimbrios, y no a sus perfumados colegas, modelos de finura y de elegancia. No quiere decir tampoco que, al mostrarse tan supersticioso como el simple soldado, hubiese allí nada que dejase entrever al antiaristócrata; nada hay de extraño en que, al presentar su primera candidatura al consulado, obedeciese a los oráculos de un arúspice etrusco, tanto al menos como al impulso de sus talentos

personales; era muy común verle, durante la campaña contra los teutones y en pleno Consejo de guerra, prestar oído a las profecías de Marta, adivina siria: en este punto, lo mismo ahora que siempre, se habían aproximado mucho las altas y las bajas clases romanas. Lo que la aristocracia no podía perdonar a Mario era su absoluta carencia de educación política: que había batido a los bárbaros, perfectamente; pero ¿qué pensar de un cónsul que ignoraba las leyes de la etiqueta constitucional, hasta el punto de entrar en el Senado con traje triunfal? No importa; tenía tras de sí todo el estado llano; no contento con ser un *pobre*, como decían los aristócratas, era mucho peor, mostrándose frugal y enemigo declarado de la corrupción y de la intriga. Soldado antes que todo, no conocía la finura y la delicadeza extremadas, y bebía mucho, sobre todo en los últimos años; además no sabía dar grandes banquetes, y no tenía más que un mal cocinero. Tampoco sabía hablar más que en latín; conversar en griego era para él cosa imposible; le disgustaban las representaciones en griego, las hubiera proscrito de buena gana, y quizá no sería él sólo quien pensaba de este modo, pero sí el único que tenía la sencillez de confesarlo. Así pues, durante una gran parte de su vida, fue un simple campesino extraviado entre los aristócratas; le impacientaban los gestos de disgusto de sus colegas y su cruel compasión, que hubiera debido, pero que no supo nunca, despreciar, despreciándolos a ellos los primeros.

Como vivía fuera de la buena sociedad, así mismo vivía también fuera de las facciones. Las medidas provocadas por él durante su tribunado (año 639), el establecimiento de una mejor comprobación de las tablillas de los votos, y el voto interpuesto a las mociones excesivas en materia de distribución de la *annona*, lejos de llevar el sello de un partido, al menos del partido democrático, atestiguan que

sólo odiaba las cosas injustas o no razonables. ¿Cómo semejante hombre, de origen campesino y soldado por inclinación, hubiera podido, abandonado a sí mismo, llegar a ser un revolucionario? Es verdad que hubo un día en que, habiéndole impelido la hostilidad de la aristocracia al campo de los enemigos del poder, llegó rápidamente a su mayor altura. Jefe de la oposición al primer salto, parecía destinado a más grandes cosas. Semejante elevación, sin embargo, era más bien la consecuencia forzada de las circunstancias, que obra propia de Mario; en la necesidad sentida por todos de tener una cabeza, la oposición se había apoderado de él, cuando después de su expedición a África había pasado apenas algunos días en la capital, pues en realidad no volvió a ella hasta el año 653, vencedor ya de los teutones y de los cimbrios, para celebrar su doble triunfo, retrasado mucho tiempo; siendo ya el primero en Roma, no era en política más que un principiante. Nadie podía negar que sólo él había salvado la República; su nombre corría de boca en boca. Los ciudadanos notables confesaban sus servicios; pero respecto al pueblo, excedía su influencia a todo cuanto hasta entonces se había visto. Era popular por sus virtudes y por sus faltas, por su desinterés antiaristocrático y por su agreste rudeza. Las masas veían en él un tercer Rómulo, un segundo Camilo; se le ofrecían libaciones lo mismo que a un dios. No hay pues que admirarse de que, elevado a tal altura, se le fuese la cabeza; que llegase un día hasta a comparar sus expediciones de África y de la Galia con las expediciones de Dionisos, vencedor a través de todos los continentes; ni que mandase hacer, para su uso particular, un vaso para beber, y no pequeño por cierto, semejante al de Baco. En la entusiasta embriaguez del pueblo, había esperanza a la vez que reconocimiento; un hombre de sangre más tranquila y de

sentido político más maduro y reflexivo, no se hubiera dejado sorprender. Para sus admiradores, aún no había Mario acabado su obra. El lamentable gobierno de entonces era, para el país, un azote más pesado que los bárbaros; a él, el primero en Roma; a él, el favorito del pueblo y el jefe de la oposición, era a quien pertenecía salvar otra vez la Ciudad Eterna. No hay duda de que el campesino y soldado, extraño a la política interior de la capital, no era muy a propósito para ponerse al frente de ella: hablaba tan mal como mandaba bien; frente a las espadas y las lanzas del enemigo, tenía un continente mejor y más sereno que ante los aplausos y silbidos de la muchedumbre; pero poco importaban sus preferencias: obligaba esperar. Tal era su fortuna militar y política, que a menos de romper bruscamente con un pasado glorioso, engañar la esperanza de su partido y aun de la nación, y faltar al deber de su propia conciencia, necesitaba poner remedio a la mala gestión de los negocios públicos y concluir con el gobierno de la restauración. Si no hubiese habido en él más que las cualidades esenciales al hombre que está a la cabeza del pueblo, aún podía pasarse bien sin las que le faltaban para llegar a ser un verdadero agitador popular.

# SILA

Poco justo ordinariamente con los hombres que han tenido que luchar contra la corriente de los tiempos, no ha sabido la posteridad juzgar como se merece a Sila y su reorganización. Es verdad que el dictador es una de las apariciones más admirables, y hasta una aparición única en la historia. De temperamento sanguíneo, ojos azules, cabellos blondos y de un rostro de singular blancura, pero que se coloreaba a la menor emoción; hombre hermoso, por otra parte, y de ardiente mirada, no parecía destinado a desempeñar en el Estado un papel más brillante que el de sus antepasados; y después de la muerte del abuelo de su abuelo, Publio Cornelio Rufino (cónsul en 464 y 477), uno de los mejores generales y de los hombres más fastuosos del tiempo de las guerras de Pirro, habían quedado aquéllos relegados a segunda fila. No pedía a la vida nada más que sus goces indolentes. Educado en el lujo de una civilización refinada como era la que había en Roma en aquellos tiempos, aun en la morada de las familias senatoriales menos acomodadas, apuró con avidez, y de un solo trago, la copa de todos los placeres del sensualismo intelectual, engendrado por la alianza de la delicadeza griega con la riqueza romana. Hombre de mundo y buen compañero, era recibido con gusto en todas partes, lo mismo en el salón de los nobles que bajo la tienda de campaña; todos los que le conocían, altos o bajos, hallaban en él un amigo simpático y, en caso necesario, una buena ayuda, distribuyendo el oro, más bien entre sus compañeros desgraciados, que entre sus opulentos acreedores. Bastante aficionado a la bebida y más apasionado aún por las mujeres, hasta en los últimos años de su vida cesaba de ser dictador en cuanto anochecía y en

cuanto, olvidando los asuntos serios, se sentaba a la mesa. Era sumamente irónico y casi bufón. Cierta noche, durante su regencia, presidía la subasta de los bienes de los proscritos, hizo que diesen una parte del botín a cierto sujeto que le presentó unos malísimos versos en su alabanza, pero con la condición de que le había de prometer no recitarlos jamás. Después de haber justificado ante el pueblo la condenación de Ofela, se puso, mientras se ejecutaba al desgraciado, a referir la fábula de *El labrador y los piojos*. Le gustaba la compañía de los actores; no contento con tener a su mesa a Quinto Roscio, el Taima romano, recibía con gusto a los artistas de menos nombradla y bebía con ellos, cantando él mismo bastante bien, y escribía atelanas ejecutadas delante de sus familiares; pero en estas bacanales iba perdiendo su energía corporal e intelectual; y después de su abdicación, solía vérsele en la descansada vida del campo, recorrer el país como activo cazador; le gustaba la lectura y trajo consigo de Atenas, cuando la conquistó, todos los escritos de Aristóteles. Desdeñaba el *romanismo* exclusivo. En su casa no había esa seriedad afectada de los grandes personajes romanos imitando a los griegos, ni esa etiqueta de los nobles de alma pequeña. Por el contrario, él lo dejaba pasar todo, con gran escándalo de muchos de sus compatriotas, apareciendo vestido a la griega en las ciudades griegas, u obligando a sus más aristocráticos amigos a subir en carro en los juegos del circo. No había guardado ninguna de esas esperanzas semipatrióticas y semiegoístas que, en los países de constitución libre, atraen a los jóvenes a la arena política, por más que, como todos, debió sentir las alguna vez. En la vida que llevaba, vida que se movía entre la embriaguez de las pasiones y su frío despertar, se desvanecen pronto las ilusiones. Toda aspiración y todo deseo debieron parecerle una locura en

este mundo que parece estar gobernado por el acaso: de especular sobre cualquier cosa, convenía hacerlo sobre el azar. Era uno de los rasgos característicos del siglo el abonarse a la vez a la incredulidad y a la superstición: hizo lo mismo que su siglo; pero su religión, en materia de prodigios, no era como la de Mario, la fe plebeya del carbonero que pide por dinero al sacerdote profecías y una regla de conducta; tampoco es el sombrío fatalismo del energúmeno: no es más que la creencia en el absurdo, esa gangrena intelectual que invade necesariamente las almas cuando éstas han perdido poco a poco la confianza en el orden armónico del mundo providencial; no es más que la superstición del jugador de cartas, que se dice privilegiado de la suerte, y se imagina que a cada carta que se tira va a salir aquella con la que él gana. En el terreno de los hechos, sabía Sila con su habitual ironía volver en su provecho las prescripciones de la religión. Vaciando un día los tesoros de los templos de Grecia, exclamó: «¡No pueden faltar jamás recursos a aquel cuya caja cuidan de llenar los dioses!». Los sacerdotes de Delfos se negaron a enviarle sus riquezas que él pedía le entregasen, porque habían oído tocar, como si lo hubiesen hecho con la mano, la lira del dios; a lo que hizo que les respondiesen «que debían obedecer tanto más pronto, cuanto que Apolo daba a entender con su música su alegría por semejante medida». No por esto dejó de mecerse entre ilusiones con la idea de que era el favorito de los dioses; y sobre todo, el preferido de la diosa Afrodita, que es a la que rendía particularmente homenaje. En la conversación y en sus *Memorias*, se vanagloriaba muchas veces de su comercio con las divinidades por medio de sueños y prodigios. Es verdad que tenía más derecho que nadie a enorgullecerse con sus acciones; pero lejos de esto, sólo estaba orgulloso de la constancia de su suerte,

repitiendo sin cesar que la improvisación le había salido siempre mejor que la empresa muy meditada. Por otra manía, no menos rara, tenía la pretensión de no haber perdido nunca gente en sus numerosas batallas. Todo esto eran puras niñerías del favorito de la fortuna. Además obedecía también a esa mudanza natural de su pensamiento, cuando trasladado a esas alturas desde donde no veía a los demás hombres sino muy por debajo de él, tomó el sobrenombre de *Félix*, y dio a sus hijos nombres análogos (*Faustus*, *Fausta*).

Nada más lejos de Sila que la ambición regular y premeditada. Demasiado sagaz para hacer lo mismo que muchos adocenados aristócratas, poniendo todo el fin y la gloria de su vida en inscribir su nombre en las listas consulares; demasiado indiferente y poco ideólogo para unirse espontáneamente a la reforma del carcomido edificio del Estado, permaneció en el punto en que le había colocado su nacimiento y su educación, en el círculo de la alta sociedad romana; y siguió, como el primero de su casta, la habitual carrera de los honores. No tuvo necesidad de esfuerzos, dejando agitarse las laboriosas abejas de la política, cuyo enjambre era numeroso. Así es como, en el año 647, le designó la suerte como cuestor de África, en donde fue al campamento de Mario. El elegante ciudadano se vio mal recibido por el rudo campesino que mandaba el ejército y por sus aguerridos oficiales. Le escoció semejante acogida; como hombre diestro y bravo, aprendió, como al vuelo, el oficio de las armas, y en su temeraria excursión a Mauritania, desplegó por primera vez esa admirable mezcla de astucia y osadía que hacía que sus contemporáneos dijesen de él que era medio león y medio zorro, pero que en él era más peligroso el zorro que el león. Entonces se abrió la más brillante carrera ante el joven y noble oficial,

ensalzado ya por todos como el que había puesto fin a la importuna guerra de Numidia. Tomó luego parte en la guerra contra los cimbrios y, encargado del difícil aprovisionamiento del ejército, se señaló por su raro talento organizador.

Empero, en esta época, se sentía más atraído por los placeres de Roma que por los trabajos de la guerra. Nombrado pretor en 651, después de un primer fracaso, quiso la suerte que en su provincia, la más insignificante de todas, le fuese dado conseguir la primera victoria de los romanos contra Mitrídates, de concluir el primer tratado con el poderoso arsácid y de inferirle su primera humillación. Vino después la guerra civil. Sila fue también el que más eficazmente contribuyó a la feliz terminación del primer acto de esta gran tragedia; me refiero a la insurrección itálica, abriéndose en ella paso al consulado con la punta de su espada; y siendo ya cónsul, reprimió tan pronta como enérgicamente la insurrección de Sulpicio. La fortuna parecía complacerse en arrojar a Mario en la oscuridad por las hazañas de su joven lugarteniente. Hacer a Yugurta prisionero, vencer a Mitrídates, estas dos ambiciones tan deseadas por el viejo héroe, las había conquistado ya Sila siendo su simple subordinado. Durante la guerra social, en donde Mario, expirando su renombre de gran general, había acabado por una destitución, fundó su rival su gloria militar y ganó el consulado. La revolución del año 666, en donde los dos capitanes habían entrado personalmente en lucha, terminó con la condenación y la huida de Mario. Casi sin quererlo se había hecho Sila el más ilustre general de su tiempo y convertido en el apoyo salvador de la oligarquía. Siguieron nuevas y espantosas crisis: la guerra con Mitrídates y la revolución de Cina. Siempre la estrella de Sila estaba sobre el horizonte. Así

como el capitán de un buque continúa batiéndose sin ocuparse en extinguir el incendio que ha estallado a bordo, se había engolfado en Asia durante los furores de la revolución italiana, de donde no volvió hasta dar buena cuenta del enemigo de Roma. Una vez desembarazado por esta parte, regresó a Italia, destruyó la anarquía y salvó la capital, sobre la que, en su desesperación suprema, agitaban la antorcha los revolucionarios coaligados con los samnitas. Estos momentos tuvieron sus placeres y sus dolores. El mismo Sila refiere en sus *Memorias* que no pudo conciliar el sueño la primera noche que pasó dentro de los muros de Roma. ¿Y quién no lo ha de creer? Pero su misión no estaba aún terminada; su estrella se remontaba cada día más. Dueño absoluto del poder, más absoluto que un rey y pensando ahora más que nunca en permanecer sobre el terreno de la ley formal, se le ve constantemente contener a los ultra-reaccionarios, aniquilar la Constitución de los Gracos que pesaba hacía cuarenta años sobre la oligarquía, reducir por primera vez a los capitalistas y a los proletarios, a esos dos poderes que hacían la oposición a la aristocracia, y poner bajo la ley restablecida la orgullosa oposición del sable, que salía de las filas de su estado mayor. Puso bajo sus pies la oligarquía más soberana que nunca; hizo de los cargos supremos el dócil instrumento del poder de ésta, confiándole la legislación, los tribunales, la guerra y las rentas públicas, y le dio, en los esclavos emancipados, una guardia fiel y un ejército en las colonias militares. Por último, acabó su tarea; el obrero entonces se retiró y dejó su obra; el regente absoluto abdicó por su propia y libre voluntad, y volvió a la clase de simple senador. En toda esta larga carrera militar y política, jamás perdió una batalla ni retrocedió un paso; y sin que nadie le detenga, amigo o enemigo, marcha derecho hasta el fin que él mismo se había

propuesto. Sí, Sila tenía razón en alabarse de su buena estrella. Sólo para él había cambiado su ligereza e inconstancia esa deidad caprichosa a quien llaman Fortuna; se complacía en aglomerar honores y triunfos, los dones que él ambicionaba lo mismo que aquellos en que no pensaba, sobre la cabeza de su protegido. Sin embargo, a la Historia pertenece ser justa con el que no lo fue para sí mismo, y asignarle un puesto más elevado que el de simple favorito de la Fortuna.

No quiere decir esto que la Constitución silana haya sido una obra original en política como la de los Gracos o de César. Como sucede con todo trabajo de pura restauración, no se encuentra en ella, en realidad, un pensamiento nuevo propio de un hombre de Estado; sus elementos más esenciales, la entrada en el Senado después del ejercicio de la cuestura, los censores privados del derecho de exclusión de las listas, la iniciativa legisladora dada al Senado, la función tribunicia convertida en instrumento senatorial, son un freno puesto a disposición del *imperium*; la transmisión de éste del magistrado elegido por el pueblo al pro-cónsul o pro-pretor, que debía sus poderes al Senado y, por último, la nueva ordenanza de los procedimientos criminales y de los municipios, nada de esto es creación del dictador; todas estas instituciones pertenecen al régimen oligárquico, en donde habían nacido y crecido antes de Sila, y éste no hizo más que arreglarlas y fijarlas. Hasta las sangrientas infamias de su restauración, las proscripciones, las confiscaciones, etc., comparadas con los actos de Nasica, de Popilio, de Opimio, de Cepión y de tantos otros, no constituyen, en cierto modo, más que la *fórmula jurídica* y tradicional, la receta que usaba la oligarquía para deshacerse de sus adversarios. Todos los juicios que se emiten sobre la oligarquía romana del siglo de Sila llevan consigo una

condenación absoluta e inexorable, y todo aquello que le pertenece o toca, como la constitución silana, queda sujeto a la misma sentencia. Sin embargo, no ofenderé la santidad de la Historia, ni mi elogio será una alabanza corruptora tributada al genio del mal, si demuestro que Sila tuvo menos responsabilidad en su restauración que la misma aristocracia romana, transformada, hacía siglos, en una pandilla gobernante, y que iba todos los días enervándose y envileciéndose; a ella es, en suma, a la que conviene hacer responsable en primer término de todos los crímenes e infamias cometidas. Sila reorganizó el Senado, no como el dueño de una casa que, no observando más regla que su propia prudencia, restablece el orden turbado en su interior, sino simplemente como el agente de negocios fiel observador de los términos de su mandato; ahora bien, ¿es examinar a fondo las cosas y estar en el terreno verdadero el echar, en semejante caso, sobre el mandatario la responsabilidad final y seria del poderdante? ¿Se estima en mucho la importancia de Sila, o se utiliza esta horrible aglomeración de proscripciones, de expropiaciones y de restauraciones, que nada repararon, siendo ellas mismas irreparables, cuando no se quiere ver en éstas nada más que los actos de una especie de monomaníaco elevado por el azar a la jefatura del Estado? Todo esto no era más que obra de la nobleza romana, terrorismo de la restauración: Sila fue, para hablar como el poeta, el hacha del verdugo que se levanta y cae inconscientemente como consecuencia de una idea completamente refleja. Este papel lo desempeñó Sila con una energía infernal; pero en los límites que se le habían puesto, no sólo obró con grandeza, sino también con utilidad. Nunca después de él halló una aristocracia degenerada y que se precipitaba cada vez con más velocidad en el abismo, como sucedía con la aristocracia romana, un

*Protector* que tuviese siempre el brazo dispuesto y firme, sin ambición ni interés personal, desnudando la espada del general o cogiendo el buril del legislador. Hay seguramente una gran diferencia entre el capitán que desprecia el cetro por heroísmo cívico, y el que lo arroja fatigado por su peso y; sin embargo, al juzgar este carácter sólo bajo el punto de vista de la ausencia completa de egoísmo político, creo que, entiéndase bien, sólo bajo este aspecto, puede el nombre de Sila citarse después del de Washington.

Pero no sólo tuvo títulos al reconocimiento de la aristocracia; toda la nación le debía algo más de lo que la posteridad ha confesado, pues había cerrado para siempre la revolución italiana, en cuanto su causa residía en la inferioridad política de ciertos países respecto de otros más favorecidos. Obligándose él mismo y obligando a todo su partido al reconocimiento de la igualdad de los italianos ante la ley, fue el verdadero y el último promovedor de la unidad política de la península, ese beneficio que ésta no pagaba caro con sus calamidades sin fin ni tregua, ni con los torrentes de sangre que había vertido. Aún hizo más: hacía medio siglo que venía decayendo el poder de Roma; la anarquía era permanente, pues anarquía era en efecto el maridaje del régimen senatorial y de la Constitución de los Gracos; era aún peor que ese régimen sin cabeza de Cina y de Carbón, cuya imagen odiosa se simboliza en la alianza desordenada y antinatural con los samnitas. Caos político intolerable e irremediable, si lo hubo; el principio del fin, como suele decirse. No se faltará a la verdad afirmando que, en este momento, estaba la República horriblemente minada en sus fundamentos, y se hubiera derrumbado sin el brazo de Sila, cuya intervención en Asia y en Italia fue un día su salvación; concedo que sus instituciones no hayan durado más que las de Cromwell. ¡Nada más fácil que ver

cúan poco sólidas eran! Pero aun, así sería una gran precipitación el no reconocer que faltando Sila, hubiera arrastrado el aluvión hasta los cimientos del edificio. Tampoco podrá reprochársele el no haberlo construido más sólidamente. El hombre de Estado sólo edifica lo que puede, dado el terreno y los materiales que se le suministran. Sila hizo todo lo que era dado hacer a un conservador. Él era el primero que comprendía que, para construir una fortaleza, debía disponerse de soldados valientes para guarñecerla, y que su tentativa en favor de la oligarquía abortaría inevitablemente ante la incommensurable nulidad de los oligarcas. Su Constitución no fue más que un dique para encauzar la desbordada corriente. ¿Cómo acusar al ingeniero de que diez años después volviesen las aguas a destruir su construcción difícil y que no reparaban ni defendían aquellos a quienes más interesaba? Para que el hombre de Estado estime en lo justo la restauración de Sila, por efímera que fuese, es necesario que se le señalen las más laudables reformas de detalle, las relativas, por ejemplo, al sistema del impuesto asiático y a la justicia criminal. Admirará además esa reorganización de la República, concebida en las condiciones más apropiadas a las circunstancias, conducida como una rigurosa lógica, a través de indecibles obstáculos; y, en resumen, colocará cerca de Cromwell al salvador de Roma, al obrero que concluyó la unidad italiana.

Pero no es el hombre de Estado el llamado a votar en el tribunal de los muertos. El sentimiento común del recuerdo de Sila irrita y subleva, no se reconciliará nunca con los actos del dictador, ya los haya cometido él mismo o dejado cometer a otros. Sila no ha asentado sólo su dominación sobre los más terribles abusos de la fuerza, sino que, en el cinismo de su franqueza, ha afectado llamar a las cosas por

su nombre, perjudicando de este modo irremisiblemente su causa en el concepto de los pobres de espíritu, de aquellos que se asustan del nombre más que de la cosa. En este sentido, y tal es también el juicio del hombre sensato y honrado, por la frialdad impasible y la exactitud de sus miras, parece más odioso aún que el tirano a quien sus pasiones precipitan en el crimen. Proscripciones, recompensas dadas al verdugo, confiscaciones, ejecuciones de oficiales subordinados sin previa formación de causa, todo esto se había visto cien veces, sin que el sentido moral de la sociedad antigua, bastante obtuso sobre todo en materia de política, se hubiese insurreccionalizado; nunca, sin embargo, se habían visto inscritos públicamente los nombres de las personas colocadas fuera de la ley; nunca se habían visto sus cabezas expuestas en pleno Fórum ni a los bandidos recibiendo con toda regularidad un salario fijo incluido en un capítulo de los presupuestos, los bienes confiscados sacados a subasta como botín hecho en la guerra, los oficiales de alta graduación asesinados a una simple señal del general, que se vanagloriaba de ello delante del pueblo. Es una gran falta en política afectar así el menosprecio de todo sentimiento humanitario; tales precedentes contribuyeron mucho a anticipar las futuras crisis revolucionarias; y, hasta en nuestro tiempo, oscurece la memoria del inventor de las proscripciones un horror merecido.

No es esto todo. Si en circunstancias graves era inflexible este hombre de hierro, en las cosas de menor cuantía, y particularmente en la cuestión de personas se entregaba, por el contrario, a su temperamento sanguíneo, según su simpatía o su antipatía. Una vez concibió odio contra los marijanistas, y se vengó hasta de los inocentes, vanagloriándose de que ninguno había usado tanto como él

de represalias con amigos y enemigos. Ofreciéndole su posición el poder reunir una colosal fortuna, no la desdeñó. Siendo el primer regente absoluto que tuvo el Imperio romano, justificó esta máxima fundamental del absolutismo: «La ley no obliga al príncipe». Se creyó, sobre todo, desligado de sus propios decretos contra el lujo y el adulterio. Pero su complacencia para consigo mismo no era nada comparada con su tolerancia con los hombres de su partido. Su tolerancia en el ejército fue aún peor para el Estado, aunque tal vez fuese necesaria a la marcha de su política, pues arruinó la disciplina militar y cerró los ojos ante todos los excesos de sus adictos. En esto era débil hasta un punto increíble; se le vio un día perdonar a Lucio Murena por los reveses causados por sus graves faltas, y le permitió celebrar el triunfo al día siguiente de su derrota; en otra ocasión se mostró pródigo en sus recompensas con Pompeyo, que se había insubordinado. La extensión de las proscripciones y confiscaciones proceden, quizá, menos de su voluntad directa que de su indiferencia, crimen tan grande, dada su alta posición. Estas alternativas de increíble tolerancia y de inexorable rigor no me sorprenden cuando considero ese carácter singular, mezcla de vivaz energía y de indiferencia. ¿Cuántas veces se ha repetido que antes de su regencia fue un hombre bueno y dulce, y que durante ésta se mostró colérico y sanguinario? El hecho es cierto y se explica. Si una vez dictador no tuvo con sus adversarios su antigua indulgencia, continuó, sin embargo, siendo él mismo, tan tranquilo e indiferente para castigar como para perdonar, y todos sus actos políticos están marcados con ese sello de ligereza semiírronica. Así como se complació en calificar de buena suerte los talentos que le daban la victoria, así también se portó como si ésta no le hubiera costado nada, como si tuviese el presentimiento de la

fragilidad, de la nulidad de su obra; como si, siendo un simple intendente de la casa, hubiera preferido repararla a demolerla y reconstruirla, y no hubiese hecho, después de todo, nada más que revocar su fachada y tapar de cualquier modo las grietas, sin mirar más que al presente.

Sea como quiera, este donjuán de la política estaba formado de una sola pieza. Toda su vida atestigua el tranquilo equilibrio de sus facultades; en las posiciones más diferentes, se mantuvo siempre inmutable. Así como después de sus primeros y brillantes triunfos en África volvió a Roma a buscar los goces del ciudadano ocioso, así también, después de haber poseído el poder absoluto, fue a buscar las distracciones y el reposo en su villa de Cumas. No era falso cuando se quejaba de la pesada carga de los negocios públicos; esta carga la dejó en cuanto se atrevió y pudo. Después de su abdicación, continuó siendo el mismo, no mostrando ningún género de afectación y satisfecho de encontrarse con las manos desligadas e interviniendo a veces con su antigua autoridad cuando llegaba la ocasión. Ocupaba sus horas de ociosidad en la caza, en la pesca y en la redacción de sus memorias; de tiempo en tiempo arreglaba los negocios anteriores de la colonia de Puzoli, donde había penetrado la discordia. Tendido ya en su lecho de muerte, se ocupaba de la contribución que había que recaudar para la reconstrucción del templo de Júpiter Capitolino, pero no pudo verlo concluido. Antes del año de su abdicación de la dictadura, le sorprendió la muerte a los sesenta años de edad, conservando siempre su frescura de cuerpo y espíritu; dos días antes, trabajaba aún en sus memorias. Su enfermedad fue corta; una hemorragia le arrebató la vida en el año 676. Hasta en la muerte misma fue afortunado. Muriendo en esta ocasión, no tuvo que sumergirse en el torbellino y en el conflicto de los partidos,

ni conducir de nuevo a sus veteranos contra otra revolución; si hubiese vivido más, no le hubieran permitido dejar de cumplir este deber la situación en que se encontraron España e Italia al día siguiente de su muerte. Al aproximarse sus funerales solemnes, ya comenzaron en Roma muchas voces, que habían permanecido mudas durante su vida, a protestar muy alto contra los honores que querían tributarse al tirano. Pero los recuerdos quedaban allí; los viejos soldados del dictador eran muy temidos, y se decidió trasladar su cuerpo a Roma y efectuar sus funerales. Jamás Italia había presenciado un duelo semejante. En todas partes, al pasar el cadáver adornado con las insignias reales, con sus haces por delante y sus fieles veteranos detrás, se iban uniendo al fúnebre cortejo los habitantes itálicos. Parecía que todo el ejército, que había conducido tantas veces y con tanta seguridad a la victoria, había sido convocado por última vez para esta gran revista de la muerte. Por último, la inmensa procesión llegó a los muros de Roma; hubo *justicium* (vacaciones); los negocios y los tribunales holgaban, y dos mil coronas de oro esperaban al ilustre difunto, último honor tributado por las legiones, las ciudades y sus más próximos amigos. Según el uso de la *gens* Cornelia, ordenó enterrar su cuerpo sin quemarlo; pero sus amigos, mejores que él, pensaron en los tiempos futuros, y el Senado dispuso entregar a las llamas de la pira fúnebre los restos del hombre que había osado turbar en la tumba el reposo de los de Mario. Escoltado por los magistrados y todo el Senado, por los sacerdotes y sacerdotisas, revestidos con sus túnicas, y por bandas de niños nobles armados como caballeros, llegó el cuerpo al Fórum; allí, sobre aquella plaza llena del ruido de sus hechos y en la que aún retumbaba su terrible palabra, se pronunció el elogio fúnebre. Después, llevado el ataúd en hombros de los senadores, se dirigieron

al Campo de Marte, en donde estaba erigida la pira. Mientras se consumía en las llamas, verificaban los caballeros y los soldados la danza de honor en derredor del cadáver, y por último fueron depositadas sus cenizas en aquel mismo lugar, cerca del sepulcro de los antiguos reyes. Las mujeres romanas vistieron luto durante todo un año.

## POMPEYO

Entre los personajes que no eran ni partidarios absolutos ni enemigos declarados de la Constitución de Sila, no había ninguno que atrajese tanto las miradas de las masas como el joven Cneo Pompeyo, de veintiocho años de edad, en el momento en que murió el ex regente. Esta admiración, por más que fuese natural, fue un mal para él y para los que la sentían. Sano de cuerpo y de espíritu, gimnasta hábil, que disputaba al simple soldado, siendo él ya oficial superior, el premio del salto, de la carrera y del disco, jinete hábil y fuerte, no menos diestro para esgrimir una espada, y muy audaz a la cabeza de sus voluntarios; en una edad en que no podía aún aspirar a los grandes cargos, ni aun al del Senado, había sido saludado *Imperator* y había obtenido el triunfo. La opinión le había asignado el primer puesto después de Sila, y el mismo regente, en parte por convicción y en parte por ironía, le había permitido que tomase el sobrenombre de *Grande*. Por desgracia, no rayaba su genio a la altura de su prodigiosa fortuna. En realidad, no era malvado ni incapaz: no era más que un hombre ordinario; la naturaleza le había creado para ser un buen subalterno; las circunstancias habían hecho de él un general y un hombre político. En él se veía al militar, al soldado inteligente, bravo, experimentado, excelente en fin, pero sin más alta vocación; como general de ejército, en el campo de batalla o en cualquier otra parte, procedía siempre con una prudencia tan extremada que casi rayaba en la pusilanimidad. Sólo daba el golpe decisivo cuando tenía conciencia de una gran superioridad. Su educación había sido la de todos los romanos de su siglo. Como hombre de espada, no compró a

los retóricos, cuando llegó a Rodas, su tributo de admiración. Tenía la probidad del rico que sabe arreglar bien los asuntos de su casa con ayuda de su gran fortuna heredada o adquirida; no desdeñaba hacer dinero según el método usado entonces entre los senadores; pero frío por temperamento y muy rico, no llegaba hasta abarcar especulaciones peligrosas y cargar con la responsabilidad de grandes escándalos. Su renombre de probidad y de desinterés, renombre merecido, juzgándolo relativamente a los demás, lo debió más bien a los vicios de sus contemporáneos que a su virtud personal. Era cosa casi proverbial la «honradez de Pompeyo»; y hasta después de su muerte se ensalzaba la sabiduría y la dignidad de sus costumbres. En realidad, fue buen vecino: no se entregó a las prácticas repugnantes de los grandes de Roma que extendían sus dominios mediante ventas forzadas o por otros medios aún peores de que se valían contra los poseedores limítrofes; en su casa fue buen marido y buen padre; digamos en fin en su honor, que, cuando en sus triunfos llevó consigo reyes y generales cautivos, no hizo que los matasen después siguiendo la bárbara costumbre de sus predecesores y de algunos de sus sucesores. Mas cuando Sila lo quería así, como era su señor y su maestro, se separaba inmediatamente de una esposa amada, cuyo crimen era el de pertenecer a una familia que había caído en desgracia. A la menor señal de Sila, nuestro héroe hacía asesinar a sangre fría y en su presencia a los hombres que en tiempos difíciles habían marchado a su lado. No era cruel como se ha dicho, sino, lo que es peor, era frío, insensible, sin pasión hacia el bien ni hacia el mal. Si en medio de la batalla se lanzaba intrépido sobre el enemigo, se le veía en cambio en la vida civil ser pusilánime y cambiar de color por la cosa más insignificante. Hablaba en público con cierto embarazo, y

era afectado y torpe en las relaciones sociales. Con todas sus altanerías y sus alharacas de independencia, no fue nunca más que un dócil instrumento en manos de cualquiera que sabía manejarlo; fue a veces guiado por sus emancipados y sus clientes, cuando no temía tener que obedecerlos. En suma, no había nacido con dotes de hombre de Estado. Incertidumbre en sus fines, indecisión en la elección de medios, estrechez de miras en las circunstancias grandes o pequeñas: tales eran las causas de su debilidad. Permanecía perplejo, disfrazando su irresolución y su turbación bajo la solemne capa del silencio, y cuando al fin se decidía a obrar, se engañaba a sí mismo creyendo engañar a los demás. Su situación militar, sus relaciones en la provincia, casi sin que él trabajase en ellas, le valieron un partido considerable, adicto a su persona y propio para llevar a cabo más grandes cosas. Pero bajo ninguna relación supo nunca reunirlo ni guiarlo; y si un día se verificó esta reunión, no la consiguió él, sino que fue cosa de las circunstancias. En esto, como en otras muchas cosas, me recuerda a Mario, el rudo campesino, apasionado y sensual, insoportable lo mismo que esta tosca imitación de grande hombre. En política, era sumamente falsa la posición de Pompeyo. Como oficial del ejército de Sila, debía luchar a favor de la Constitución restaurada y, sin embargo, hizo una oposición personal a Sila y con él a todo el régimen senatorial. A los ojos de la aristocracia, aún no era del todo aceptable la familia de los pompeyanos, inscrita por primera vez en los fastos consulares hacía apenas unos sesenta años; el padre de Cneo había jugado frente al Senado un papel odioso y equívoco, y hasta al mismo Pompeyo lo hemos visto en las filas de los partidarios de Cina. No se hablaba de estos recuerdos, pero no por eso se borraban. La gran fortuna conquistada por Pompeyo bajo Sila, al mismo tiempo que lo unía

exteriormente a la facción aristocrática, les suscitaba, en el interior, grandes antipatías. Tenía débil la cabeza, y transportado rápidamente y sin trabajo al pináculo de la gloria, se apoderó de él el vértigo, y como si hubiera querido él mismo burlarse de su prosaica figura, se atrevió a compararla con la del más noble y poético de los héroes, con la de Alejandro el Grande. Según él, no estaba bien visto que ocupase sólo un lugar entre los 500 senadores de Roma. Y, sin embargo, a ninguno le hubiera convenido con más exactitud que a él el papel de simple miembro de la asamblea directora bajo un puro régimen aristocrático. Si hubiera vivido doscientos años antes, la dignidad de su presencia, su formalismo solemne, su bravura individual, la probidad de su vida privada, todo, hasta su falta de iniciativa, le hubiera asegurado quizá un honroso puesto al lado de Quinto Máximo y de Publio Decio. Su misma medianía, verdadera virtud del optimate romano, contribuyó mucho a la afinidad que se estableció un día entre él y la masa del pueblo y del Senado. Todavía en su siglo le estaba destinado un papel importante si hubiera sabido contentarse con no ser más que el general del Senado; este era su verdadero destino. Pero su ambición iba más lejos y dio caída tras caída por haber querido elevarse más de lo que buenamente podía. Soñando sólo subir sobre un pedestal, se le presentó un día por delante, y no se atrevió a escalarlo; su rencor fue muy profundo cuando los hombres y las leyes no se le sometieron a discreción. Sin embargo, afectaba una modestia que no siempre era fingida, siendo un ciudadano entre millares de iguales, y temblando ante el más leve pensamiento de un acto contrario a la Constitución. Así pues, frío siempre con la oligarquía, y siempre su humilde servidor, torturado constantemente por una ambición que se espantaba de sus propias miras, estaba

Pompeyo condenado de antemano a las contradicciones continuas e interiores de una vida triste, laboriosa e inútilmente agitada.

# **CRASO**

Tampoco puede clasificarse a Craso entre los puros partidarios de la oligarquía. También es esta una de las más características figuras de aquel siglo. Pertenecía, como Pompeyo, a quien llevaba algunos años, a la sociedad de la alta aristocracia romana; había recibido la educación habitual de su casta, y había combatido, como aquél, a las órdenes de Sila en la guerra de Italia. En cuanto a dones de entendimiento, a cultura literaria y a talentos militares, quedaba mucho más atrás que sus iguales, pero los superaba por su actividad infatigable, por su tenaz deseo de poseerlo todo y de señalarse en todas las cosas. Se entregó por completo a las especulaciones. La adquisición de tierras por compraventa durante la revolución, fue la base de su enorme fortuna, sin despreciar los demás medios de enriquecerse: levantando en la capital grandiosas construcciones; interesándose, mediante sus emancipados, en las sociedades y en las compañías comerciales; teniendo banca en Roma y en las provincias, con o sin el concurso de su gente; prestando dinero a sus colegas senatoriales, y emprendiendo por su cuenta y con oportunidad las obras públicas o comprando los tribunales de justicia. Con tal de ganar, abandonaba todos los escrúpulos. En tiempo de las proscripciones de Sila, fue un día convencido de haber falsificado las terribles listas, y desde esta fecha no quiso el dictador emplearle en los asuntos de Estado. Por más que resultase falso un testamento en que él había sido nombrado heredero, no por eso dejaba de serlo; y cerraba los ojos cuando su administrador expulsaba a los dueños de las tierras colindantes por vía de hecho o de usurpación tácita. Atento, por otra parte, a no entrar en lucha abierta con el

juez, sabía vivir con sencillez, como verdadero hombre de dinero. De este modo es como se vio que en pocos años, no poseyendo en un principio nada más que un patrimonio senatorial ordinario, acumuló inmensos tesoros; poco antes de su muerte, a pesar de los gastos imprevistos e inauditos que había hecho, se evaluaba su fortuna en 170 millones de sestercios. Se había convertido en el particular más opulento de Roma, y se le consideraba como una potencia política. Si era verdad, según él decía, que sólo podía llamarse rico aquel cuyas rentas eran suficientes para mantener un ejército en pie guerra, es necesario convenir en que, en aquellos momentos, no era este hombre un simple ciudadano. En efecto, Craso aspiraba a algo más que a ser dueño de la caja mejor provista de Roma. Nada escatimaba para extender sus relaciones; sabía llamar y saludar por su nombre a todos los ciudadanos de Roma; nunca se negó a defender en justicia al que invocaba su auxilio. ¿Qué importa que la naturaleza le hubiese negado cualidades de orador, y que su palabra fuese árida, su estilo monótono y duro su oído? Tenaz en sus opiniones, no arredrándole nada y poco aficionado a los placeres, superaba todos los obstáculos. No dejándose sorprender y no improvisando nunca, era consultado a todas horas, y siempre estaba dispuesto; pocas causas le parecían malas, poniendo en juego para obtener buen éxito, tanto los recursos de la abogacía como la influencia de sus relaciones, y en caso necesario, hasta comprando a los jueces con dinero. La mitad de los senadores le tenían por acreedor, y disponía de una masa de hombres notables que se hallaban bajo su dependencia, teniendo por costumbre prestar sin interés «a sus amigos», pero siendo estos préstamos reembolsables a su voluntad. Hombre de negocios ante todo, prestaba sin distinción de partidos, ponía mano en todos los campos y

daba de buen grado crédito a todo el que podía pagarle o serle útil en algo. En cuanto a los agitadores, aun los más atrevidos, aquellos cuyos ataques a nadie perdonaban, se guardaban mucho de venir a las manos con Craso; se le comparaba al toro a quien siempre es peligroso irritar. No hay que decir que un hombre colocado en esta posición no aspiraba a un fin modesto; de más talento que Pompeyo, sabía exactamente, como sabe todo buen banquero, cuál era el fin de sus especulaciones políticas y qué elementos podía poner en juego. Desde que Roma fue Roma, desempeñaron siempre los capitales el papel de un poder en el Estado; pero en la actualidad, se alcanzaba todo con el oro lo mismo que con el acero.

Durante la revolución había podido la aristocracia del dinero pensar en destruir la oligarquía de las antiguas familias; también Craso podía aspirar ahora a algo más que a ser precedido por las haces del lictor o adornarse con el manto bordado del triunfador silano. Al principio marchó con el Senado; pero era demasiado buen banquero para entregarse a un solo partido y seguir otro camino que el de su interés personal. Mas ¿por qué este hombre, el más rico, el más intrigante de los romanos, que no era además avaro y sabía aventurar mucho, por qué, repito, no aspiró a una corona? Tal vez porque reducido a sus propias fuerzas, no le sería dado conseguir su fin; pero puesto que había acometido muchas veces grandes empresas y formado vastas asociaciones, ¿no podía echar mano para ésta a uno de sus adictos que le fuese útil? Entonces fue cuando se vio a Craso, mediano orador y capitán, político activo pero sin energía, codicioso pero sin ambición, que no se recomendaba por nada sino por su colossal fortuna y su habilidad comercial, extender por todas partes sus inteligencias, acaparar la omnipotente influencia de las

camarillas y de los intrigantes, estimarse el igual de los más grandes generales y de los más grandes hombres de Estado de su siglo, y disputarles la más alta palma a que puede aspirar el ambicioso.

# SERTORIO

La agitación de los emigrados demócratas en España se había anticipado a la revolución del partido en Roma<sup>[8]</sup>. Quinto Sertorio era el alma de dicha agitación. Este hombre notable, oriundo de Nursia, en la Sabina, tenía un corazón franco y buenos sentimientos, hasta rayar casi en la debilidad. ¿Quién no ha oído hablar de su amor entusiasta a su madre Rhea? Al mismo tiempo, le había valido su valor caballeresco gloriosas cicatrices de heridas recibidas en las guerras címblicas, españolas e italianas. Orador sin tradición de escuela, encantaba a los abogados más listos por la facilidad, fluidez y naturalidad de su palabra, y por el seguro efecto de sus medios oratorios. En la guerra de la revolución, tan miserable y absurdamente conducida por los demócratas, había hallado ocasión de formar con ellos un brillante y honroso contraste, lo mismo como capitán que como hombre de Estado; por confesión de todos, era el único oficial del partido que supo preparar y dirigir la guerra; fue también el único hombre político que se opuso con una sabia energía a los excesos y a los furores demagógicos. Sus soldados de España le saludaban con el nombre de «nuevo Aníbal», no solamente porque había perdido un ojo en los combates, sino también porque había revivido, en efecto, el método ingenioso a la vez que atrevido del gran capitán cartaginés, su maravillosa destreza en contrarrestar la guerra con la guerra, su talento para atraer a sus intereses a los pueblos extranjeros y hacerlos servir a su fin, su sangre fría lo mismo en las buenas que en las malas circunstancias, la rapidez de su inventiva para sacar partido de sus victorias o evitar las malas consecuencias de sus derrotas. Es dudoso que haya habido

jamás hombre de Estado romano, en los siglos antiguos ni contemporáneos, que haya igualado los universales méritos de Sertorio. Obligado por los generales de Sila a refugiarse en España, llevó primero una vida de aventurero, errante en las costas de la Península y en las africanas, ya aliado, ya enemigo de los piratas cilicios establecidos también en estas regiones, o de los jefes de las tribus nómadas de Libia. Victoriosa la restauración, había llegado persiguiéndole hasta allí; un día que tenía sitiada a Tingis (Tánger), vino un destacamento del ejército de África dirigido por Paccieco, en auxilio del príncipe local. Sertorio lo batió completamente y tomó a Tánger. Al ruido de estas hazañas los lusitanos que, a pesar de su pretendida sumisión al dominio de la República, continuaban defendiendo su independencia, y libraban todos los años sangrientos combates con los procónsules de la España ulterior, los lusitanos, repito, enviaron a África una embajada al romano fugitivo, invitándole a que viniese a su país, prometiéndole el mando en jefe de sus milicias. Sertorio había servido veinte años antes en España, bajo Tito Didio, conocía los recursos del país, y se decidió a aceptar las ofertas de los lusitanos. Dejando un pequeño destacamento en las costas de Mauritania, se hizo a la vela por el año 674; pero el estrecho que separa a España de África estaba ocupado por Cotta con una escuadra romana, y era imposible atravesarlo sin ser visto. Se abrió paso por la fuerza, y arribó felizmente a las costas de Lusitania. Sólo veinte ciudades se pusieron a sus órdenes, no pudiendo reunir tampoco más de 2600 romanos, tránsfugas en su mayoría del ejército de Paccieco, o africanos armados a la romana. Con su gran golpe de vista, comprendió que era necesario dar por punto de apoyo a las dispersas bandas de sus guerrillas un núcleo sólido de soldados disciplinados y bien organizados; al efecto, reforzó

el pequeño cuerpo que había llegado de África con una leva de 4000 infantes y 700 caballos, y marchó adelante con esta legión única y con las bandas de voluntarios españoles. La España ulterior obedecía a Lucio Fufidio, oficial subalterno, elevado a propretor a causa de su incondicional sumisión a Sila, adhesión experimentada hasta en las proscripciones, y fue completamente derrotado sobre el Betis, quedando 2000 romanos en el campo de batalla. Se enviaron precipitadamente mensajeros a Marco Domicio Calvino, gobernador de la provincia del Ebro; era necesario a toda costa detener los progresos de Sertorio. Apareció también inmediatamente en el teatro de la guerra Quinto Metelo, general experimentado, a quien Sila enviaba a la España del sur para suplir la insuficiencia del propretor. Pero no era ya posible dominar la insurrección. En la parte del Ebro, un oficial de Sertorio, Lucio Hirtuleyo, su cuestor, destruyó el ejército de Calvino y mató a éste; al poco tiempo fue también derrotado por este bravo jefe el procónsul de la Galia transalpina, Lucio Manlio, que había atravesado los Pirineos para venir en socorro de su colega, y él mismo escapó a duras penas, refugiándose en Ilerda (Lérida) con algunos hombres, y se volvió a su provincia. En el camino se arrojaron sobre él los pueblos aquitanos y le arrebataron todos sus bagajes. En la España ulterior había penetrado Metelo entretanto en el país de los lusitanos; pero al poco tiempo, mientras éste tenía sitiada a Longobriga (no lejos de la desembocadura del Tajo), atrajo Sertorio a una emboscada a toda una división romana y a Aquino su jefe, obligando a Metelo a levantar el sitio y a evacuar el territorio enemigo. Le siguió Sertorio y batió el cuerpo de ejército mandado por Torio sobre el Anas (Guadiana), y en esta guerra de escaramuzas hizo sufrir enormes pérdidas al general en jefe. Éste, que era un táctico metódico y algo

pesado, se desesperaba por completo. Se las había con un enemigo que rehusaba un combate decisivo, le cortaba los víveres y las comunicaciones, y le atacaba a todas horas y en todas partes por sus flancos.

Tantos y tan increíbles triunfos obtenidos a la vez en ambas Españas eran tanto más notables cuanto que no eran puramente militares, y que no se habían conseguido sólo con las armas. Los emigrados no eran temibles por sí solos, y en cuanto a los lusitanos, no podía darse mucha importancia a sus triunfos, conseguidos, sobre todo, a las órdenes de un general extranjero. Mas con la seguridad de su tacto de hombre político o de patriota, en vez de hacerse Sertorio el *condottiero* de los lusitanos, se condujo en todas partes y en cuanto estaba en su mano como un general y un delegado romano en España; en tal sentido había venido veinte años antes, mandado por el Gobierno de entonces. Con los jefes de los emigrados compuso un Senado, que contaba hasta trescientos miembros, dirigía los negocios con arreglo a las formas establecidas en Roma, y nombraba a los magistrados. En su ejército no veía más que un ejército romano, y a los romanos correspondían todos los grados. Respecto a los españoles, los consideraba también como el procónsul de Roma, que les exigía, en virtud de su cargo, hombres y subsidios; pero en lugar de administrar despóticamente según costumbre, hacía todo lo posible por unir los provinciales a Roma y a su propia persona. Su genio caballeresco le facilitó medios de familiarizarse con las costumbres españolas e inflamó la nobleza del país con un vivo entusiasmo hacia este admirable capitán, a quien ellos seguían espontáneamente. Habiendo aquí, lo mismo que entre los celtas y entre los germanos, la costumbre de que el príncipe tuviese sus *fieles*, se vio a los más ilustres españoles jurar por millares que seguirían hasta la muerte a su general

romano, y Sertorio tuvo en ellos compañeros de armas mucho más seguros que sus compatriotas y que sus mismos partidarios; lejos de despreciar las supersticiones de los rudos pueblos del país, sacó de ellas un excelente partido. Diana era, según él, quien le enviaba sus planes completamente formados, sirviéndole de mensajera una cierva blanca. Gobernaba, en suma, con dulzura y con justicia. Hasta donde alcanzaba su ojo y su brazo, estaban sometidas sus tropas a la más severa disciplina; no castigando, en general, sino con leves penas, era inexorable con el soldado que cometía una fechoría en país amigo. Quería formalmente un mejoramiento duradero de la suerte de los provinciales, rebajando los tributos, obligando a sus tropas a construirse chozas o barracas para el invierno, librando de este modo a las ciudades de la pesada carga de los alojamientos y destruyendo al mismo tiempo una fuente de abusos insoportables. Fundó en Osca (Huesca) una Academia para los hijos de las familias nobles españolas, en la que recibían aquellos la instrucción usual de la juventud noble de Roma, en donde aprendían a hablar griego y latín, y a llevar la toga. Admirable institución, que no tenía sólo por objeto asegurar a Sertorio, bajo una más suave forma, rehenes, siempre necesarios en España, aun respecto de las ciudades aliadas, sino institución que se inspiraba también en el gran pensamiento de Cayo Graco y de los hombres del partido democrático, pero perfeccionada y tendiendo a romanizar insensiblemente las provincias. Era la primera vez que se emprendía semejante obra, no destruyendo las razas indígenas y sustituyéndolas con la colonización italiana, sino convirtiendo a los provinciales en latinos. Los optimates de Roma se burlaban de estos miserables emigrados, de estos tránsfugas del ejército italiano, últimos restos de las bandas de ladrones que había dirigido Carbón: les costó caro su

desdén estúpido; se enviaron contra Sertorio enormes ejércitos, incluyendo en éstos las levas en masa verificadas en España, 120 000 infantes, 2000 arqueros y honderos y 6000 caballos. Contra esta fuerza tan inmensamente superior libró Sertorio una serie de combates afortunados, consiguió importantes victorias, y hasta llegó a apoderarse de la mayor parte de España. En la provincia ulterior, no poseía Metelo más que el suelo que pisaban sus soldados; en cuanto podían, se pasaban a Sertorio todos los pueblos. En la interior, en donde había vencido Hirtuleyo, no se veía un soldado romano. Ya los emisarios de Sertorio recorrían toda la Galia, se agitaban las razas célticas, y las bandas reunidas en las faldas de los Alpes dificultaban mucho su paso. Por último, el mar pertenecía a los insurrectos tanto por lo menos como al Gobierno legítimo. Los corsarios, casi tan fuertes como la escuadra romana en las aguas españolas, hacían causa común con los primeros. Sertorio les había construido una fortaleza en el promontorio de Diana (hoy cabo de San Martín, entre Alicante y Valencia). Desde este puesto atacaban a las naves romanas que llevaban provisiones a los puertos que dominaban los ejércitos de la República; por este medio recibían también o vendían los productos de los territorios sublevados, y aseguraban las comunicaciones con Italia y Asia Menor. Eran un gran peligro para Roma estos enemigos activos, siempre dispuestos a trasladar a todas partes las teas incendiarias, y lo eran aún mayor si se considera el inmenso cúmulo de materias inflamables existente en todos los puntos del imperio.

Sertorio no era, ni con mucho, bastante fuerte para emprender la gigantesca obra de Aníbal. La tierra española, con sus pueblos y sus tradiciones, era el país propio para sus triunfos, pero estaba perdido si la abandonaba; y no podía

ya tomar siquiera la ofensiva. Su maravilloso genio no era bastante para cambiar la naturaleza de sus soldados. La *Landsturm* española era lo que había sido siempre, insegura y fugaz como la ola y el viento, reuniéndose hoy en un ejército de 150 000 combatientes, reduciéndose mañana a un puñado de hombres; y en cuanto a los emigrados romanos, todo era indisciplina, orgullo y egoísmo. Los cuerpos especiales, los que, como la caballería, exigen estar mucho tiempo sobre las armas eran, como puede suponerse, la parte más deficiente de sus legiones. La guerra había arrebatado poco a poco a sus mejores generales y al núcleo de sus veteranos. Fatigadas por las exacciones de los romanos y hasta maltratadas a veces por los oficiales de Sertorio, comenzaban las ciudades más fieles a dar señales de impaciencia y de vacilación. Cosa notable: también en esto se parecía Sertorio a Aníbal, y no se hizo nunca ilusiones acerca del desesperado éxito de su empresa, y aprovechaba toda ocasión que se le presentaba para mostrarse dispuesto siempre a deponer las armas en cambio de un salvoconducto que le permitiese volver a Roma y vivir en paz. Pero los ortodoxos de la política no quisieron siquiera oír hablar de compromiso ni de reconciliación. Sertorio no podía, pues, retroceder y marchó adelante en el camino emprendido, camino cada día más estrecho y peligroso. Por último, sus triunfos iban también, lo mismo que los de Aníbal, reduciéndose cada vez más; hasta llegó a dudarse de su genio militar y a decir que no era ya el Sertorio de los antiguos tiempos, y que el Sertorio de hoy pasaba el día en orgías y festines, consumiendo locamente el tiempo y el dinero. Se aumentaba diariamente el número de los tránsfugas y de las ciudades que le abandonaban, y no tardó en llegar hasta él el rumor de un complot tramado contra la vida del jefe, en las filas de sus emigrados. Este

rumor tenía grandes visos de probabilidad, y más si se piensa en todos aquellos oficiales del ejército de la insurrección, sobre todo en aquel Perpina, furioso por estar relegado a un segundo puesto, y a los cuales los pretores romanos hacía mucho tiempo andaban ofreciéndoles la amnistía y gruesas sumas en cambio de la vida de su general. Sertorio tomó su partido. Obedeciendo a la ley de la necesidad, fue sumamente severo y condenó a muerte a muchos acusados sin previa formación de causa. Los descontentos redoblaron sus querellas: ¡en adelante, el general era más peligroso para sus amigos que para sus enemigos! Se descubrió una segunda conjuración en el seno de su estado mayor. Todos los acusados que no huyeron fueron condenados a muerte. Sin embargo, no todos los culpables fueron denunciados; entre éstos se hallaba Perpina, que, con los demás, decidió acabar pronto. El cuartel general estaba situado en Osca. A instigación de Perpina, llevaron a Sertorio la nueva de una brillante victoria conseguida en otra parte por el ejército. Para celebrarla cual convenía, dio Perpina una gran función y un espléndido banquete. Sertorio asistió a él acompañado, como de costumbre, de sus guardias españoles. Contra lo ocurrido en otras ocasiones, la fiesta degeneró prontamente en orgía; se cruzaron palabras brutales de unas a otras mesas, y era evidente que algunos convidados buscaban pretexto para una quimera. Sertorio se recostó sobre su lecho como si nada quisiese oír. En este momento cayó al suelo una copa. Era la señal convenida con Perpina. El que había inmediato a Sertorio, Marco Antonio, le asestó el primer golpe. El general quiso imponerse, pero el asesino se arrojó sobre él y lo sujetó, mientras los demás convidados, afiliados a la conjuración, se arrojan sobre la indefensa víctima que luchaba con Antonio y cosen a Sertorio a

puñaladas (año 682). Con él murieron todos los que le habían sido fieles. Así concluyó uno de los más grandes hombres, si es que no el más grande, que produjo Roma. En mejores circunstancias hubiera sido seguramente el restaurador de la patria. Murió de un modo miserable por la traición de sus bandas de emigrados, que él estaba condenado a guiar en sus combates contra Roma. La Historia, que aborrece a los Coriolanos, no exceptúa ni aun a Sertorio, el hombre de más elevados sentimientos, el genio verdadero, el más digno de compasión.

Los asesinos creían que iban a distribuirse la sucesión; pero muerto Sertorio, Perpina, que era el jefe de más graduación entre los oficiales romanos del ejército español, reivindicó el mando supremo. Se sometieron a él desconfiados, con cierta repugnancia. Si se había murmurado contra Sertorio cuando aún vivía, muerto el héroe, entró inmediatamente en el disfrute de sus derechos, y la irritación de los soldados se dio a conocer por medio de violentos clamores, cuando al leer públicamente su testamento, oyeron que estaba entre sus herederos el mismo Perpina. Se dispersaron gran número de soldados, lusitanos en su mayor parte; los demás tenían el presentimiento de que no existiendo ya Sertorio, tardaría poco en ser exterminado el ejército. En el primer encuentro con Pompeyo, fueron rotas y destruidas las desanimadas y mal dirigidas bandas de los españoles, y hecho prisionero Perpina con otra porción de jefes. Para salvar su vida, cometió la vileza de entregar la correspondencia de Sertorio, comprometiendo a una porción de italianos notables; Pompeyo ordenó quemar todos aquellos papeles sin verlos, y por toda respuesta entregó al verdugo al traidor con todos sus compañeros. Los emigrados que pudieron huir se refugiaron en los desiertos de Mauritania, o entre los

piratas. La ley Plocia, apoyada enérgicamente por el joven César, les permitió luego volver a su patria. En cuanto a los que habían tomado parte en el asesinato de su general, murieron todos de muerte violenta, excepto uno sólo. Osca y casi todas las ciudades que habían pertenecido últimamente a Sertorio abrieron espontáneamente sus puertas a Pompeyo; sólo con Uxama (Osma), Clunia y Calagurris hubo que emplear la fuerza de las armas.

# CATÓN

Con la ley Gabinia habían cambiado los papeles entre los partidos. Teniendo el elegido de la democracia el poder de la espada, su facción o el grupo que pasaba por tal tenía también la omnipotencia en Roma. La nobleza se mantenía aún compacta como en el pasado, y de la máquina de los comicios no salían más que cónsules «designados ya desde que estaban en mantillas», según la expresión de los demócratas; los mismos señores de Roma no sabían dirigir las votaciones ni destruir la influencia de las antiguas familias. Pero en el momento en que se verificó la completa exclusión de los «hombres nuevos», he aquí que el consulado se eclipsó a su vez ante el astro creciente del poder militar extraordinario. La aristocracia sintió la herida, aun cuando no la confesaba, y desesperó de su salvación. Al lado de Quinto Catulo, que, permaneciendo en su ingrato puesto y luchando con una honrosa constancia, fue hasta la muerte (año 694) el campeón de una causa vencida, no se encuentra ya en las filas de los nobles un solo optimate que ponga algún valor y alguna firmeza al servicio de los intereses aristocráticos. Se vio entonces a los hombres más hábiles y más célebres del partido, a Quinto Metelo Pío y a Lucio Lúculo, abdicar realmente, y en cuanto lo pudieron hacer con decencia, retirarse a sus quintas, olvidando el Fórum y la Curia en medio de sus jardines y al lado de sus bibliotecas, de sus pajareras y de sus viveros. La generación más joven de la aristocracia se precipitó naturalmente por este mismo camino: completamente entregada al lujo y a los placeres literarios, desaparece o se prosterna ante el sol naciente. No hubo más que una excepción: Marco Porcio Catón (nacido en el año 659-95 a. C.).

Hombre de recta voluntad y de una abnegación poco común, es una de las apariciones más romancescas y más extrañas de aquel siglo fértil en figuras bizarras. Sumamente leal y constante en extremo, serio en sus pensamientos y en sus actos, amante de su patria y adicto a la Constitución legada por los antepasados, con una inteligencia pesada y lenta, y sin pasiones, hubiera podido hacerse un buen tesorero del Estado. Desgraciadamente, se hizo «esclavo de la frase», y ya obedeciese a la retórica del Pórtico, a sus abstracciones estériles, a sus dogmas infecundos, entonces en gran boga en los círculos de la alta sociedad, ya imitase el ejemplo de su bisabuelo, creyéndose verdaderamente llamado a emprender de nuevo su tarea, se puso a recorrer las calles de la gran ciudad pecadora, presumiendo de ciudadano modelo y de espejo de virtud, y oponiéndose, como Catón el Mayor, a las costumbres del siglo, marchando a pie en lugar de ir a caballo, prestando sin interés, no admitiendo condecoraciones militares, y creyendo resucitar los buenos tiempos antiguos cuando se presentaba sin túnica a la manera del rey Rómulo. Singular caricatura de su abuelo, del viejo rústico a quien el odio y la cólera llegaron a convertir en orador, que supo manejar igualmente la espada y el arado, y que hería siempre con acierto con su toscos buen sentido, original y sano por estrecho que fuese, se vio al joven Catón, filósofo docto y frío, destilando sus labios axiomas escolásticos, siempre sentado con un libro en la mano, no conociendo la guerra ni otro oficio alguno, y viajando por las nubes de la sabiduría contemplativa. De este modo, sin embargo, fue como obtuvo influencia moral, y con ella influencia política. En estos tiempos de miseria y cobardía, su valor y sus virtudes negativas impusieron a la muchedumbre; formó a su vez escuela, y muchos, ajustándose a este ejemplar vivo, le

imitaron hasta la saciedad. Por estos mismos medios influyó en la política. Era el único conservador que tenía un nombre, en quien, a falta de penetración y de talento, podía apelarse al honor y al valor. Dispuesto siempre, fuese o no necesario, a sacrificar su persona, llegó pronto a ser reconocido jefe de los optimates, cuando ni su edad, ni su rango, ni su capacidad justificaban semejante elección. Las circunstancias no exigían más que la resistencia tenaz de un solo hombre, y allí estaba Catón, que fijaba el triunfo. En las cuestiones de detalle, en las cuestiones de hacienda, era activo y útil: no faltaba a una sola sesión del Senado. Su cuestura fue célebre; mientras vivió, examinó detenidamente el presupuesto de los gastos públicos, y luchó siempre contra los arrendatarios del Fisco. Por lo demás, careciendo de las dotes de hombre de Estado, y siendo impotente para desarrollar un fin político o comprender y sobreponerse a la situación, no teniendo más táctica que la de hacer frente a todo el que rompía o parecía romper con el catecismo tradicional de las costumbres y de las ideas oligárquicas, y, como consecuencia, hiriendo tantas veces a los suyos como a los enemigos, verdadero Don Quijote del partido, mostró, en fin, en toda su conducta y en todos sus actos, que si aún existía en Roma una aristocracia, la fe política aristocrática no era ya más que una quimera.

## CATILINA

Esta revolución así preparada por los agitadores del partido y la destrucción del régimen actual tenían por preliminar necesario la explosión en Roma de la insurrección de los conjurados. Triste es decirlo, pero la materia inflamable estaba hacinada en todas partes, lo mismo en las más altas que en las más bajas capas sociales. Inútil fue reproducir el cuadro del proletariado libre o esclavo. Ya se había dejado oír aquella grave sentencia de que «sólo el pobre puede representar al pobre»; ya se había abierto su camino la máxima de que las masas pobres podían, lo mismo que la rica oligarquía, constituirse en poder independiente, y cesando de sufrir la tiranía, convertirse a su vez en tirano. Estas peligrosas opiniones hallaban eco hasta entre la juventud de las altas clases, la cual, al mismo tiempo que disipaba sus fortunas, había matado las fuerzas de su cuerpo y de su espíritu. En esta muchedumbre elegante, de cabellera perfumada, que gastaba barba y mangas plegadas de última moda, aficionada al baile y a la cítara, y vaciando copas desde por la mañana hasta la noche, había un espantoso abismo de corrupción moral y social, de desesperación bien o mal disimulada, y de proyectos hijos del delirio y del aturdimiento. Se suspiraba por la vuelta de la era de las proscripciones, de las confiscaciones y de la anulación de las deudas; se encontraban entre ellos hombres, muchos de los cuales eran nobles y de gran disposición, que sólo esperaban una señal para precipitarse, como ladrones, sobre la sociedad civil y recobrar por el pillaje las riquezas devoradas en las orgías. Nunca falta jefe a los ladrones que se constituyen en cuadrilla; y éstos tuvieron inmediatamente sus capitanes. Se distinguían entre

todos, por lo elevado de su nacimiento y por su condición, un expretor, Lucio Catilina, y un cuestor, Cneo Pisón. Éstos habían cortado tras de sí los puentes; de tanto talento como depravación, dominaban completamente a sus cómplices. Catilina, principalmente, fue uno de los más malvados en este siglo fecundo en maldades. Los hechos de su juventud pertenecen a los tribunales más bien que a la historia; todo su exterior, su rostro pálido, su mirada extraviada, su andar entre perezoso y precipitado, revelaban un siniestro pasado. Poseía en alto grado las cualidades de jefe de cuadrilla: sufría lo mismo la abundancia que las privaciones; tenía valor, conocimiento de los hombres, la energía del crimen, y era maestro en la horrible enseñanza del vicio, que impele a los débiles a caer en él y después de su caída los impele al crimen. Con tales elementos, era fácil a hombres que tenían dinero e influencia urdir un complot contra el actual orden de cosas. Catilina, Pisón y sus secuaces se prestaban gustosos a secundar toda combinación que les ofreciese en perspectiva las proscripciones y la abolición de las deudas. Por otra parte, Catilina aborrecía a la aristocracia, que no había apoyado su candidatura para el Consulado por considerarlo corrompido y peligroso. Satélite de Sila, había perseguido antes a la cabeza de sus galos a los proscritos; había dado muerte con sus propias manos a un anciano que era cuñado suyo. Pasando ahora al otro campo, estaba dispuesto a hacer otro tanto con sus antiguos amigos. Se concluyó un pacto secreto. Entraban en él más de cuatrocientos conjurados, con numerosos afiliados en todas las regiones y en todas las ciudades de Italia. No hay que decir que escribiendo en la bandera de la insurrección la idea capital de su programa, la supresión de las deudas, verían engrosarse sus filas con una multitud de reclutas suministrados por una juventud completamente depravada.

Afirman los relatos de aquel tiempo que, en diciembre del año 688, creyeron los jefes de la conjuración llegado el momento de que ésta estallase. Los dos cónsules elegidos para el año 689, Cornelio Sila y Publio Antonio Peto, acababan de ser convencidos, en justicia, del crimen de corrupción electoral, y con arreglo a los términos de la ley, habían incurrido en la nulidad de su elección. Ambos entraron en la conspiración; los conjurados decidieron que estos hombres ocuparían de grado o por fuerza las sillas consulares, lo cual equivalía para los demócratas a apoderarse del poder supremo. Por consiguiente, el día 1 de enero del año 689, día en que los nuevos cónsules habían de inaugurar su magistratura, debían asaltar la Curia con las armas en la mano, asesinar a los cónsules salientes y a todos los demás personajes designados para la hecatombe, y proclamar a Sila y a Peto, después de anulada por el pueblo la sentencia que los condenaba. Craso debía ser elevado a la dictadura; César sería jefe de la caballería, sin duda con la misión de crear una fuerza militar imponente, mientras que Pompeyo estaba lejos peleando en el Cáucaso. Capitanes y soldados, todos estaban comprados, todos tenían la consigna. Apostado Catilina el día prefijado en un lugar inmediato a la Curia, sólo esperaba la señal que César le había de transmitir inmediatamente después de que Craso hiciese cierto movimiento. Esperó en vano: Craso no asistió a la sesión en donde debía decidirse todo, y abortó la insurrección proyectada. Se pactó un nuevo plan de asesinato en más vasta escala para el 5 de febrero, y tampoco pudo ejecutarse. Se dice que Catilina dio la señal antes que hubiesen llegado todos los bandidos que habían de realizar los asesinatos. Se transparentaba ya el complot, pero no osaba el Gobierno atacar a los conjurados frente a frente, y se contentó con dar a los cónsules guardias

personales y oponer al ejército revolucionario bandas pagadas por el Estado. Se intentó alejar a Pisón, y se presentó una moción para enviarle en calidad de cuestor con poderes pretorianos a la España citerior. Craso apoyó este nombramiento, esperando ganar de este modo la insurrección una provincia importante y un utilísimo apoyo. Se presentaron otras proposiciones aún más enérgicas, pero fracasaron ante la oposición de los tribunos.

Tal es el relato tradicional que ha llegado hasta nosotros, el cual reproduce evidentemente la versión que circulaba entre los hombres del Gobierno. ¿Es verdadero y merece crédito hasta en sus detalles? No es posible decidirlo, por falta de medios de comprobación. El testimonio de los adversarios políticos de Craso y César sobre la cuestión capital de su participación en el complot es, sin duda, una prueba insuficiente. No puede negarse, sin embargo, que en sus actos ostensibles en aquel tiempo se encuentra una concordancia exacta con los manejos secretos que les imputan los aristócratas. ¿Consiste quizás esto en que no obraba ya Craso como revolucionario cuando, siendo censor en este año, intentó inscribir en las listas cívicas a los transpadanos? ¿Qué pensar de él cuando se le ve dispuesto a inscribir a Chipre y a Egipto en los registros del dominio del pueblo romano? ¿Y no fue a instigación de César como, en este mismo tiempo (de 689 a 690), llegaron muchos tribunos a pedir al pueblo que los enviasen a Egipto para restablecer en el trono al rey Tolomeo, arrojado por los alejandrinos? Estos manejos tienen un patente parentesco con las acusaciones del partido noble. No afirmo nada como cosa cierta, pero tengo por verosímil que había inteligencias entre Craso y César; que durante la ausencia de Pompeyo pretendían apoderarse de la dictadura militar; que Egipto debería servir de pedestal a esta dictadura democrática; que

la insurrección abortada del año 689 debía tender a la realización de estos proyectos, y, finalmente, que Catilina y Pisón no eran más que instrumentos de César y de Craso.

El complot se detuvo por algún tiempo. Las elecciones para el año 690 se verificaron sin que Craso ni César renovasen su tentativa de apoderarse del consulado; pero su abstención obedecería sin duda a la candidatura de Lucio César, pariente del jefe de los demócratas, hombre débil y que se movía al antojo de este último. Entretanto, las noticias llegadas de Oriente precipitaron los acontecimientos. Ya Pompeyo había reorganizado por completo el Asia Menor y la Armenia. Los estrategas de la democracia habían demostrado que no podía considerarse como terminada la guerra del Ponto hasta haberse apoderado de Mitrídates; que era necesario perseguirlo alrededor del mar Negro, guardándose de comprometerse penetrando más hacia el interior de Siria. Pero Pompeyo, sordo a todas estas advertencias, había abandonado la Armenia en la primavera del año 690 y había penetrado en Siria. Eligiendo por su cuartel general Egipto, no tenían los demócratas un momento que perder: nada era más fácil para Pompeyo que llegar al Nilo antes que César. Permaneciendo en pie la conspiración del año 688, aun después de las medidas, flojas, tomadas para reprimirla, volvió a agitarse en las elecciones consulares del año 691. Los papeles debían ser sin duda los mismos, y el plan no había cambiado en lo más mínimo. Los agitadores se mantuvieron a retaguardia, lo mismo que la primera vez. Los candidatos eran el mismo Catilina y Cayo Antonio, el hijo más joven del orador del mismo nombre y hermano del oficial que había vuelto de Creta con tan mala fama. Se sabía que podía contarse con Catilina. En cuanto a Antonio, silano como aquél en un principio, acusado también ante los

tribunales por los demócratas y expulsado del Senado, careciendo de energía y de importancia, no teniendo cualidades de mando, agobiado de deudas e insolvente, se hizo de buena gana el más humilde servidor del partido, mediante la promesa de su elección para el consulado con todas las ventajas inherentes a esta magistratura. Mediante estos dos hombres, creían los jefes de la conjuración lograr hacerse dueños del poder, y detener como rehenes a los hijos de Pompeyo que habían permanecido en la capital, y después se armarían contra el procónsul en Italia y en las provincias. A la primera nueva de haber dado el golpe en Roma, debía el propietario Pisón levantar en la España citerior la bandera de la insurrección. Si no era posible comunicarse por mar con él, por ser Pompeyo dueño del Mediterráneo, se contaba con el concurso de los transpadanos, esos antiguos clientes de la democracia, entonces en fermentación violenta y que serían naturalmente recompensados con el derecho de ciudadanía romana. Se contaba además con otras tribus de galos. La conspiración extendía sus hilos hasta Mauritania. Uno de los conjurados, un gran negociante, Publio Sicio, de Nuceria, a quien el mal estado de sus negocios obligaba a permanecer lejos de Italia, había reunido en este país y en España un ejército de perdidos, se había convertido en jefe de partidas, y recorría el África occidental, en donde su comercio le había proporcionado algunas relaciones.

En las elecciones consulares fue donde el partido desplegó todas sus fuerzas. Prodigando dinero a Craso y César, suyo o prestado, y poniendo en movimiento a todos sus amigos, se esforzaron en sacar triunfante la candidatura de Antonio y de Catilina; los compañeros de éste hicieron, por su parte, lo imposible para llevar al timón de la República a aquel que todo se lo prometía, los cargos

públicos y los sacerdocios, los palacios y las quintas de los aristócratas, la abolición de las deudas sobre todo, y no dudaban que cumpliría lo prometido. La aristocracia estaba en grande apuro, pues no podía poner candidatos propios. Presentarlos equivaldría a jugarse la cabeza. En otro tiempo, el peligro hubiera atraído a los ciudadanos; pero en la actualidad, la ambición callaba ante el temor. Los nobles recurrieron al expediente de los débiles, y quisieron combatir la elección por medio de una nueva ley contra la venalidad de los votos. La ley fracasó por la intercesión de un tribuno. Fatigados de luchar, reunieron y dieron todos sus votos a un ciudadano que, aunque no les agradaba, era hombre que no podía hacerles daño. Este candidato era Marco Túlio Cicerón, bien conocido por nadar siempre entre dos aguas, coqueteando, ya con los demócratas, ya con Pompeyo; echando, aunque de lejos, tiernas miradas a la aristocracia, y poniendo su talento de abogado al servicio de todo acusado de alguna importancia, sin distinción de partido ni de persona (¿no había tenido un día por cliente al mismo Catilina?), no perteneciendo en el fondo a ningún partido, o lo que es lo mismo, fiel siempre al partido de los intereses materiales, que tenía vara alta en los pretorios y concedía sus favores al artista de la palabra, al hombre espiritual. En Roma y fuera de Roma, le ciaban sus muchas relaciones grandes probabilidades frente al desgraciado candidato de los demócratas; le votaban los pompeyanos y la nobleza, ésta quizá de mal humor. Fue, pues, elegido por una gran mayoría. Los dos candidatos democráticos obtuvieron un número de votos casi igual; pero Antonio obtuvo algunos más que su compañero gracias a su familia. Los acontecimientos se declaraban contra Catilina y libraban a Roma de la amenaza de un segundo Cina. Algún tiempo antes había sido Pisón asesinado en España por su

escolta de indígenas, a instigación, según se dijo, de Pompeyo, su enemigo político y personal. Con el cónsul Antonio solamente, era imposible emprender nada. Aun antes de su entrada común en el cargo, supo romper Cicerón el débil lazo que unía al complot a su colega, y, renunciando en su favor su derecho de sortear las provincias consulares, le permitió que eligiese por sí el rico y productivo gobierno de Macedonia, con lo que conseguiría pagar sus deudas. De este modo fracasó por segunda vez el golpe preparado por la táctica de los conjurados.

Durante este tiempo marchaban los acontecimientos en Oriente y se acumulaba allí una tempestad amenazadora para la democracia. La reorganización de la Siria se verificaba con pasmosa rapidez; ya habían salido de Egipto numerosos enviados solicitando la intervención de Pompeyo y la incorporación del país a los dominios de Roma. Todos los días se esperaba la noticia de que el procónsul había ido en persona a tomar posesión del valle del Nilo. Por esta razón es, sin duda, por lo que César había intentado que le enviase allí directamente el pueblo romano, con la misión de prestar auxilio al rey egipcio contra sus súbditos sublevados; también él fracasó contra la repugnancia de todos, grandes y pequeños, a todo lo que tendiese a obrar contra el interés de Pompeyo. Éste iba a llegar muy pronto y con él la catástrofe probable; por muchas veces que se hubiera roto la cuerda, era necesario ponerla otra vez tirante. En la ciudad había una fermentación sorda; los agitadores tenían frecuentes conferencias, que indicaban alguna nueva trama. De repente se desenmascararon el 10 de diciembre del año 690, día de la entrada en el cargo de los tribunos del pueblo. Uno de estos, Publio Servilio Rulo, propuso una ley agraria que debía colocar a los jefes del partido en una situación tan elevada como aquella en que las leyes Gabinia y Manilia

habían colocado a Pompeyo. El objeto aparente de la rogación era el siguiente: fundar en Italia colonias cuyo territorio no fuese adquirido por vía de expropiación, quedando garantidos todos los derechos privados y recibiendo las recientes ocupaciones ilegítimas el título de plena propiedad. Sólo el territorio arrendado en Campania debía ser dividido en parcelas y colonizado; y para el resto de las asignaciones compraría la República las tierras necesarias en la forma prescrita por el derecho común. Mas para estas compras era necesario dinero y debía allegarse vendiendo sucesivamente todos los dominios públicos que aún quedaban en Italia, y primeramente todos los terrenos comunales extractílicos, es decir, las antiguas posesiones de la *mensa real* en Macedonia, en el Quersoneso de Tracia, en Bitinia, en el Ponto, en la Cirenaica y los territorios de las ciudades completamente incorporadas por derecho de guerra en España, en África, en Sicilia, en Grecia y en Cilicia. Se vendería también todo lo que el Estado había adquirido en bienes muebles e inmuebles, después del año 666, y que aún estuviese disponible; esta moción tenía por principal objeto a Chipre y Egipto. Todas las ciudades sujetas, a excepción de las de derecho latino y algunas otras libres, serían recargadas con diezmos y pesados tributos con este mismo fin. Por último, y siempre para atender a estas compras, se pondría en garantía el producto de las contribuciones impuestas a las nuevas provincias, a partir del año 692, y el de todo el botín que no estuviese legalmente empleado. En este artículo incluía Rulo todas las fuentes de impuestos abiertas en Oriente por las victorias de Pompeyo y todos los fondos públicos que habían quedado en sus manos o en las de los herederos de Sila. Para la ejecución de este proyecto, se nombrarían *decenviros* con jurisdicción e *imperium* especial, los cuales permanecerían en

el cargo durante cinco años y tendrían a sus órdenes doscientos oficiales tomados del orden ecuestre; no podrían ser nombrados decenviros nada más que los candidatos que se presentasen personalmente; por último, en las elecciones sacerdotales, de las treinta y cinco tribus no votarían más que diecisiete, designadas por la suerte. Sin necesidad de gran penetración, se comprende que el futuro colegio decenviral era la copia del gran mando de Pompeyo, con un color menos exclusivamente militar, a la vez que más democrático. Necesitaba el poder jurisdiccional, teniendo que decidir, entre otras, la cuestión de Egipto, y el poder militar, teniendo que armarse contra Pompeyo; excluyendo la candidatura de los ausentes, se excluía la del gran general; con la disminución del número de las tribus votantes, sacadas a la suerte y manejadas diestramente, se ponía la elección en manos de la democracia.

Tal era la tentativa de Rulo, pero fracasó por completo. La muchedumbre veía que era más cómodo recibir a la sombra, bajo los pórticos de Roma, la *annona* sacada de los almacenes públicos, que ir a labrar la tierra y a fecundizarla con el sudor de su frente, y acogió fríamente la rogación. Comprendió en seguida que nunca aceptaría Pompeyo un plebiscito que le perjudicaría a todas luces, y que era, quizá, peligroso entregarse a un partido extremo que se jugaba en tales ofertas el todo por el todo. Estando los ánimos en esta situación, no fue difícil al Gobierno hacer que fracasara la moción: Cicerón, el nuevo cónsul, aprovechó la ocasión e hizo valer su talento oratorio, penetrando a través de las puertas abiertas; los demás tribunos no tuvieron necesidad de intervenir, pues el autor del proyecto lo retiró (1 de enero del año 691). En esta tercera campaña, no había ganado la democracia nada más que el haber aprendido a sus expensas una lección: por amor o por miedo, las masas

estaban por Pompeyo, y toda moción que le fuese hostil sucumbiría seguramente lo mismo que las anteriores.

Fatigado de sus estériles candidaturas y del aborto de tantas conjuraciones, resolvió Catilina precipitar bruscamente los acontecimientos y marchar directamente a su fin. Durante el estío tomó todas sus medidas para comenzar la guerra civil. Fésula, plaza fuerte, situada en medio de Etruria, plagada de hombres arruinados y de conspiradores y que había sido quince años antes el foco de la sublevación de Lépido, debía ser también ahora el cuartel general de la insurrección. Se enviaron allí grandes sumas de dinero, gracias a la asistencia de muchas damas nobles de Roma afiliadas al complot; se acumularon en ella soldados y armas, encargándose provisionalmente del mando un antiguo oficial de Sila, Cayo Malio, valiente y sordo a todo escrúpulo de conciencia y soldado de fortuna si los hubo. Iguales preparativos se hicieron en otros puntos de la Península. Sobreexcitados los transpadanos, parecía que no esperaban más que la señal. En el Brutium, en la costa oriental de Italia, en Capua, en todas partes en donde se habían aglomerado rebaños de esclavos, parece que iba a desencadenarse de repente una rebelión análoga a la de Espartaco. En la misma Roma se tramaba evidentemente alguna cosa. Al ver la arrogancia provocadora de los deudores, cuando demandados en justicia comparecían ante el pretor urbano, se recordaban con pavor las escenas que precedieron al asesinato de Aselión. Se apoderó de los capitalistas un pánico terrible; hubo necesidad de prohibir enérgicamente la exportación del oro y de la plata y ejercer gran vigilancia en los principales puertos. Los conjurados habían prometido que en las próximas elecciones para el año 692, en las que se presentaba otra vez Catilina, asesinarían sin ningún miramiento al cónsul que dirigiese la

votación y a todo competidor que les incomodase, y que conseguirían a toda costa el nombramiento de Catilina, siquiera se necesitase para ello traer a Roma las bandas reunidas en Fésula y en otros puntos y vencer violentamente la resistencia.

Cicerón tenía agentes secretos, hombres y mujeres, que le tenían al corriente por momentos de todas las intenciones y movimientos de los conjurados. El día designado para la elección (20 de octubre), los denunció en pleno Senado, en presencia del principal fautor de la conspiración. Catilina no lo negó, sino que respondió con altanería que «si el voto del pueblo le era favorable, muy pronto daría él al gran partido de la República, que carecía de cabeza, un jefe que destruiría la pequeña y débil facción con sus jefes enfermizos». Sin embargo, como no había prueba de flagrante delito, no pudo el Senado hacer más que sancionar de antemano y en la forma usual, las medidas extraordinarias dictadas a los magistrados por las circunstancias (21 de octubre). Iba a empeñarse la lucha electoral, verdadera batalla más bien que elección. Cicerón, por su parte, se había creado una fuerza armada de jóvenes pertenecientes al orden comercial, y cuando llegó el 28 de octubre, día señalado para la votación, guarnecía aquella fuerza el Campo de Marte y lo ocupaba militarmente. Los conjurados no pudieron asesinar al cónsul ni cambiar el éxito de la votación.

Pero ya había estallado la guerra civil. El 27 de octubre levantó Cayo Manlio sus águilas (llevaba una del tiempo de Mario y de la guerra de los cimbrios), llamando a sí al ejército insurrecto y convocando a los bandidos de la montaña y a los campesinos. En sus proclamas, fiel a las tradiciones del partido popular, reclamaba la abolición de las agobiadoras deudas y la modificación de los

procedimientos. Cuando el crédito superaba a la fortuna del deudor, llevaba consigo la ley, lo mismo que en otro tiempo, la pérdida de la libertad. Parecía que el vil populacho de Roma, constituyéndose en heredero legítimo de los antiguos plebeyos, y colocándose tumultuosamente en línea de batalla bajo las gloriosas águilas de las guerras címblicas, quería manchar a la vez el presente y el pasado de la República. Nada resultó, sin embargo, de este alzamiento; y no teniendo en los demás puntos la conjuración los jefes que necesitaba, quedaron las cosas reducidas a la vana acumulación de armas y a preparativos y reuniones secretas. Esto fue para la República una suerte inesperada. Ante una guerra civil inminente hacía mucho tiempo y abiertamente anunciada, ya fuese por indecisión de los gobernantes o por pesadez de la mohosa máquina del poder, el hecho es que no se había tomado ninguna disposición militar. Se decidió, en fin, obrar: se llamaron las milicias a las armas; se enviaron oficiales superiores a todos los puntos importantes de Italia, con objeto de que se exterminase la insurrección naciente; fueron arrojados de Roma los gladiadores esclavos, y se establecieron muchas partidas volantes para impedir los incendios que se temían. Catilina se encontraba muy comprometido. Tenía proyectado que en el día de las elecciones se verificaría la explosión a la vez en Roma y en Etruria; abortando en la ciudad y estallando en la provincia, ponía su persona en gran peligro, al mismo tiempo que comprometía el éxito de toda la empresa. No le era posible permanecer en Roma después de haberse levantado en armas sus cómplices de Fésula; y, sin embargo, necesitaba no sólo decidir a una acción pronta a los conjurados de la capital, sino también ponerlos en movimiento antes de su partida. Los conocía bastante bien para esperar que obrasen por sí mismos. Los principales conjurados eran Publio

Léntulo Sura, cónsul en 683, expulsado más tarde del Senado, y que aspiraba de nuevo a entrar en él, por lo cual había vuelto a ser pretor, y los dos antiguos pretores, Publio Autonio y Lucio Casio, hombres todos incapaces. Léntulo no era más que un aristócrata de lenguaje ampuloso y de grandes pretensiones, tardo para comprender e indeciso para obrar; Autonio se distinguía sólo por sus poderosos pulmones y su voz atronadora; en cuanto a Lucio Casio, nadie sabía cómo un personaje tan simple y obtuso se había mezclado en la conspiración. Catilina tenía otros cómplices más vigorosos: un senador joven, Cayo Cetego, y los dos caballeros Lucio Estatilio y Publio Gabinio Capitón; pero no se atrevía a ponerlos al frente de sus bandas, pues hasta en sus filas tenía todavía influencia la jerarquía tradicional: los mismos anarquistas no hubieran creído poder vencer sin ir mandados por un consular o, al menos, por un pretor. Por más apremiante que fuese el llamamiento hecho por el ejército de la insurrección, y por peligroso que fuese para él permanecer por más tiempo en Roma, cuando ya la insurrección había estallado, resolvió, sin embargo, no partir todavía. Acostumbrado a imponerse a fuerza de audacia a sus cobardes adversarios, continuó dejándose ver en pleno Fórum y en el Senado; oponiendo la amenaza a la amenaza, «procúrese no conducirme al último extremo», exclamaba; «una vez prendida la casa, habrá que extinguir el fuego bajo las ruinas». De hecho, nadie, fuese magistrado o simple ciudadano, osaba ya apoderarse del peligroso conspirador; poco importaba que fuese acusado de violencias por algún joven noble: ¿no se resolvería la catástrofe mucho antes de que se sustanciase el proceso? Pero sus proyectos abortarían siempre, porque los agentes del poder habían entrado en masa entre sus cómplices, y habían revelado sucesivamente todos los detalles del complot. Un día se presentaron los

conjurados delante de la fortaleza de Preneste esperando apoderarse de ella por un golpe de mano; pero se estrellaron contra una guarnición reforzada y vigilante. No tuvieron mejor éxito las demás tentativas. A pesar de su temeridad y de su audacia, vio Catilina que su partida no podía diferirse mucho; pero antes, en una última reunión nocturna (del 6 al 7 de noviembre), decidieron los conjurados, a instancias suyas, asesinar a Cicerón, que era el cónsul que dirigía toda la contramina; y, para no ser vendidos, debía verificarse la ejecución en el acto. En la mañana del 7 de noviembre, llegaron los asesinos elegidos a llamar a su puerta; pero hallaron la guardia reforzada y se les despidió; los espías del Senado les habían tomado también ahora la delantera. Al día siguiente convocó Cicerón a los senadores. Catilina osó presentarse; balbuceó algunas palabras de defensa en respuesta a las invectivas del cónsul, que reveló al Senado todos los preparativos revolucionarios de los días precedentes; no se le quiso oír al conspirador, y quedaron desocupados todos los bancos inmediatos al que él ocupaba. Abandonó en seguida la sesión y marchó a Etruria, como había anunciado, lo cual hubiera podido hacer antes sin la porción de incidentes ocurridos en Roma. Se proclamó allí cónsul, y se puso en expectativa, dispuesto a caer con los insurrectos sobre la ciudad a la primera nueva que recibiese de haber estallado la insurrección esperada. El Senado había acusado de alta traición a Catilina y a Manlio, los dos jefes, y a todos aquellos que, en un plazo determinado, no hubiesen depuesto las armas; y había llamado a nuevas milicias. Pero el ejército dirigido contra Catilina estaba bajo las órdenes del cónsul Cayo Antonio, notoriamente comprometido en la conspiración: ¿marcharía este personaje contra los insurrectos, o iría, por el contrario, a engrosar sus filas con sus tropas? Todo marchaba al azar.

Parece que se le había querido erigir en un segundo Lépido. Sea como quiera, en Roma no se hizo nada o se hizo muy poco contra los agitadores que Catilina había dejado en posesión de sí. Todo el mundo los señalaba con el dedo: se sabía que no se había abandonado el complot, y hasta que había éste arreglado antes de su partida los detalles de la ejecución. Un tribuno debía dar la señal, convocando los comicios; después, en la noche siguiente, se encargaba Cetego de matar a Cicerón; Gabinio y Estatilio prenderían fuego en doce puntos a la vez y, llegando en este tiempo Catilina con su gente, se restablecerían inmediatamente las comunicaciones entre ellos. Si Cetego había previsto todo lo necesario, si Léntulo, que se había convertido en jefe del ejército y de los conspiradores de Roma en ausencia de Catilina, se había decidido al ataque inmediato, aún podía salir bien la empresa. Pero todos estos hombres eran incapaces y aún más cobardes que sus adversarios, y pasaron los días y las semanas sin hacer nada.

Se dispuso por último el Senado a tomar medidas decisivas. Lento y minucioso como siempre, y ocultando bajo la apariencia de proyectos de grandes concepciones o lejanas perspectivas la ineptitud que deja pasar la hora oportuna de la crisis y de la acción, había reanudado Léntulo sus inteligencias con los diputados de los galos alóbroges, que estaban entonces en Roma, esforzándose en comprometer en el complot a estos representantes (entrampados también hasta los ojos) de una nación desorganizada. Se había llegado, al abandonar éstos la ciudad, hasta a enviar con ellos algunos afiliados y darles cartas para los de fuera. Los alóbroges partieron; pero en la noche del 2 al 3 de diciembre fueron detenidos no lejos de las puertas, cogiéndoles todas las cartas y papeles. Se vio entonces que los enviados galos se habían convertido en

espías de la República, y sólo habían entrado en la conspiración para obtener de ella las pruebas tan deseadas por el cónsul y para entregar a sus jefes. Llegada la mañana, decretó Cicerón auto de prisión contra los principales, siendo detenidos Léntulo, Cetego, Gabinio y Estatilio, y escapándose otros. Estaba, pues, probada la culpabilidad de todos. Inmediatamente después del arresto de los primeros se presentaron al Senado las cartas interceptadas. No era posible desconocer los sellos ni la letra; se interrogó a los procesados y a los testigos; se confirmaron todos los cargos, las armas aglomeradas en las casas y las amenazas proferidas en todas partes. Se había adquirido y comprobado jurídicamente el cuerpo del delito; Cicerón cuidó de que circulasen por el público los más importantes procesos verbales. La irritación contra los conjurados era universal. Los oligarcas hubieran querido sacar ventajas de las revelaciones que tenían entre sus manos y exigir estrecha cuenta a la democracia, y principalmente a César; pero divididos como estaban entre sí, no hubieran podido conseguir sus fines como en los tiempos de los dos Gracos y de Saturnino; para ellos había mucha distancia entre querer y poder. Por otra parte, los incendios convenidos entre los conjurados habían sublevado a la multitud; para el mercader, para todo hombre que prestase culto a los intereses materiales, la guerra entre el deudor y el acreedor degeneraba naturalmente en un duelo a muerte; toda la juventud del partido se apiñaba en derredor del Senado, rugiendo y exasperada, y amenazando, espada en mano, a los cómplices declarados o encubiertos de Catilina. La conjuración estaba en este momento paralizada; si aún quedaban libres algunos de sus agitadores, todo el estado mayor, todos los encargados de la ejecución de los planes estaban presos o habían huido, y el ejército reunido en

Fésula no podía ya hacer nada, no estando apoyado por una insurrección en Roma.

En toda República regular, cuando ha terminado la crisis política, todo lo que resta es cuestión del ejército y de los tribunales. Pero tal era el desarreglo del Gobierno en Roma, que no se sentía con fuerzas para tener en los calabozos a dos o tres hombres de la nobleza. Ya comenzaban a agitarse los esclavos, los emancipados de Léntulo y de sus cómplices, detenidos como él; todo se preparaba, según se decía, para arrancarlos por medio de la violencia de las casas en donde estaban detenidos con guardias de vista. Durante las agitaciones anárquicas de los últimos años, habían surgido en la ciudad verdaderos empresarios-destajistas de desórdenes y motines; advertido Catilina de lo que pasaba, estaba a las puertas, y podía en cada momento intentar con sus bandas un golpe de mano. Es imposible decir lo que había de cierto en estos rumores; pero había fundamento para temerlo todo, principalmente cuando, conforme a la ley constitucional, no tenían los cónsules en su poder ni tropas ni policía bastante. Roma pertenecía en realidad a la primera banda que cayese sobre ella. Se decía en voz alta que para impedir las tentativas en favor de los prisioneros, convenía condenarlos a muerte sin formar proceso. Pero al hacer esto, se violaba la ley. Con arreglo a los términos del antiguo y sacrosanto derecho deapelación al pueblo, para sentenciar a pena capital a un ciudadano, debía reunirse la asamblea popular; ningún magistrado podía suplirla en este oficio; y después del establecimiento de los tribunales del jurado, habían caído en desuso los juicios públicos y no se había oído pronunciar la pena de muerte. Cicerón hubiera, pues, preferido resistir a las temibles sugerencias de la opinión. Por escéptico que fuese en punto a derecho, no ignoraba como abogado las

ventajas que trae consigo el renombre de liberalismo, mientras que el derramamiento de sangre le conducía a la eterna ruptura con la democracia. Pero todo lo que le rodeaba, y hasta su mujer (la cual pertenecía al buen mundo), le obligaba a coronar con un acto atrevido los servicios que acababa de hacer a la patria. Entonces el cónsul, teniendo gran cuidado de no parecer débil (esto es propio de los pusilánimes), y temblando en el fondo ante la temible tarea que se imponía, convocó al Senado; en su perplejidad, le dejó decidir de la vida o de la muerte de los cuatro prisioneros. ¡Conducta verdaderamente inconsecuente! El Senado tenía menos poderes legales de jurisdicción que el magistrado supremo, y la responsabilidad legal del acto pertenecía completamente al cónsul; pero desde cuándo la cobardía conoce la lógica? César echó el resto para salvar a los culpables, y su discurso, lleno de amenazas disfrazadas y de alusiones a la inevitable y próxima venganza de la democracia, hizo una profunda impresión en todos los espíritus. Ya todos los consulares y la gran mayoría habían opinado por la ejecución inmediata; y, sin embargo, he aquí que la mayor parte, y Cicerón entre ellos, parece que querían volver a las antiguas formas legales. Pero estaba allí Catón, el del espíritu estrecho y arisco, tachando de complicidad a todo aquel que sostuviese un parecer más humano; mostró a sus colegas que estaba dispuesto el motín para librar a los cautivos; llenó aquellas almas asustadas y vacilantes de un mayor terror, y, por último, les arrancó la resolución favorable a sus deseos. La ejecución del senado-consulto correspondía al que lo había puesto a la deliberación. En la noche del 5 de diciembre, a una hora avanzada, sacaron a los culpables de las casas en donde se les custodiaba. Atravesaron el Fórum, que aún llenaba la multitud, y fueron colocados en la prisión donde

se encerraba antes a los criminales condenados a muerte. Era ésta un sombrío calabozo subterráneo, al pie del Capitolio, y que antes había sido pozo o taza de una fuente (el Tulianum). El cónsul en persona condujo a Léntulo, y los pretores a los demás, todos con buena escolta; nadie intentó librarlos. Nadie sabía lo que se iba a hacer con ellos, si se los colocaba simplemente en un lugar seguro, o los llevaban al suplicio. En la puerta de la prisión fueron entregados a los triunviros que tenían a su cargo las ejecuciones capitales y, en cuanto se los bajó a los calabozos, fueron inmediatamente degollados a la luz de las antorchas.

De pie, cerca de la puerta, había esperado el cónsul el fin del drama siniestro; al poco volvió a atravesar el Fórum, dirigiendo, con su voz clara y bien conocida, a la muchedumbre muda y ansiosa esta simple expresión: «Han vivido (*vixerunt*)». El pueblo circuló por las calles hasta media noche, aclamando a Cicerón, de quien se creía deudor de la salvación de sus casas y de sus bienes. El Senado ordenó publicar una acción de gracias; y los principales de la nobleza, Catón y Quinto Cátulo, saludaron con el nombre de «Padre de la patria», tributado por primera vez a un ciudadano, al autor de la sentencia ejecutada en el Tulianum. De cualquier modo, este fue un acto cruel, y tanto más cuanto que el pueblo lo estimaba grande y meritorio. Nunca Gobierno alguno se mostró menos a la altura de su misión que la República romana en esta noche fatal, en que votando a sangre fría la mayoría del poder, y con el asentimiento público, dispuso sin proceso de la vida de presos políticos, culpables sin duda de actos punibles pero que hasta entonces no habían incurrido aún en la pena capital; por lo que se les asesinó a toda prisa porque no se osaba confiarlos a la prisión, porque la policía regular era impotente. La tragedia tiene casi siempre en la historia su

lado cómico, y aquí el rasgo que hay que notar es ver que se verifica la crueldad más tiránica por la mano del más inconsecuente y timorato de los hombres de Estado que tuvo Roma; es ver al «primer cónsul popular» que tuvo la República; elegido, en cierto modo, para atacar el derecho de apelación, el *paladium* de las antiguas libertades romanas.

Reprimida la conspiración en la ciudad aun antes de haber estallado, faltaba sólo vencer la insurrección de Etruria. Catilina había encontrado allí reunidos a unos 2000 hombres próximamente; pero se quintuplicó esta cifra al poco tiempo con los reclutas que llegaban en tropel; ya tenía casi dos legiones completas, de las que sólo una cuarta parte estaba suficientemente armada. Se internó en la montaña, evitando el choque con las tropas de Antonio, pues prefería concluir la organización de su pequeño ejército y esperar la explosión de la insurrección en Roma. Se supo en estos intermedios el mal éxito de los sucesos, e inmediatamente se desbandaron sus tropas, volviendo a sus casas los menos comprometidos. Los demás, gente más determinada o impelida por la desesperación, intentaron franquear los Apeninos y huir a la Galia; pero cuando llegaron al pie de la montaña, no lejos de Pistoia, se encontraron cogidos, por decirlo así, entre dos fuegos. Delante estaba apostada la división de Quinto Metelo, que había acudido de Rávena y de Ariminum (Rimini), y defendía las vertientes septentrionales; detrás estaban las legiones de Antonio, a quien sus oficiales habían convencido al fin a marchar y hacer la campaña en medio del invierno. Se empeñó la batalla entre los soldados de la República y los insurrectos en el fondo de un valle estrecho, dominado por altas rocas; en cuanto al cónsul, no quiso ser el ejecutor de la vindicta pública contra su antiguo aliado, y bajo un pretexto cualquiera, había designado el mando aquel día en Marco

Petreyo, viejo capitán, encanecido en el ejercicio de las armas. El terreno no ofrecía ventajas al mayor número. Catilina, lo mismo que Petreyo, colocó a vanguardia a sus hombres más seguros; nadie daba ni recibía cuartel. El combate duró mucho tiempo, y por ambas partes cayeron gran número de valientes. En el momento de venir a las manos había mandado Catilina retirar su caballo y los de todos sus oficiales, mostrando en este día que la naturaleza lo había hecho para un destino poco común, sabiendo mandar como general y combatir como soldado. Por último, Petreyo rompió con su guardia el centro enemigo, al que dispersó, y se volvió a la vez contra las dos alas; su movimiento decidió la victoria. Los cadáveres de los soldados de Catilina cubrían el suelo en número de unos 3000, perfectamente colocados en su línea de combate; respecto a su jefe y a los demás oficiales, se habían arrojado sobre los romanos, cuando lo vieron todo perdido, buscando y encontrando allí la muerte (a principios del año 692). Victorioso Antonio, a pesar suyo, recibió del Senado el título de *Imperator*, título afrentoso en realidad. Nuevas funciones de acción de gracias atestiguaron que todos, gobernantes y gobernados, se habían acostumbrado ya a la guerra civil.

## CESAR

Tenía apenas cincuenta y seis años el nuevo señor de Roma, Cayo Julio César (nació el 12 de julio del 652), el primero de los soberanos a quienes rindió vasallaje el antiguo mundo grecorromano, cuando tras la victoria de Thapsos, último de sus grandes hechos de armas, puso en sus manos el cetro y los destinos del mundo. ¡Pocos hombres han logrado ver sometida a tan gran prueba su actividad! ¿Pero no fue por ventura Julio César el único genio creador que ha dado Roma, y el último que la Antigüedad ha producido? Descendiente de una de las más antiguas y nobles familias del Lacio, cuya genealogía se remontaba a los héroes de la Ilíada y a los reyes romanos y alcanzaba a Venus Afrodita, diosa común a las dos naciones, había llevado en su infancia y adolescencia la vida propia de los jóvenes nobles de su tiempo. Tipo acabado del hombre a la moda, recitaba y declamaba, era literato y componía versos cuando se hallaba descansando en su cama; era experto en todo linaje de asuntos amorosos, conocía los más nimios detalles del tocador, cuidando con esmero de sus cabellos, de su barba y de su traje y tenía, sobre todo, gran habilidad en el arte misterioso de levantar diarios empréstitos y de no pagar nunca. Pero su naturaleza, de flexible acero, pudo resistir a esta vida disipada y licenciosa, conservando intactos el vigor del cuerpo y el expansivo fuego de su corazón y de su espíritu. En la esgrima, o en montar a caballo, no había ninguno de sus soldados que se le igualase; en cierta ocasión, hallándose delante de Alejandría, salvó su vida nadando sobre las encrespadas olas. Cuando estaba en campaña, hacía casi siempre las marchas durante la noche, con objeto de ganar tiempo, contrastando su increíble rapidez con la

majestuosa lentitud de los movimientos de Pompeyo, y a esa misma rapidez, que maravillaba a sus contemporáneos, debió Julio César buena parte de sus victorias. Sus cualidades de alma corrían parejas con las condiciones de su cuerpo; en sus órdenes, siempre seguras y de fácil ejecución, aun cuando fueran dadas lejos del campo de operaciones, se reflejaba su admirable golpe de vista. Su memoria era incomparable; con frecuencia se ocupaba a la vez en muchos asuntos, sin embarazo y sin tropiezo alguno. Sin embargo de ser hombre del gran mundo, hombre de genio y árbitro de los destinos de Roma, tuvo abierto su corazón a tiernos sentimientos. Durante toda su vida rindió un culto de cariño y veneración a su digna madre Aurelia (César, siendo muy joven, había perdido a su padre). Fue en extremo complaciente con sus hermanas, y muy particularmente con su hija Julia, complacencia que no dejó de influir en los asuntos políticos. Con los hombres más inteligentes y de más carácter de su tiempo, fuesen de alta o de humilde condición, había anudado las mejores relaciones de una recíproca amistad, tratando a cada uno según su carácter; y, lejos de caer en la pusilánime indiferencia de Pompeyo para con sus amigos, jamás abandonó a sus partidarios, los cuales, sostenidos por él sin ningún cálculo egoísta, así en la próspera como en la adversa suerte, muchos, entre ellos Aulo Hircio y Cayo Macio, le dieron aun después de su muerte noble testimonio de su adhesión. El único rasgo predominante y característico de esta maravillosa organización, cuyas cualidades estaban perfectamente equilibradas, era el desvío que mostraba hacia todo lo ideológico y fantástico. César era apasionado: sin pasión no hay genio; pero en él la pasión no tuvo una gran fuerza. Había sido joven: el canto, los placeres de Baco y de Venus habían tenido una grande influencia en las

facultades de su espíritu; jamás, sin embargo, se entregó por entero a estas pasiones. La literatura fue para él una ocupación seria y duradera; pero así como el Aquiles de Homero había quitado el sueño a Alejandro, César consagró largas veladas al estudio de las desinencias de los sustantivos y de los verbos latinos. Escribía versos, como todas las gentes de su tiempo, mas sus versos eran flojos; en cambio mostraba gran interés por las ciencias astronómicas y naturales. Alejandro, para alejar de sí los cuidados, se entregó a la bebida, y entregado a ella estuvo hasta el fin de sus días; el sobrio romano abandonó esta pasión cuando hubieron pasado los años de su fogosa juventud. Todos aquellos que en su adolescencia han sido afortunados en las lides amorosas conservan siempre un imperecedero recuerdo de aquellos tiempos y como un reflejo de la brillante aureola con que se vieron un día coronados; tal aconteció a César: las aventuras y galanteos fueron achaque suyo aun en la edad madura; en su aire conservaba una cierta fatuidad o, mejor dicho, cierta satisfacción de las ventajas exteriores de su varonil belleza. Cubría cuidadosamente su cabeza, calva muy a pesar suyo, con la corona de laurel, sin la cual no se presentaba jamás en público, y habría dado gustoso la mayor de sus victorias por recobrar la flotante cabellera que en su juventud le adornaba. Aunque se complacía en el trato con las mujeres, siendo ya el verdadero emperador de Roma no las consideró sino como un mero pasatiempo, ni les dejó la más leve sombra de influencia. Se ha hablado mucho de sus amores con Cleopatra; pero es lo cierto que si se entregó a ellos al principio, fue para ocultar el punto débil de la situación del momento. Como hombre positivo y de claro entendimiento, se ve en sus concepciones y en sus actos la fuerte y penetrante influencia de un sobrio pensamiento; su

rasgo esencial era el no embriagarse nunca. De aquí que pudiera desplegar toda su energía en el momento oportuno, sin extraviarse en los recuerdos ni en las esperanzas; de aquí su fuerza de acción, reunida y desplegada cuando había de ello verdadera necesidad; de aquí su genio, obrando en las menos ocasiones a favor del interés más pasajero; de aquí esa poderosa facultad de abrazar y dominar todo lo que la inteligencia concibe y todo lo que la voluntad quiere; esa fácil seguridad, así en la disposición de los períodos, como en la de un plan de batalla; esa maravillosa serenidad que no le abandonó nunca, ni en sus buenos ni en sus malos tiempos; de aquí, por último, esa completa independencia que no se dejó jamás arrebatar ni por un favorito, ni por una dama, ni por un amigo. Esta misma perspicacia de su espíritu no le permitía hacerse ilusiones sobre la fuerza del destino y el poder del hombre: a su presencia se había levantado el velo bienhechor que nos oculta la debilidad de nuestro esfuerzo en la tierra. Por sabios que fueran sus planes, aunque hubiese previsto todas las eventualidades de una empresa, comprendía que el éxito de todas las cosas depende en gran manera del azar, y con frecuencia se le vio comprometerse en las más arriesgadas empresas, y exponer su propia persona a los peligros con la más temeraria indiferencia. Es, pues, muy cierto que los hombres de un entendimiento superior se entregan voluntariamente a los azares de la suerte, y no ha de maravillarnos, por lo tanto, que el racionalismo de César llegase a parar en un cierto misticismo.

De tal organización había de salir necesariamente un hombre de Estado, y César lo fue, en toda la acepción de la palabra, desde su juventud. El fin que se propuso fue el más alto que se puede proponer hombre alguno: levantar en el orden político, militar, intelectual y moral a su nación del

decaimiento a que había llegado, y levantar asimismo a la nacionalidad helénica, esta hermana estrechamente ligada a su patria, y que se hallaba aún más postrada que ella. Después de treinta años de experiencia, cuyas severas lecciones no podían ser estériles para un hombre como César, modificó sus opiniones sobre el camino que debía seguir y los medios de que se había de valer, proponiéndose el mismo fin en los días de infortunio, cuando no abrigaba ninguna esperanza en el porvenir, que en la época de su omnipotencia; en los días en que, demagogo y conspirador, penetraba en un sombrío laberinto, que en aquellos en que compartiendo con otro el poder soberano o siendo absoluto señor de Roma, trabajaba en su obra a la luz del día y a la faz del mundo. Todas las medidas que él había tomado en diversas ocasiones iban encaminadas a la realización de los vastos planes que se había propuesto. Parece, en verdad, que no pueden citarse hechos aislados llevados a cabo por él, porque ninguno ha realizado. Con justicia se alabarán en él al orador de energética palabra, que desdeñaba los artificios retóricos y persuadía y arrebataba al auditorio con su vivo y claro ingenio. Con justicia se admirará en él al escritor que se distingue por la inimitable sencillez de su composición, por la singular pureza y belleza del lenguaje. Con justicia los hombres entendidos en el arte de la guerra en todos los siglos han considerado a César como un gran general. Nadie mejor que él, abandonando los procedimientos tradicionales y rutinarios, ha sabido inventar la estrategia que en el momento oportuno conduce a la victoria, a la que desde entonces es la verdadera victoria. ¿No ha inventado para cada fin los buenos medios, dotado de una seguridad que casi parecía adivinación? ¿No estaba siempre, aun después de una derrota, dispuesto a resistir, a combatir de nuevo y, como Guillermo de Orange, a no terminar la

campaña sin haber derrotado al enemigo? El secreto principal de la ciencia de la guerra, aquel por donde se distingue el genio del gran capitán del talento vulgar del oficial, el rápido impulso comunicado a las grandes masas, lo ha poseído César, y lo ha utilizado con una perfección admirable; nadie le ha sobrepujado en esta cualidad; él ha sabido encontrar el éxito de las batallas, no en la superioridad de sus fuerzas, sino en la rapidez de sus movimientos; no en los lentos preparativos, sino en la acción rápida y aun temeraria cuando conocía la insuficiencia de sus recursos.

Pero todas estas no eran más que cualidades secundarias: llegó a ser un gran orador, un gran escritor y un insigne general, porque era un eminente *hombre de Estado*. El carácter militar es en Julio César de muy secundaria importancia; uno de los rasgos que más le distinguen de Alejandro, de Aníbal y de Napoleón es el haber empezado su carrera política en la demagogia, y no en el ejército. Al principio había esperado llegar a la realización de sus proyectos, como Pericles y como Cayo Graco, sin tener necesidad de hacer uso de las armas; habiendo estado dieciocho años a la cabeza del partido popular, no había abandonado nunca los tortuosos senderos de las cábaldas políticas, hasta que habiéndose convencido, no sin pena, a la edad de cuarenta años, de la necesidad de apoyarse en los soldados, tomó por fin el mando de un ejército. Y aun después de esto, continuó siendo un hombre de Estado antes que general distinguido; de la misma manera Cromwell, jefe al principio de un partido de oposición, llegó a ser sucesivamente capitán y rey de la de la democracia inglesa, pudiendo decirse, si es que puede haber comparación entre el rudo héroe puritano y el atildado romano, que aquél es entre todos los grandes hombres de Estado el que más se

asemeja a César, así por las vicisitudes de su carrera, como por el fin que se proponía.

Hasta en la manera de dirigir la guerra se veía en César al general improvisado. Cuando Napoleón preparaba sus expediciones a Egipto y a Inglaterra, se manifestó en él el gran capitán formado en la escuela del oficial de artillería; en César se descubría el demagogo convertido en general en jefe. ¿Qué táctico de profesión, por razones puramente políticas y no siempre absolutamente imperiosas, habría despreciado, como lo hizo César con frecuencia, y sobre todo cuando desembarcó en Epiro, las prudentes enseñanzas de la ciencia militar? Bajo este punto de vista, más de una de sus empresas podrían ser censuradas; pero lo que perjudique al general, enaltecerá al hombre de Estado. La misión de éste es universal por su naturaleza, y universal era el genio de César. Por múltiples y separadas en el tiempo que fueran sus empresas, todas se dirigían a un gran fin, al cual permaneció siempre fiel sin desviarse de él un punto; en el inmenso movimiento de una actividad que a todas partes se dirigía, jamás sacrificó un detalle por otro. Aunque era un consumado estratega, hizo todo lo posible, obedeciendo a consideraciones políticas, para evitar que estallara la guerra civil, y cuando la consideró inevitable, puso de su parte para que no se ensangrentaran sus laureles. Aunque fundador de una monarquía militar, se opuso con una energía sin ejemplo en la historia, a que se elevara una jerarquía de generales o un régimen de pretorianos; y, en fin, como último y principal servicio a la sociedad civil, prefirió siempre las ciencias y las artes de la paz a la ciencia militar. Bajo su aspecto político, el carácter predominante es una perfecta y poderosa armonía. La armonía es, sin duda, la más difícil de todas las manifestaciones humanas; en la persona de Julio César todas las condiciones se reunían para

producirla. Espíritu positivo y amante de la realidad, no se dejó jamás seducir por las imágenes del pasado ni por las supersticiones de la tradición; en los asuntos políticos, no atendía sino a la realidad presente, a la ley motivada en razón; de la misma suerte, en sus estudios gramaticales rechazaba la erudición histórica de la Antigüedad, y no reconocía otra lengua que la usual ni otras reglas que la uniformidad. Había nacido soberano, y ejercía sobre los corazones el mismo imperio que el viento ejerce sobre las nubes, atrayendo hacia sí, de grado o por fuerza, las más desemejantes naturalezas, al simple ciudadano y al rudo oficial, a las nobles damas de Roma y a las bellas princesas de Egipto y de Mauritania, al brillante jefe de caballería y al calculador banquero. Su genio organizador era maravilloso. Ningún hombre de Estado, por lo que respecta a las alianzas, ni capitán alguno respecto de su ejército, tuvo que habérselas con elementos más insociables y desemejantes. César los supo amalgamar cuando hizo la conciliación u organizó sus legiones. Ningún soberano juzgó a sus instrumentos y medios de acción con tan penetrante mirada; nadie como él supo asignar a cada uno su lugar.

Él era el verdadero monarca; jamás quiso jugar al *oficio* de rey. Habiendo llegado a ser señor absoluto de Roma, guardó todas las apariencias de un jefe de partido: en extremo dócil y complaciente, de trato sencillo y afable, estando por encima de todos, parecía no pretender otra cosa que ser el primero entre sus iguales. Evitaba el defecto en que incurren con tanta frecuencia los caudillos, el de llevar a la política el duro tono del mando militar, y aunque tuviese algún motivo de disgusto por alguna provocación del Senado, no quiso nunca emplear la fuerza bruta o hacer un 18 Brumario. Era el verdadero monarca sin experimentar el vértigo de la tiranía. Quizá fue el único de los «poderosos

ante el Señor» que en los asuntos más baladíes obedeció siempre a su deber de gobernante, sin guiarse jamás por sus afecciones y caprichos. Volviendo la vista a su pasado, pudo encontrar en él algunos falsos cálculos; pero no halló errores en que la pasión le hubiera hecho incurrir y de los cuales tuviera que arrepentirse. Nada hay en su carrera que nos recuerde los excesos de la pasión sensual, la muerte de un Clito, el incendio de Persépolis, y aquellas poéticas tragedias que la historia une al nombre de su gran predecesor en Oriente. En fin, de todos los que han alcanzado el poder supremo, es quizá el único que hasta el término de su carrera haya conservado el sentido político de lo que era posible e imposible, y no haya fracasado en esta última prueba, la más difícil de todas para las naturalezas superiores: el reconocimiento del justo y natural límite en el punto culminante de los acontecimientos. Cuando una cosa era posible la realizaba, sin que jamás dejase de cumplir un bien por conseguir otro mayor que estaba fuera de su alcance, y cuando un mal se había cumplido y era irreparable, no dejó nunca de poner los paliativos que lo atenuaran; pero una vez pronunciado el fallo del destino, siempre se sometió a él. Habiendo llegado Alejandro al Hipanis, se batió en retirada, y otro tanto hizo Napoleón en Moscú, ambos contrariados e irritados contra la fortuna, que ponía un límite a la ambición de sus favoritos. Sobre el Rin y sobre el Támesis retrocede César voluntariamente, y cuando sus designios le llevan hasta el Danubio o el Éufrates, no se propone la conquista del mundo, sino que busca una frontera segura y racional para el imperio.

Tal fue este hombre, cuyo retrato parece fácil de hacer, y del cual es en extremo difícil trazar el más ligero rasgo. Su naturaleza toda no es sino claridad y transparencia, y la tradición nos ha conservado de él recuerdos más completos

y más vivos que de los otros héroes de los antiguos anales. Se le juzgue a fondo o superficialmente, el juicio será siempre el mismo; ante todo hombre que lo estudie, su figura se presenta con sus mismos caracteres esenciales, y por lo tanto nadie ha sabido todavía reproducirla en su total realidad. El secreto consiste aquí en la perfección del modelo. Humana o históricamente hablando, está colocado César en ese punto en donde vienen a confundirse los grandes caracteres contrarios. Inmenso poder creador e inteligencia infinitamente penetrante, no tiene los inconvenientes de la vejez ni adolece de los defectos de la juventud; todo voluntad y todo acción, su alma está llena del ideal republicano, al mismo tiempo que parece nacido para ser rey. Romano hasta el fondo de su espíritu, y llamado al mismo tiempo a conciliar en el interior y en el exterior las civilizaciones griega y romana, es César el gran hombre, el hombre completo. También le faltan más que a ninguna otra figura importante en la historia esos rasgos que se dicen *característicos*, que no son en verdad sino las desviaciones del desarrollo natural del ser humano. Si algún detalle nos parece en él individual al primer golpe de vista, desaparece cuando se le considera de cerca, y se pierde en el tipo más vasto de la nación y de su siglo. En sus aventuras de joven imitó a sus contemporáneos y a sus opulentos iguales; su natural, no refractario a la poesía pero enérgicamente lógico, es el natural del ciudadano romano. Como hombre, su verdadera manera de serlo fue sabiendo regular y medir admirablemente sus actos según el tiempo y el lugar. El hombre, en efecto, no es un ser absoluto: vive y se mueve en conformidad con su nación, con la ley de una civilización determinada. Sí, César es completo porque supo, mejor que nadie, colocarse en medio de la corriente de su siglo y porque, mejor que todos, poseyó la actividad real y práctica

del ciudadano romano, esa sólida virtud que fue la propiedad de Roma. El helenismo no es en él otra cosa que la idea griega fundida y transformada a la larga en el seno de la nacionalidad itálica. Pero en esto es en lo que consiste la dificultad y, podría decirse, la imposibilidad de retratarlo.

El artista puede ensayar toda suerte de retratos, pero se detiene en presencia de la belleza absoluta; lo mismo acontece al historiador: es más prudente que guarde silencio cuando una vez en mil años se encuentra enfrente de un tipo acabado. La regla se puede expresar sin duda, pero no nos da jamás sino una noción negativa: la de la ausencia de toda falta; nadie sabe traducir este gran secreto de la naturaleza, la alianza íntima de la ley general y de la individualidad en sus creaciones más acabadas. ¡Dichosos aquellos a quienes fuera dado contemplar de lleno la perfección, y reconocerla al resplandor del rayo de brillante luz que cubre las obras inmortales de los grandes hombres! Y, sin embargo, el tiempo ha marcado en ellas sus caracteres indelebles. El romano había observado la misma conducta que su joven y heroico predecesor en Grecia o, mejor dicho, le había excedido; pero en el intervalo transcurrido entre la vida de uno y otro héroe, había envejecido el mundo y oscurecido su cielo. Los trabajos de César no son, como los de Alejandro, una entretenida conquista, avanzando en una extensión sin límites; a él le fue forzoso construir sobre las ruinas y con las ruinas mismas; por vasta que fuera su empresa, era limitada, y tuvo necesidad de aceptarla, sosteniéndose en ella y asegurándola lo mejor que pudo. La musa popular no se ha equivocado en el carácter de estos dos héroes y, prescindiendo del positivo romano, ha adornado al hijo de Filipo de Macedonia con los más bellos colores de la poesía y con el arco iris de las leyendas. En su vida política, después del

transcurso de muchas centurias, se ven conducidas incesantemente las naciones a la línea que la mano de César les trazara. Si los pueblos que comparten la posesión de la tierra dan su nombre a sus más altos monarcas, ¿no puede verse en esto una lección tan profunda como humillante?

Suponiendo que Roma pudiera salvarse del abismo de sus incurables miserias y rejuvenecerse alguna vez, era preciso, ante todo, restablecer la tranquilidad en el país y separar aquellos montones de escombros que cubrían el suelo después de las últimas catástrofes. César emprendió esta obra sobre la base de la reconciliación de los antiguos partidos o, más bien (pues no se puede hablar de paz cuando existen antagonismos irreconciliables), hizo de manera que ambos, la nobleza y el partido popular, abandonasen el campo donde habían librado reñidas batallas, para reunirlos a la sombra de una nueva Constitución monárquica; la primera necesidad era ahogar para siempre las discordias del pasado republicano. Mientras que por una parte ordenaba que se volviesen a levantar las estatuas de Sila, que la plebe romana había destruido al tener noticia de la batalla de Farsalia, haciendo ver con esto que sólo la Historia tiene derecho a juzgar al hombre grande, por otra suspendía la ejecución de las leyes de proscripción del dictador, algunas de las cuales estaban todavía en vigor; abría las puertas de la patria a los últimos desterrados de las revoluciones de Cina y Sertorio, y reintegraba a los hijos de los proscritos de Sila en el derecho de ser elegidos para los cargos de la República. De igual manera, restituyó en su silla senatorial o en sus derechos de ciudadanía a los numerosos personajes que, en tiempo de las anteriores crisis, habían sufrido la eliminación del censor o sucumbido bajo el peso de los procesos políticos y, sobre todo, a las muchísimas personas que por acusaciones habían

sido víctimas de las leyes de proscripción del año 702. Los que sobornados por el oro fueron asesinos de los proscritos quedaron, como era justo, con la nota de infamia, y Milón, el más desvergonzado de los *condottieri* del partido senatorial, fue excluido de la general amnistía.

El arreglo de todas estas cuestiones se refería sólo al pasado. Mucho más difícil era la dirección de los partidos, todavía enconados y enfrentados los unos a los otros. Por una parte, tenía César necesidad de los demócratas que le seguían; por otra, estaba la aristocracia arrojada del poder. Menos aún que esta última, los demócratas podían acomodarse a la actitud de César, después de la victoria que habían alcanzado, ni aceptar la orden con que se les intimaba a abandonar las posiciones tomadas. César, en suma, quería lo que había deseado Cayo Graco; pero las miras de los cesarianos en nada se parecían a las de los partidarios de los hijos de Cornelia. Por una progresión siempre creciente, había pasado el partido popular de la reforma a la revolución, de la revolución a la anarquía, y de la anarquía a la guerra contra la propiedad; solemnizaban los recuerdos del régimen del terror, y adornaban con flores y coronas la tumba de Catilina, como antes lo hacían con la de los Gracos. Alistándose bajo las banderas de César, habían esperado de él lo que Catilina no pudo darles; bien pronto se convencieron de que el ilustre romano pretendía otra cosa que ser el ejecutor testamentario del gran conspirador, y que a lo sumo procuraba que se diese a los deudores algunas facilidades y prorrrogas para el pago de sus deudas; entonces se hicieron oír amargas recriminaciones, y el partido popular decía: «¿A qué conduce nuestra victoria, si el resultado de ella no ha sido favorable al pueblo?». Esta muchedumbre, pequeños y grandes, que se había prometido saturnales políticas y financieras, volvió después los ojos

hacia el partido de Pompeyo. Durante los dos años de la ausencia de César (desde enero del 706 al otoño del 707), se agitaron y fomentaron en Italia una guerra civil dentro de otra guerra civil. El pretor Marco Celio Rufo, de noble alcurnia, mal pagador de sus deudas, hombre de talento por otra parte y de bastante cultura, que había sido hasta entonces uno de los más celosos campeones de César, fogoso y elocuente en el Senado y en el Fórum, se había atrevido un día a presentar al pueblo, sin el consentimiento de su jefe, una ley por la cual se daba a los deudores seis años de prórroga sin interés para el pago de sus deudas; y como se le hiciese oposición, había propuesto que no se admitiesen en juicio las demandas de préstamo y de pago de alquileres corrientes de las casas; por lo cual el Senado cesariano le destituyó de su cargo. Sucedía esto cuando se libraba la batalla de Farsalia; parecía que la suerte favorecía a Pompeyo. Rufo, entonces, hizo alianza con Milón, el antiguo senador y antiguo cabecilla de las facciones, y ambos intentaron la contrarrevolución, consignando entre sus principios el sostenimiento de la forma republicana, la abolición de las deudas y la libertad de los esclavos. Milón había abandonado Massalia, lugar de su destierro, y llamado a las armas en la región de Thurium a los pompeyanos y a los esclavos pastores, mientras que Rufo, armando también a los esclavos, se disponía a tomar a Capua; su proyecto fue descubierto antes de que llegara a ejecución, delatándole los mismos capuanos. Se dirigió Quinto Pedio con una legión al territorio de Thurium, dispersando las partidas que allí merodeaban; y la muerte de los dos cabecillas puso término bien pronto a aquel escandaloso tumulto (706). Otro insensato, Publio Dolabela, tribuno de la plebe, cargado de deudas como Rufo y Milón, pero de menos inteligencia que ellos, se presentó al año

siguiente (707) en escena, poniendo sobre el tapete la ley sobre las deudas y sobre los alquileres, con lo cual se encendió por última vez la guerra social. Le hizo frente su colega Lucio Trebelio; de ambos lados chocan partidas armadas y pelean y promueven escándalos en las calles, en ocasión en que Marco Antonio, pretor de Italia, vino con sus soldados a poner término a aquellas contiendas. Bien pronto, habiendo vuelto César de Oriente, sometió a aquella turba de insensatos. A esta necia tentativa de renovar el drama de Catilina prestó tan poca importancia, que consintió que Dolabela permaneciese en Italia, y le perdonó al poco tiempo. Contra estos miserables, para quienes nada significaba la cuestión política, y cuyo objetivo era la guerra a la propiedad, bastaba, como contra las hordas de malhechores, que hubiese un gobierno activo y fuerte; César era demasiado grande, demasiado sabio para preocuparse largo tiempo con los *comunistas* de Roma, terror y espanto de la gente pusilánime de toda Italia; al no combatirlos, desdeñó el atractivo de una falsa popularidad para su monarquía.

Pero si podía abandonar, y abandonaba sin temor, la moribunda democracia a su próxima y total descomposición, necesitaba apoderarse de la antigua aristocracia, que era infinitamente más poderosa. Aun cuando reuniera contra ella todos los medios coercitivos y de combate, no lograría por eso darle el golpe de gracia, lo cual sólo era obra del tiempo; se preparaba, sin embargo, y se aceleraba el término fatal. Movido, por otra parte, por un sentimiento natural de conveniencia, evitó César las vanas jactancias que irritan a los partidos caídos, y no quiso los honores del triunfo por las victorias alcanzadas contra sus conciudadanos; frecuentemente hablaba de Pompeyo y siempre con estimación, y cuando restauró el Senado, al

levantar la estatua de su rival, que el pueblo había derribado, en el mismo sitio que estaba antes, limitó cuanto le fue posible las medidas de rigor político. Ninguna información se hizo con motivo de las múltiples inteligencias que los constitucionales habían tenido poco antes con los cesarianos, que sólo lo eran de nombre. Arrojó al fuego, sin leer una línea, los montones de papeles encontrados en el cuartel general del enemigo en Farsalia y en Thapsos, y se evitó él, y evitó al país el odioso espectáculo de los procesos políticos formados contra los personajes sospechosos de traición.

Despidió, en fin, libre e impunemente a los simples soldados pompeyanos, cuyo único delito era el haber seguido en la guerra a sus oficiales romanos o de las provincias; sólo exceptuó a los ciudadanos que se habían alistado en el ejército del rey de Numidia, a los cuales se les confiscaron sus bienes, pena con que se castigaba la traición contra Roma. Aun a los mismos oficiales perdonó incondicionalmente, hasta el fin de la guerra de España en 705; pero habiéndole dado a conocer los acontecimientos que había sido en exceso indulgente, creyó indispensable castigar a los jefes. A partir de esta fecha decidió que cualquiera que después de la capitulación de Ilerda hubiera servido a título de oficial en las filas enemigas o tomado asiento en el anti-Senado había incurrido, si sobrevivía a la guerra, en la pena de la pérdida de su fortuna y de sus derechos civiles, y si había muerto, en la de confiscación de sus bienes en beneficio del Tesoro; y que si uno de los amnistiados era cogido con las armas en la mano, fuese castigada su traición con la pena capital. A pesar de este rigor desplegado en las leyes, apenas tuvieron ejecución, y de los muchos relapsos que había, fueron muy pocos los que sufrieron la última pena. En cuanto a los bienes confiscados

a los pompeyanos muertos, fueron pagadas religiosamente las deudas que gravaban sobre las fincas, las dotes de las viudas les fueron entregadas, y César mandó también que se diese a los hijos una parte de la herencia de sus padres. Después de esto, muchos de los condenados al destierro y a la confiscación de bienes obtuvieron gracia del vencedor; otros, los ricos comerciantes de África por ejemplo, que habían tomado asiento obligados y contra su voluntad en el Senado de Utica, se libraron del castigo mediante una multa. A los demás, sin excepción, puede decirse les eran devueltos sus bienes y libertad a poco que implorasen el perdón de César; y más de uno, como el consular Marco Marcelo (cónsul en 703), obtuvo el perdón sin haberlo solicitado. Para terminar, una amnistía general en el año 710 abrió las puertas de Roma a todos los deportados.

A pesar de haber aceptado la amnistía, no se reconcilió con César la oposición republicana. Por doquiera se echaba de ver el descontento contra el nuevo orden de cosas; en todas partes se sentía un profundo odio contra un emperador al cual no podían acostumbrarse. Empero no era ya ocasión de resistir abiertamente. Livianas demostraciones eran, en efecto, las de algunos tribunos hostiles, que aspiraban a la corona del martirio, y que a propósito del título ofrecido al dictador, se enconaban contra aquellos que le habían llamado rey. Pero el republicanismo vivía en los espíritus en estado de decidida oposición con sus ardides y agitaciones secretas. Nadie se movía cuando el emperador se presentaba en público. Abundaban los carteles y pasquines llenos de mordaces y cáusticas sátiras contra la nueva monarquía; si un comediante se permitía una alusión republicana, era saludado con atronadores aplausos. El elogio de Catón era el tema obligado de los autores de folletos, y los escritos de éstos encontraban lectores tanto

más benévolos cuanto mayor era la licencia que se permitían. Todavía combatía César, en esta ocasión, a los republicanos con sus propias armas; a los panegíricos del héroe contestaban él y sus confidentes con escritos *anticatonianos*, viéndose a los escritores de oposición y cesarianos luchar sobre la memoria del ciudadano muerto en Utica, como en otros tiempos griegos y troyanos peleaban sobre el cadáver de Patroclo. Bien se comprende que en este combate, en que el partido republicano estaba juzgado, la victoria había de ser de César. ¿Qué le tocaba hacer sino atemorizar a los literatos?

Los más conocidos y temibles, Nigidio Figulo y Aulo Cecina, obtuvieron más difícilmente que los otros la facultad de regresar a Italia, y aquellos a quienes se toleró que permaneciesen en ella, estuvieron sometidos a una verdadera censura, tanto más cruel cuanto que la medida de la pena era puramente arbitraria. Ya daremos cuenta más ampliamente, y colocándonos en otro punto de vista, del movimiento y del encono de los antiguos partidos políticos contra el Gobierno, bastándonos ahora con decir que en toda la extensión del imperio se levantaban a cada momento pretendientes e insurrecciones republicanas; que los focos de la guerra civil, alimentados unas veces por los pompeyanos y otras por los republicanos, la volvían a encender en diferentes lugares, y que en Roma había una permanente conspiración contra la vida del emperador. Despreciando César las conspiraciones, no quiso jamás rodearse de una guardia adicta a su persona; se contentaba las más de las veces con denunciarlas por un aviso público cuando lograba descubrirlas. Pero por temerario o indiferente que se mostrase en aquellas cosas que a su seguridad personal se referían, no podía disimular los terribles peligros con que muchedumbre de descontentos amenazaban, no tan sólo su

propia vida, sino también su obra de reconstitución social. Y si sordo a las advertencias y excitaciones de sus amigos, y no haciendo caso del odio irreconciliable de aquellos a quienes había perdonado, persistía, con la energía de una admirable calma, en perdonar siempre a sus adversarios, cuyo número aumentaba diariamente; esto no era en él, ni la caballeresca magnanimitad de un altivo carácter, ni la complacencia de una naturaleza débil. El hombre político había calculado sabiamente que los partidos vencidos se absorben más pronto en el Estado y son menos peligrosos siguiendo con ellos una política de tolerancia, que si se trata de destruirlos por la proscripción o de alejarlos por los destierros. Para realizar su gran designio, forzoso le era a César el recurrir al partido constitucional, que no sólo contenía a la aristocracia, sino también a todos los elementos liberales y nacionales que habían sobrevivido entre los ciudadanos de Italia. Queriendo rejuvenecer un Estado viejo, tenía necesidad de todos los talentos, de todos los hombres que se distinguieran por su educación, por el nombre de su familia y por la consideración que hubieran alcanzado; y por esto decía que perdonar a sus adversarios es el más bello florón de la victoria. Se deshizo, por consiguiente, de los jefes más caracterizados, mientras que a los hombres de segunda y tercera fila y a todos los jóvenes concedía un absoluto perdón; pero no les permitió que se encerrasen en la reserva de una oposición pasiva, y de grado, o por fuerza les hizo tomar parte en los asuntos del nuevo gobierno, no rehusándoles ni los honores ni las magistraturas.

Como sucedía a Enrique IV y a Guillermo de Orange, las grandes dificultades eran para él las del *día siguiente*. Tal es la experiencia que se impone a todo revolucionario victorioso; si después de su triunfo no quiere quedar como Cina y Sila, simple jefe de una facción; si, como César,

Enrique IV y Guillermo de Orange aspira, abandonando el programa necesariamente exclusivo de una opinión, a fundar su edificio sobre el interés común de la sociedad, al punto todos los partidos, así el suyo como el de los vencidos, se unen contra el nuevo señor que pretende imponerse; y mientras más grande es su propósito y más puras sus intenciones, mayor es la saña con que le combaten. Los constitucionales y los pompeyanos tributaban a César fingido homenaje, y abrigando en su pecho implacable ira, maldecían la monarquía, o, por lo menos, la dinastía nueva. Cuando, humillados y desacreditados, comprendieron los demócratas que el fin de César no era el que ellos se proponían, se declararon en abierta rebelión contra él, y hasta sus mismos partidarios murmuraban al ver que creaba, no una dictadura, sino un gobierno monárquico exactamente igual a todas las otras monarquías, y que su parte de botín iba disminuyendo por la amnistía concedida a los vencidos. La organización cesariana disgustó a todos desde el momento en que fue dada para amigos y adversarios. La persona de César estaba ahora más en peligro que antes de haber alcanzado la victoria; pero lo que perdía él en popularidad, lo ganaba el nuevo régimen que había dado al Estado. Aniquilando a los partidos, dispersando a sus hombres y atrayendo hacia sí a todos los personajes de talento y de ilustre cuna, a los cuales confería los empleos públicos sin tener en cuenta sus antecedentes políticos, utilizaba todas las fuerzas vivas del imperio para su grande obra de reconstitución; todos los ciudadanos, cualquiera que fuese su color político, eran obligados a prestarle ayuda, conduciendo él la nación por una suave pendiente, hasta colocarla en la situación que había preparado. Él sabía muy bien que a la sazón no se había verificado sino superficialmente la fusión deseada; que los

antiguos partidos estaban unidos, mucho menos por su adhesión al nuevo orden de cosas que por sus odios; sabía también que una vez unidos, siquiera sea superficialmente, los antagonismos se debilitan, y que un gran político no hace en este punto otra cosa que adelantarse al tiempo. Sólo éste puede extinguir estos rencores a medida que desaparece la generación que los ha alimentado. Jamás intentó César buscar a los hombres que le odiaban o meditaban asesinarle. Era el verdadero hombre de Estado que se consagra al servicio de un pueblo, sin pretender ninguna recompensa, ni siquiera la de la estimación pública; renunciaba a las alabanzas que pudieran tributarle sus contemporáneos, con tal de alcanzar el veredicto de la Historia, y sólo quería ser el salvador y regenerador de la nación romana.

Vamos ahora a dar detallada cuenta de este cambio de la antigua sociedad romana a un nuevo estado y constitución, y consignemos ante todo que César venía, no a comenzar, sino a consumar la revolución. El plan de la nueva ciudad, concebido por Cayo Graco, había sido continuado con más o menos fortuna por sus partidarios y sucesores, que no se desviaron jamás un punto de la obra del ilustre tribuno.

Nacido para ser jefe de un partido popular, y siéndolo también por derecho de herencia, había mantenido César muy alta su bandera durante treinta años, sin cambiar y sin ocultar jamás sus colores y, después de ser rey, continuó siendo demócrata. Al tomar posesión de la herencia de su partido, la aceptó toda entera, a excepción, entiéndase bien, de los salvajes arrebatos de los Catilinas y de los Clodios; abrigó un profundo odio a la causa de la aristocracia, a todos los verdaderos aristócratas, y conservó inmutable la divisa y el pensamiento de la democracia romana, cuyos principios fundamentales eran mejorar la suerte de los

deudores, colonización transmarítima, nivelación insensible de las condiciones jurídicas de todas las clases en el Estado, y poder ejecutivo independiente de la supremacía del Senado.

Fundada sobre estas bases, la monarquía de César, lejos de ser contraria a los principios democráticos, es, sin duda, no tengo inconveniente en repetirlo, la perfección y el término de la democracia, y no tiene nada de común con el despotismo oriental ejercido en nombre del derecho divino; es la misma monarquía que Cayo Graco quiso fundar, la misma que fundaron Pericles y Cromwell; es, por decirlo así, la nación representada por su más alto y más absoluto mandatario. En esto no fue una novedad el primer pensamiento de la obra de César, pero sí lo fue la realización de este mismo pensamiento, que es lo esencial en definitiva; lo fue también la grandeza de la ejecución, grandeza que habría sorprendido al admirable obrero si hubiera sido testigo de su obra; grandeza ante la cual se inclinan todos los que la han contemplado en su radiante esplendor o en el espejo de los anales del mundo, cualesquiera que hayan sido la época y la escuela política a que pertenecieran. En presencia de las maravillas de la naturaleza y de la historia, una emoción profunda embarga a todos los hombres, a cada uno según la medida de su inteligencia, y más profunda es cada día la causada por la contemplación de este grande espectáculo, que será admirado mientras nos dé de él la historia un testimonio evidente.

Esta es la ocasión de que reivindiquemos con energía el privilegio que el historiador se abroga débilmente; hora es esta de protestar contra ese método, en uso entre escritores ligeros y pérpidos, que se sirven de la alabanza y del vituperio como de una frase de estilo usual y común, y que

en el caso presente, fuera de situaciones determinadas, se va volviendo contra César la sentencia pronunciada contra lo que se llama *cesarismo*. Cierto que la historia de los siglos pasados es la lección de los tiempos presentes; pero conviene precaverse contra los errores comunes. Al registrar los anales antiguos, ¿se puede, por ventura, encontrar en ellos los acontecimientos actuales? ¿Puede acaso el médico político recoger allí síntomas y específicos para su diagnóstico y su terapéutica del siglo presente? ¡No! La historia no es instructiva sino en un sentido. Estudiando las civilizaciones de otras épocas, analiza las condiciones orgánicas de la civilización misma, muestra las fuerzas fundamentales semejantes en todas partes y su conjunto siempre diverso, y lejos de preconizar la imitación vacía de pensamiento, nos conduce e incita a obras nuevas e independientes. En este sentido, la historia de César y del *cesarismo* romano, por la grandeza no superada del genio organizador y por la necesidad misma de la obra, ha venido a ser una crítica de la aristocracia moderna, la crítica más amarga que puede escribir jamás historiador alguno. En virtud de esta misma ley de la naturaleza, que hace que el organismo más débil sea incommensurablemente superior a la más artística máquina, la Constitución política más imperfecta, desde el punto en que deja un poco de juego a la libre decisión de la mayoría de los ciudadanos, se hace también infinitamente superior al más humano y original absolutismo. La Constitución es susceptible de progreso y, por consiguiente, vive; el absolutismo es *lo que es*; si progresá, muere. Esta ley natural se ha manifestado también en la monarquía absoluta de Roma: mientras estuvo bajo el primer impulso del genio que la había creado, y fuera de todo estrecho contacto con las naciones extranjeras, el nuevo régimen subsistió allí, más que en ningún otro

Estado, en toda su pureza y en su primera autonomía. Pero como Gibbon ha demostrado hace tiempo, muerto César, el organismo del imperio no se mantuvo unido sino por la fuerza, y su engrandecimiento era puramente mecánico (permítaseme la frase), mientras que por dentro todo se descomponía y perecía. Y si al principio del régimen autocrático, y en el pensamiento del dictador, sobre todo, podía formarse la ilusión y alimentarse la esperanza de que se armonizara el libre desenvolvimiento del pueblo con el poder absoluto, aun bajo el gobierno de los mejores emperadores de la casa Julia, no se pudo probar, sino muy tarde y difícilmente, si era posible, y hasta qué punto, juntar en un mismo vaso agua y fuego.

La obra de César era necesaria y saludable, no porque ella fuera bastante a desarrollar el bienestar nacional, sino porque en el seno del sistema antiguo, basado sobre la esclavitud, totalmente incompatible con el principio de una representación constitucional republicana, en el seno de una ciudad que tenía sus leyes, con las cuales se había escudado durante quinientos años, y que había caído en el vicio de un absolutismo oligárquico, la monarquía militar absoluta había llegado a ser la solución indispensable y lógica, y el menor de los males que podían sobrevenir. Llegará un día en que la aristocracia esclavista de Virginia y de la Carolina avance en este camino, tanto como el patriciado romano de los tiempos de Sila, y entonces surgirá allí el cesarismo, una vez más legitimado por la Historia.

Inaugurándolo en otra parte y en opuestas condiciones sociales, no resultaría sino parodia y usurpación. ¿Rehusará, por ventura, la Historia tributar al verdadero César el honor que le es debido, porque su fallo, en vista de los falsos Césares, pudiera inducir a error a los ignorantes y proporcionar a los malvados una ocasión de falsedad y

engaño? La Historia es como la Biblia, que no puede admitir sino para los insensatos contrasentidos y citas ridículas, y sufre, por otra parte, las interpretaciones que le dan, dejando en su punto lo bueno y lo verdadero.

Tales fueron las bases puestas por César a su monarquía mediterránea. Por segunda vez había venido a parar en Roma la cuestión social a una crisis en que, dada la situación, los antagonismos parecían, y eran en efecto, irreconciliables, y en donde hasta en su expresión y su lenguaje, toda conciliación era y parecía imposible. En tiempos anteriores, la República había debido su salvación a la absorción de Italia en Roma y de Roma en Italia; y en la nueva patria ensanchada y transformada, si los elementos hostiles sobrevivían aún, habían sido al menos rechazados. En esta época era Roma de la misma suerte salvada por la absorción consumada o preparada de las provincias del Mediterráneo; y la guerra social, que en la península itálica no podía terminar sino con el aniquilamiento de la nación, no tenía ya objeto ni campo de batalla en la nueva Italia, extendida sobre un triple continente. Las colonias latinas habían colmado al abismo que amenazaba sepultar a la sociedad romana en el siglo V, y las colonias transalpinas y transmarítimas fundadas por Graco en el siglo VII la libran del precipicio más profundo a la sazón. Sólo para Roma ha hecho la Historia un milagro, que después ha repetido en beneficio de la misma Roma, porque al rejuvenecer dos veces al Estado, la ha librado también dos veces de una crisis interior, en el momento mismo en que el mal llegaba a ser incurable. Hay sin duda mucho de corrupción en este rejuvenecimiento; de la misma manera que la unidad de Italia se consumó sobre las ruinas de las nacionalidades etrusca y samnita, la monarquía mediterránea se levanta a su vez sobre las ruinas de razas y de Estados innumerables

que un día tuvieron vida propia y fueron poderosos. ¿No han salido también de la corrupción Estados jóvenes y vigorosos que están hoy en vías de florecimiento? Los pueblos que sucumbieron y sobre los cuales se asentaba el nuevo edificio no eran sino de un orden secundario, y estaban destinados a desaparecer y nivelarse en el seno de la civilización. Cuando César destruye, no hace más que ejecutar la sentencia de la Historia, que decreta el progreso, y dondequiera que ha encontrado gérmenes de civilización, en su propio país o en el país hermano de los helenos, les ha prestado su protección decidida. Preservó y reservó a la sociedad romana, y no solamente perdonó a la sociedad griega, sino que se dedicó a regenerarla, llevando a esta obra las mismas miras y la misma seguridad de genio que a la reconstitución de Roma, reanudando, en fin, el interrumpido trabajo de Alejandro, cuya imagen tenía siempre presente a los ojos del alma. No sólo realizó estas dos obras, una al lado de otra, sino la una por la otra; los dos factores esenciales de la humanidad, el progreso general y el progreso individual, Estado y civilización, unidos en germen en los primitivos greco-italianos, aquel pueblo pastor que vivió al principio lejos de las costas y de las islas del Mediterráneo; estos grandes factores, repito, se habían separado un día cuando el tronco matriz se dividió en las ramas de itálicos y helenos, y había continuado esta separación en el transcurso de muchos siglos. Pero he aquí que se presenta el nieto del príncipe troyano y de la hija del rey latino, y de un Estado sin cultura propia y de una civilización cosmopolita sabrá sacar un todo nuevo, en donde Estado y cultura reaparecerán y se unirán todavía en el desarrollo de la vida humana, en la madurez fecunda de una dichosa edad, y llenarán cumplidamente el inmenso cuadro proporcionado a un tal desenvolvimiento.

Se presentan allí, ante nuestros ojos, tales como César las ha trazado para su edificio, las líneas sobre las que él mismo ha edificado y sobre las que, siguiendo atentamente y durante siglos las miras de este grande hombre, procurará la posteridad edificar a su vez, si no con el mismo genio y energía, al menos con la devoción y las intenciones del maestro. Aunque se ha preparado mucho, se ha terminado muy poco; pero ¿era completo el plan? Para contestar a esta pregunta se necesitaría la audacia de un pensamiento rival porque, en efecto, ¿dónde encontrar, en lo que tenemos a la vista, una falta de alguna importancia? Cada piedra colocada es bastante elocuente para inmortalizar el nombre del obrero, y las fundaciones presentan un conjunto lleno de armonía. César no ha reinado más que cinco años; la mitad menos que el grande Alejandro; de ese tiempo, no ha residido en la capital sino quince meses, durante los intervalos de sus siete grandes campañas, y en ese corto plazo ha sabido organizar los destinos presentes y futuros del mundo, poniendo aquí las fronteras entre la civilización y la barbarie, ordenando allí la supresión de los canalones que vertían las aguas a las calles de la ciudad, y teniendo bastante tiempo y libertad de espíritu para seguir los concursos poéticos del teatro, y para poner por sí mismo la corona al vencedor, cumplimentándole con una improvisación en verso. La rapidez y la seguridad de la ejecución dan testimonio de un plan largamente meditado, completo y ordenado en todos sus detalles, por cuyo motivo no nos admira el plan menos que la ejecución. Echados los cimientos, confió el nuevo Estado al porvenir, que sólo y sin limitación alguna podía concluir la obra comenzada. En este sentido, César tenía razón al decir que él había realizado *su fin*, y quizá fuera aquel su pensamiento cuando muchas veces salieron de sus labios estas palabras: *Bastante he*

*vivido*. Pero como el edificio no estaba terminado, mientras vivió el arquitecto, no cesó de poner en él piedra sobre piedra, siempre igual en la flexibilidad y en el esfuerzo, no precipitando los acontecimientos, pero no aplazando tampoco cosa alguna, como si para él no tuviera el hoy un mañana. César ha trabajado y ha edificado más que ningún mortal de los que le han precedido o sucedido: hombre de acción y creador a la vez, vive después de dos mil años en la memoria de los pueblos y es el primero y el único *Cesar Imperator*.

# CICERÓN

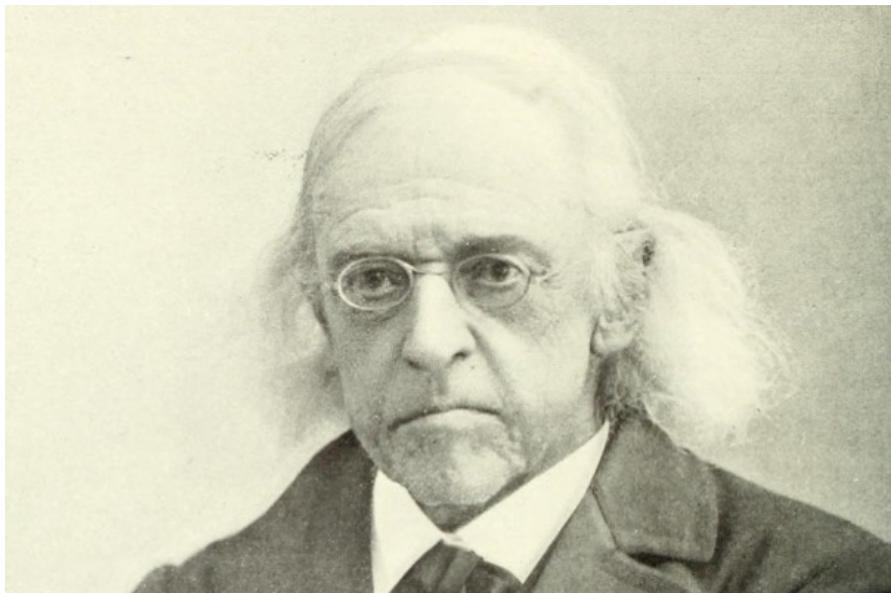
En el momento mismo en que la elocuencia, bajo el punto de vista de su importancia literaria y política, decae y languidece, como todas las otras ramas de las Bellas Letras, florecientes en otro tiempo bajo la inspiración de la vida nacional, aparece un nuevo género, la *elocuencia forense*, género singular y extraño por lo común a la política. Hasta entonces no se había pensado que los discursos de los abogados se pronunciasen para otros que los jueces y las partes, ni que debieran aspirar a la educación literaria de los contemporáneos y de la posteridad. Jamás un abogado había hecho recoger y publicar sus discursos forenses, salvo en los casos excepcionales en que, tratándose de asuntos que se relacionaran con negocios de Estado, había un interés de partido en su divulgación. Al comenzar este período Quinto Hortensio (640-704), el más ilustre abogado de Roma, no había terminado más que un pequeño número de estas publicaciones, cuando el asunto era en su totalidad o en parte político; pero su sucesor en el principado del Foro, Marco Tilio Cicerón (648-711), al propio tiempo que hablaba diariamente ante los tribunales, era no menos fecundo escritor; el primero de estos oradores tuvo cuidado de colecciónar sus alegatos, aun los de aquella época en que no intervenía en ellos la política o se relacionaban de lejos. Ciento que en ello no había progreso, y a mi entender era esto, por el contrario, una decadencia y una cosa contra naturaleza. De la misma suerte, la entrada del género de los alegatos en la literatura fue en Atenas un fatal síntoma, y en Roma el mal era mucho mayor. En la primera de estas, puede decirse que había salido de la exaltación de la retórica

el alegato como una necesidad de aquel estado de cosas; pero en Roma, la desviación se produjo por la fantasía del enfermo, y no era más que una importación extraña, absolutamente contraria a las sanas tradiciones nacionales. Sin embargo, el nuevo género fue en breve aceptado, ya fuera que obedeciese a la influencia de su contacto con la arenga política, ya que los romanos, pueblo sin poesía, ergotistas y retóricos por instinto, ofreciesen a la tal semilla un terreno fecundo. ¿No vemos hoy mismo florecer todavía en Italia una especie de literatura de tribunales y de alegatos? A Cicerón se debe el que la elocuencia, despojándose de su ropaje político, obtuviera carta de naturaleza en la república de las letras romanas. Hombre de Estado sin penetración, sin grandes miras y sin objetivo, Cicerón es indistintamente demócrata, aristócrata e instrumento pasivo de la monarquía; no es, en suma, más que un egoísta miope; y cuando se muestra enérgico en la acción, es porque la cuestión ha sido ya resuelta. El proceso de Verres lo sostiene la ley Manilia, y cuando fulmina los rayos de su elocuencia contra Catilina, ya estaba resuelta la marcha de éste; es grande y poderoso contra un falso ataque, y alcanza grandes triunfos contra fortalezas de cartón; pero, bien o mal, ¿qué asunto serio se ha resuelto jamás por su iniciativa? En la conjuración de Catilina no ha hecho otra cosa que dejar hacer. Ya he manifestado en otro lugar que, en literatura, es Cicerón el verdadero creador de la prosa latina moderna; su arte de estilo es su mejor gloria y lo que le ha dado toda su importancia, y sólo como escritor es como tiene segura conciencia de su fuerza. Bajo el punto de vista de la concepción literaria, no le reconozco más importancia que como político; se ensayó en los más diversos trabajos, cantando en innumerables hexámetros las grandes empresas de Mario y todos los hechos realizados

por él, queriendo vencer en la elocuencia a Demóstenes, y a Platón en los diálogos filosóficos, y si no le hubiera faltado tiempo, habría vencido también a Tucídides en la historia. Ante todo, estaba poseído de la pasión de escribir, y poco le importaba el asunto con tal de cultivarlo. Teniendo naturaleza de periodista, en el peor sentido de la palabra, y siendo rico en expresiones, según él mismo declara, y en extremo pobre de pensamiento, no había género literario en que con el auxilio de algunos libros, traduciendo o compilando, no improvisase una obra de agradable lectura. Su fiel retrato lo hallamos en sus epístolas, que son generalmente alabadas por su interés y facundia, y yo no tengo inconveniente en asentir a la común opinión en tanto que las dichas epístolas sean consideradas como el diario de la ciudad y de la campiña y el espejo del gran mundo; pero si consideramos al autor abandonado a sí mismo en el destierro en Cilicia, después de la batalla de Farsalia, le veremos frío e insustancial, como un folletinista a quien se sacara de su elemento. Creo, además, de todo punto inútil aducir pruebas de que un tal político y un tal literato no pudo ser sino un hombre superficial y de apocado ánimo con una capa exterior de brillante barniz. ¿Habremos de ocuparnos ahora del orador? Todo gran escritor es de hecho un grande hombre, y en el eminentе orador es sobre todo en el que las convicciones y la pasión se desbordan a torrentes claros y sonoros desde las profundidades del corazón; muy otra cosa sucede con la muchedumbre de insustanciales charlatanes, muchos en número y de escasa importancia; en Cicerón no encontramos ni convicción ni pasión; no es más que un abogado, y, me atrevo a decir, un mediano abogado. Expone bien los hechos, los reviste de picantes anécdotas, excitando, si no la emoción, el sentimentalismo de su auditorio, y anima la aridez del asunto jurídico por medio

de su ingenio y del giro, con frecuencia personal, de sus agudezas; sus buenos discursos, en fin, son de una fácil y amena lectura, aunque no alcancen, ni con mucho, la libre animación ni la seguridad de las descripciones de las obras maestras del género, de las memorias de Beaumarchais, por ejemplo; pero a los ojos del juez severo, allí no hay más que cualidades de muy dudoso mérito, y cuando se echa de ver en Cicerón la completa ausencia del sentido del hombre de Estado en sus escritos políticos, y de la deducción lógica y jurídica en sus escritos forenses; cuando se contempla sin cesar aquella presunción del abogado que pierde de vista su causa para no pensar más que en sí mismo y, en fin, aquella absoluta carencia de pensamiento, no se puede acabar la lectura sin que se subleve el corazón y el espíritu y, en este punto, lo que me maravilla es la admiración que el abogado suscita. La crítica, libre de toda suerte de prevenciones, bien pronto ha derribado a Cicerón de su pedestal; mas el *ciceronianismo* es un problema, del cual no se sabría, propiamente hablando, dar la solución: se la encuentra tan sólo cuando se penetra en el gran secreto de la naturaleza humana, teniendo en cuenta la lengua y la influencia de ésta sobre el espíritu. En el momento mismo en que se acerca la muerte del latín como idioma popular, aparece un estilista delicado y hábil que recoge y resume esta noble lengua y la conserva en sus numerosos escritos; y al punto, de este imperfecto vaso, trasciende algo del poderoso perfume de la lengua, algo de la piedad que ella evoca. Antes de Cicerón, no poseía Roma grandes prosistas, puesto que César no había escrito, como Napoleón, sino por accidente. ¿Qué de extraño, pues, que a falta de un prosista, se honre el genio del habla latina en las composiciones del artista de estilo, y que los lectores de Cicerón, a imitación de Cicerón mismo, se pregunten *cómo* ha escrito, y no *qué* obras ha producido?

La costumbre y las rutinas de escuela acabaron lo que la lengua había comenzado.

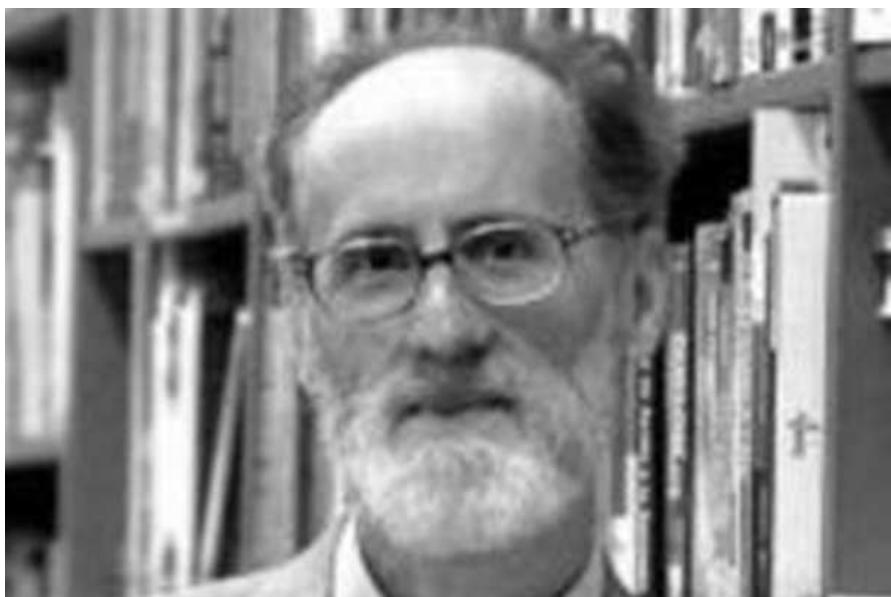


**THEODOR MOMMSEN:** (Garding, 1817 - Charlottenburg, 1903) llevó una intensa vida entregada al estudio del mundo antiguo, aunque no faltaron en su trayectoria experiencias periodísticas, políticas y, de algún modo revolucionarias, que dieron fe de un hombre que participó activamente del tiempo que le tocó vivir: el siglo XIX y en concreto todo el proceso de la reunificación de Alemania.

Sus obras, muy numerosas, estudian principalmente todo lo referente a la antigüedad romana: derecho, historia, filología, epigrafía, numismática, etc. Como filólogo cabe señalar su *Estudio sobre los dialectos de la baja Italia* (1850) y sus ediciones de *Plinio el Joven*. Como numismático su obra fundamental es el *Tratado sobre el sistema monetario de los*

*romanos.*

Pero el gran legado de Mommsen es y será la *Historia de Roma*, obra aparecida entonces en tres volúmenes, entre los años 1854 y 1856, y donde confluyen en toda su grandeza, genialidad y esplendor la figura del escritor, historiador, periodista, político y pensador que fue Mommsen. Por este libro le concedieron en 1902 el Premio Nobel de Literatura, y se ha convertido hoy en todo un clásico, un referente y un hito de la historiografía romana.



FRANCISCO SOCAS GAVILÁN: Ha sido profesor de Lenguas Clásicas en la Universidad de Sevilla. Ha publicado numerosos trabajos sobre el mundo antiguo, entre los que destacan su tesis sobre la Fortuna en la novela antigua y versiones de poetas latinos (Lucrecio, Ovidio, Juvenal y Marcial). También ha llevado a cabo ediciones de obras heterodoxas o mal conocidas, como el *De pulchro et de amore* (1531) de Agostino Nifo, *Mi vida* (1575) y *Mis libros* (1562) de Girolamo Cardano, el texto irreligioso clandestino *Symbolum sapientiae* (1668), las novelescas *Memorias* (1542) de Francisco de Enzinas, el *Sueño* (1630) del astrónomo Johannes Kepler o *Los remedios de amor* del poeta sevillano Pedro Venegas de Saavedra. Se ha ocupado de crónicas y descripciones geográficas como la *Europa de mi tiempo* y la *Descripción de Asia*, obras ambas de Enea Silvio Piccolomini (s. XV).

## Notas

[<sup>1</sup>] El lector puede examinar el contexto de cada una de las secciones en los siguientes pasajes de la versión castellana de A. García Moreno (Madrid, Francisco Góngora, 1876 = reproducción facsimilar editada varias veces por Turner en años recientes que llegan hasta el 2003): Aníbal, III 4 = (t. 3, pp. 139 ss.); Publio Escipión, III 6 = (t. 3, pp. 233 ss.); Filipo de Macedonia, III 8 = (t. 3, pp. 326 ss.); Muerte de Aníbal, III 9 = (t. 3, pp. 407 ss.); Muerte de Escipión, III 9 = (t. 3, pp. 408 ss.); Catón el Viejo, III 11 = (t. 4, pp. 102 ss.); Escipión Emiliano, IV 2 = (t. 5, pp. 126 ss.); Tiberio Graco, IV 2 = (t. 5, pp. 130 ss.); Cayo Graco, IV 3 = (t. 5, pp. 158 ss.); Mario, IV 6 = (t. 5, pp. 282 ss.); Sila, IV 10 = (t. 6, pp. 156 ss.); Pompeyo, V 1 = (t. 7, pp. 19 ss.); Craso, V 1 = (t. 7, pp. 23 ss.); Sertorio, V 1 = (t. 7, pp. 30 ss.); Catón, V 1 = (t. 7, pp. 218 ss.); Catilina, V 5 = (t. 7, pp. 230 ss.); César, V 11 = (t. 8, pp. 194 ss.); Cicerón, V 12 = (t. 8, pp. 438 ss.). <<

[<sup>2</sup>] Empareja maravillosamente bien estos aspectos literarios e iconográficos, recopilando toda la historia del género, el excelente artículo de Christiane L. Joost-Gaugier, «The Early Beginnings of the Notion of “Uomini Famosi” and the “De Viris Illustribus” in Greco-Roman Literary Tradition», *Artibus et Historiae* 3, 1982, pp. 97-115. <<

[<sup>3</sup>] Véase el prólogo al *Sertorio* de Adolf Schulten recientemente publicado por Editorial Renacimiento. <<

[<sup>4</sup>] Nicolás Gómez Dávila, *Escolios a un texto implícito.* <<

[<sup>5</sup>] El de general en jefe con poderes excepcionales y elegido por el pueblo para luchar contra los cartagineses. <<

[<sup>6</sup>] La gigantesca empresa de Alejandro Magno había logrado la conversión del Oriente al helenismo, destacándose en lo que fue su Imperio tres grandes potencias: Macedonia, que ejercía la hegemonía sobre Grecia; el reino de los Seléucidas en Asia, con otras monarquías secundarias, y el de los Lágidas en Egipto. <<

[<sup>7</sup>] Frente a los demagogos que se apoyan en la plebe, Catón busca la ayuda de los campesinos para la realización suave y moderada de reformas sociales. <<

[<sup>8</sup>] Entre los enemigos de Sila, dueño del poder en Roma hasta su abdicación, solamente un hombre genial pudo sostenerse, y este fue Sertorio. <<

# Índice

Figuras de la historia de Roma	3
Prologo	5
Nota	16
Nota preliminar	17
Figuras de la historia de Roma	22
Aníbal	22
Publio Escipión	26
El rey Filipo de Macedonia	29
Muerte de Aníbal	32
Muerte de Escipión	34
Catón el viejo	36
Escipión Emiliano	39
Tiberio Graco	43
Cayo Graco	54
Mario	61
Sila	66
Pompeyo	81
Craso	86
Sertorio	90
Catón	100
Catilina	103
César	125
Cicerón	153
Autores	158
Notas	161